



Lemir - Estudios - (2010)

ISSN: 1579-735X

DON QUIJOTE: UNA LECTURA MILITAR Y GNÓSTICA

Hernán Vidal
University of Minnesota

Introducción

No parece ser que se han querido reducir a estos reinos a una república de hombres encantados que vivan fuera del orden natural.

Martín González de Cellorigo, 1600.

Para una perspectiva historicista, *Don Quijote* tiene el aspecto de una gigantesca paradoja. Fue consagrada en el canon de la «literatura universal» que construyó la «cultura Occidental»; fue erigida como gloria de la cultura española y de su imperio, su «Siglo de Oro»; la obra transfiguró el idioma español en la «lengua de Cervantes». La novela, sin embargo, se origina en la horrible devastación y miseria causadas por la política imperial de los Habsburgo en España y Europa. La crítica literaria y la historiografía dedicadas al período muestran sólo pálidos vislumbres de la experiencia vivida en esa catástrofe. Aunque las historiografías inglesa y estadounidense son las más objetivas, sus protocolos de narración más bien describen la dialéctica estructural de la sociedad española de la época, reflejándose las vivencias muy abstractamente. No puede entenderse cabalmente el significado de la novela con esta carencia. En 1972 José Antonio Maravall llamó la atención sobre los ocultamientos de ese trasfondo y la estrechez temática que caracterizó la investigación histórica del período en España durante el fascismo franquista que usó el Siglo de Oro para prestigiarse. Con matices diferentes, el juicio de Maravall también es aplicable a buena parte de la crítica literaria más renombrada sobre *Don Quijote*.

La crítica literaria materialista histórica podría llenar ese vacío. La sentencia de Cellorigo es un gran aliciente en cuanto apunta con asombrosa brevedad las conexiones entre la infraestructura material de la época y la superestructura poética de *Don Quijote*.

Por ello se prestó atención a la crítica social de los arbitristas de fines del siglo XVI y de comienzos del XVII. De aquí resultó un énfasis en la situación económica de España. No obstante, sobre este punto de entrada al estudio de la novela puede hacerse el reparo de que Cervantes no era economista sino soldado y que en todo momento se exhibió como tal. La visión de mundo en *Don Quijote* está mediatizada por una preocupación militar. Buena parte de la obra de Cervantes muestra un entendimiento crítico de la geopolítica de los Habsburgo. De aquí mi interés por contribuir una lectura militar de la novela.¹

Por lectura militar entiendo un análisis e interpretación del texto de la novela a partir de los macroconceptos más importantes de las ciencias militares —geopolítica, gran estrategia nacional (–imperial), comando y control, conflicto de baja intensidad, comportamiento debido de los prisioneros de guerra— y de sus implicaciones estéticas. Estos conceptos no existían formalizadamente en la época de Cervantes. Precisamente por esta carencia y por la ineptitud habsburguiana en la conducción de una guerra total es que se advierte en Cervantes un vislumbre de lo que en el futuro serían las implicaciones culturales de la administración científico-tecno-burocrática del conflicto armado a escala mundial. La guerra total implica la instrumentalización coordinada y racionalizada de todos los recursos de un Estado para la consecución de los objetivos político-militares señalados por el liderato nacional —todo recurso económico, la población, las instituciones, las ideologías (tradiciones, costumbres, deportes, folklore, filosofía, leyes, religión, ciencia, arte) es convertido en un instrumento estratégico. Los macroconceptos a que me refiero surgieron y se refinaron a raíz de la crítica de la conducción bélica del primer imperio moderno de gran envergadura, el de España. Hermenéuticamente, entonces, en lo militar compartimos un horizonte común con Cervantes y con *Don Quijote*.

El uso analítico de categorías militares muestra los errores garrafales del alto mando habsburguiano en la conducción de la política imperial y permite imaginar con intensidad las tragedias de la época. Esto facilita la decisión sobre las categorías estéticas que pongo en juego en la interpretación del texto. Mi premisa es que las categorías estéticas constituyentes de una obra surgen de las sensibilidades colectivas generadas por el devenir histórico de una sociedad. Por esto es que hago extensos contrapuntos con las tipologías humanas aportadas por la historiografía más útil para mi propósito y hago una lectura razonablemente detallada (*close reading*), exponiendo la unidad orgánica del relato. Considero insostenible la noción de que *Don Quijote* contiene segmentos ensamblados sin una efectiva articulación ideológica.

Los militares profesionales hacen arte y ciencia de la destrucción física y psíquica, individual y masiva de seres humanos con criterios éticos y legales acumulados por la especie humana en su historia milenaria. La biografía de Cervantes pertenece a la historia de las ciencias militares. Esto posibilita una aproximación histórico-existencialista al proyecto vital plasmado en *Don Quijote*. Cervantes encarnó personalmente tanto el militarismo imperial habsburguiano como su corrupción e ineptitud. Su participación en el aparato

1.– Es enorme la bibliografía sobre *Don Quijote*. Sobre la pertinencia de escribir una lectura militar de la novela consulté con distinguidos expertos, a quienes agradezco el tiempo y la paciencia que me dedicaron —Nicholas Spadaccini (University of Minnesota); Anthony Cascardi (University of California, Berkeley); Anne Cruz (University of Miami); Carlos Blanco Aguinaga (University of California, San Diego); George Mariscal (University of California, San Diego); Anthony Zahareas (University of Minnesota); John Beverley (University of Pittsburgh)

logístico de las fuerzas armadas le permitió proyectar la corrupción y criminalidad personal y la de su familia como medida de la corrupción sistémica. El proyecto literario de Cervantes surgió de sus esfuerzos por sobrellevar la psicosis de guerra que sufrió toda su vida madura. Para Cervantes recuperar alguna sanidad significó entender el sentido de la historia de su época a través de la creación literaria.

Hacer arte y ciencia de la masacre sistemática de seres humanos y enorgullecerse de ello explica el nihilismo usual de los filósofos y burócratas conductores de la guerra. Esta es otra de las ironías que dinamiza la novela. Cervantes da voz a ese escepticismo en los consejos de don Quijote al mozo que va a la guerra (Segunda Parte): «Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir [...] Que puesto caso que os maten en la primera facción o refriega, o ya de un tiro de artillería, o volado de una mina, ¿qué importa? Todo es morir y acabóse la obra» (II, XXIV p. 739).

Propongo que la estructura de *Don Quijote* se articula sobre una matriz de mitos gnósticos afines al nihilismo con que Cervantes concibe la historia española. Se ha insistido en que Cervantes no fue un «genio lego», que estuvo al tanto de las corrientes intelectuales europeas de los siglos XVI e inicios del XVII. Si esto es así, ¿por qué Cervantes no habría de estar al tanto y usado el Gnosticismo proveniente de Alejandría que el neoplatonismo italiano difundió por toda Europa? El Gnosticismo impactó en la astrología, la astronomía, la alquimia, la química, la medicina, la farmacología, las matemáticas, la geometría, la religión y la magia de la época, influyendo en la creación de los paradigmas que más tarde originaron la ciencia moderna. ¿Por qué contentarse, entonces, con el criterio católico conservador de que la heterodoxia de Cervantes fue limitada, que no fue más allá de convertirlo en cristiano erasmista?

En la época moderna las matrices poéticas gnósticas reemergen en períodos cruciales de la evolución y revolución de las estructuras económicas. Las hecatombes humanas que generan — como las ocurridas en los siglos XVI y XVII — han puesto en crisis las doctrinas económicas, sociales seculares y religiosas basadas en teleologías salvíficas y redencionistas de la historia. De allí que haya una relación estrecha entre el Gnosticismo y el movimiento mundial contemporáneo de defensa de los Derechos Humanos para tiempos de paz y conflicto armado. Por esto es que en las conclusiones de este trabajo intente aclarar sus directas relaciones con una hermenéutica basada en la Ley Internacional de Derechos Humanos, refiriéndome, en particular, a lo que esto implica para el academismo estadounidense dedicado a la literatura española.

Geopolítica y gran estrategia imperial de los Habsburgo

Con la conquista de Granada en 1492 y la anexión de Navarra en 1512, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón completaron la Reconquista y la unificación territorial de España. El reino quedó configurado como una potencia geopolítica capaz de proyectar su influencia militar, económica y política hacia Portugal, el Mediterráneo y América (Parker 1988; Vicens Vives). Los siglos de lucha contra la ocupación musulmana generaron

un poderoso aparato militar compuesto por las Ordenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, fundadas en el siglo XIII, estrechamente relacionadas con la Iglesia Católica. El desarrollo de las Ordenes y de las conquistas militares estructuró un sistema económico feudal basado en una agricultura latifundista, la crianza masiva de ganado bovino capaces de alimentar a la población peninsular y de sustentar artesanías avanzadas de tejidos de lana, de armas y construcción naviera. Esta plataforma económica permitió el reclutamiento y equipamiento de un ejército permanente de 50.000 soldados en las décadas finales de la Reconquista (Pettegree) y, a la vez, la construcción y dotación de una marina mercante y de guerra para operar en el Mediterráneo y hacia América.

La proyección mediterránea del Estado español se inició en el siglo XIV con la adquisición de las islas Baleares, Cerdeña, Sicilia, Malta y la conquista del reino de Nápoles en 1503. La posesión de los ducados de Milán y Nápoles permitió el dominio político español de Córcega, de los ducados de Génova, Savoya y Mantua en el norte de Italia, de Toscana y de los Estados Papales. España, Génova y Venecia se establecieron como las potencias principales en el comercio con Hungría, Bulgaria, Dalmacia y el Medioriente. La Santa Liga formada por España, Génova, Venecia y los Estados Papales tomaron la defensa de los intereses económicos y de la supervivencia de las naciones cristianas ante el expansionismo del Imperio Otomano liderado por el Sultán Suleimán V.

Hasta este momento de su desarrollo el Estado español cumplía con el requisito fundamental de toda gran estrategia estatal, el de desarrollar la capacidad institucional e ideológica para definir los intereses nacionales (Dorff; Roskin) en cuanto a objetivos, medios y modos políticos, diplomáticos, económicos y militares de obtenerlos, con una clara conciencia de los valores nacionales y de las amenazas internas y externas que debían neutralizarse. Hacia fines del siglo XV España demostraba tener un liderato político de autoridad incuestionable, de capacidad disciplinaria para cohesionar las regiones y el poder militar capaz de cumplir una serie de funciones vitales —mantener la integridad del territorio nacional; sostener su sistema político-militar con un aparato económico que promovía la prosperidad; mantener la cohesión ideológica del Estado con un catolicismo mesiánico, militante e intransigente y proyectarlo hacia un expansionismo imperialista en el Mediterráneo; protegerse de la amenaza otomana. El proyecto imperial aseguró la participación de la población y la lealtad de los nobles, prometía el enriquecimiento de la gran nobleza, el ascenso social a los nobles menores, los hidalgos; a la soldadesca se daba el incentivo de la aventura en tierras desconocidas, del saqueo y del pillaje.

Esta organicidad político-institucional fue alterada con el ascenso de Carlos V al trono de España en 1516 y la integración del reino al imperio de los Habsburgo. Tanto Carlos V como su hijo Felipe II debieron responder a las responsabilidades de comando del Sacro Imperio Romano, honor que su dinastía cargaba por siglos, a la defensa de toda la Cristiandad ante el peligro musulmán y de la Iglesia Católica ante las herejías protestantes en toda Europa. Este proyecto coincidía en España con la tradición ultracatólica forjada durante las guerras de la Reconquista y explica el apoyo que por décadas le dio la nobleza y la población española. La militancia ultracatólica y la riqueza real o potencial de muchas de sus posesiones aseguraron a los Habsburgo la hegemonía europea en la medida en que otras naciones reconocieron que esta dinastía tenía la determinación, los recursos económicos y la experiencia militar para dirigir la lucha contra el Imperio Otomano. Esto

había quedado demostrado con la resistencia de los Habsburgo contra los musulmanes en Serbia (1459), Bosnia (1463-6), Albania (1468), Hungría (1526) y contra la incursión turca hacia Viena en 1532.

Los Habsburgo españoles debían conservar posesiones de gran dispersión geográfica, acrecentarlas y estabilizar su hegemonía sobre Europa con una política de uniones matrimoniales con otras dinastías, especialmente en lo que respecta a Francia, Inglaterra, Escocia, Irlanda y Portugal. Por esto los Habsburgo tendrían que iniciar múltiples guerras, en diferentes zonas. La dispersión geográfica desplazó la preocupación estatal a la totalidad de las relaciones del sistema europeo, desdibujándose la relevancia particular de España. Las diferentes posesiones debieron contribuir los recursos para la implementación y sostenimiento a largo plazo de la política internacional —financiamiento para la guerra, soldados, mercenarios, naves, equipamiento, tecnología, instrucción, alimento, transporte, alojamiento, seguridad policial. Los gravámenes impuestos a España y a las regiones españolas de los Países Bajos fueron siempre mayores. A poco de iniciada su monarquía, Carlos V tomó conciencia de que las recaudaciones imperiales, incluidos los enormes ingresos de metales preciosos originados en América, jamás serían suficientes para financiar la empresa imperial (Kamen).

Aunque Carlos V y Felipe II prorrataron los gastos imperiales entre sus posesiones y aliados, Castilla fue su principal fuente de financiamiento. Hacia 1534 el pago de deudas ya comprometía todo ingreso fiscal para los próximos seis años. En 1544 todo ingreso de metales preciosos americanos estaba comprometido a largo plazo. Hacia 1574 la diferencia entre recaudos y gastos financiados por Castilla era impresionante —un ingreso de 5.600.000 de ducados versus egresos de 74 millones. A medida que los compromisos militares de Felipe II aumentaron, desde la década de 1560 los gastos escalaron súbita y astronómicamente. Antes de 1566 los gastos militares en España, el Mediterráneo y Flandes no subieron de 2 millones de ducados por año. En la década de 1570 llegaron a más de 4 millones; en 1598 se los estimaba en 10 millones. Sólo a Flandes, entre 1567 y 1586 la monarquía envió un millón y medio anual para financiar una guerra que duró ochenta años. Por sí sola la preparación de la Gran Armada contra Inglaterra, derrotada en 1588, costó 10 millones de ducados (Kamen).

Para aumentar los recaudos fiscales, desde 1559 Felipe II puso en juego las extorsiones, arbitrariedades y represiones que caracterizaron su reinado: aumento insostenible de impuestos de aduanas, de impuestos generales a todo tipo de institución —la Iglesia Católica en particular— exceptuando a la nobleza, confiscación de alimentos y manufacturas, confiscación y venta de tierras, de señoríos, de títulos nobiliarios y de cargos en las burocracias fiscales encargadas de recaudamientos. Entre 1559 y 1598 los recaudos fiscales se triplicaron anualmente de 3 millones de ducados a 10.5 millones. Para ello la carga de impuestos debió aumentar en un 450% mientras los salarios en España aumentaron sólo en un 80%.

A estas dislocaciones se agregaron los efectos de la enorme inflación que afectó a España ya sin cesar desde las primeras décadas del siglo XVI. A la demanda de alimentos y manufacturas por el crecimiento de la población española se agregó la demanda transatlántica por la prohibición de que las colonias americanas se autoabastecieran. Aunque los pagos en metal precioso americano crearon un boom económico especialmente en Andalucía, la producción no se equiparó con la demanda. Entre 1511 y 1559 los precios

subieron entre un 109% y un 665%, afectando la calidad de vida de todas las clases sociales, excepto los especuladores. Por sí misma la cantidad de metal americano circulante aumentó enormemente las presiones inflacionarias. El metal americano hizo que la exportación de materias primas como la lana alcanzara precios prohibitivos en el mercado internacional. Para los inversionistas españoles la compra de manufacturas extranjeras y la compra de bonos de la creciente deuda fiscal fue más lucrativa que manufacturar en España. El flujo de capitales hacia el exterior hizo escaso el capital para la inversión interna. Importantes empresas manufactureras, agrícolas y comerciales quebraron y pasaron a manos de capitalistas extranjeros. La economía española perdió la capacidad de generar empleo y quedó controlada por inversionistas extranjeros. La recaudación de impuestos aduaneros era insuficiente dado el contrabando masificado con la connivencia de la autoridad y la burocracia estatales.

A diferencia de lo ocurrido en Inglaterra y el resto de los Países Bajos, los Habsburgo en España no tuvieron una política de reformas legales, laborales y tributarias que fomentaran la productividad de las burguesías dedicadas a la agricultura, la manufactura, el comercio interno y la exportación (Knutsen, pp. 100-103). Con el aumento de impuestos y recaudaciones extraordinarias declinó la productividad de las aldeas y pueblos, aumentaron sus deudas, perdieron tierras comunes y privadas, los aldeanos arruinados migraron a las ciudades donde engrosaron las multitudes de vagabundos, desocupados, pordioseros y criminales. Quienes eran autorizados emigraban a América. Otros se enrolaban en las fuerzas armadas. Por la peste bubónica y las malas cosechas en el norte de España en 1557-58 y en 1566-67 decreció la población casi un 50%. Castilla, el núcleo geopolítico español que en la primera mitad del siglo XVI había prosperado, quedó arruinado en las últimas décadas y perdió por lo menos un quinto de su población (Elliott; Kamen).

En la medida en que se acrecentó la extorsión sistemática por parte del Estado, se violaron los fueros tradicionales de las regiones, generándose movimientos insurreccionales intermitentes a partir de 1520 con los comuneros castellanos, insurrecciones que luego continuaron en Aragón, Navarra, Cataluña, Valencia. La insurrección de las provincias españolas de los Países Bajos a partir de 1567 se atribuye en gran medida a los impuestos crecientes y constantes. Como resultado, el autocratismo de la monarquía se hizo dictatorial y en el curso de los años necesitó de un aparato represivo permanente (Maravall 1975). Los Habsburgo quedaron inevitablemente involucrados en constantes guerras internas en cada una de sus posesiones y en diferentes zonas del sistema imperial.

La insuficiencia crónica de recaudos fiscales obligó a Carlos V y a Felipe II a recurrir a préstamos internacionales contratados con banqueros portugueses, genoveses, alemanes y holandeses y a préstamos internos (los censos y los juros). Dado el déficit crónico de las arcas fiscales, los intereses de los préstamos extranjeros no podían ser sino altísimos —17,6 % en 1520-32; 21,3 % en 1533-44; 27,8 % en 1543-51; 48,8% en 1552-56. A partir de 1552 los banqueros genoveses cargaron un 67,4 %. Felipe II debió suspender los pagos declarando bancarrotas en 1557, 1560, 1575, 1576, 1596. En 1565 los pagos de préstamos significaron un 84% de los ingresos fiscales. A pesar de todo, la infusión de capital extranjero y la radicación de comerciantes extranjeros en Medina, Burgos y Sevilla creó la imagen de que España «entraba en un período de prosperidad superficial con pocas raíces

en recursos propios y que los observadores inteligentes pronto reconocieron como una ilusión» (Kamen, p. 171).

Expertos de Estado Mayor militar afirman que la evaluación de los objetivos de las grandes estrategias nacionales no debe considerar la imagen abstracta de poder militar que pueda proyectar un Estado. La imagen de España en el siglo XVI parecía incuestionable. La validez de las grandes estrategias nacionales está en el realismo operativo con que el liderato actúa para alcanzar esos objetivos en medio de los cambios constantes de las interrelaciones estatales y de las situaciones específicas que prevalezcan en todo el sistema internacional (Jablonsky). En esto es de vital importancia la eficiencia del aparato administrativo y la habilidad de su uso por el liderato político-militar para coordinar, equilibrar y modificar a su favor situaciones complejas que producen efectos simultáneos —la preservación y expansión del aparato económico que apoya y financia la intervención internacional; la eficiencia del diseño y dirección de las operaciones; la resolución con que se enfrentan contingencias inesperadas que inevitablemente ocurrirán; la acumulación de inteligencia indispensable para entender el entorno cultural en que se interviene y los recursos espirituales y materiales del enemigo; los condicionamientos geográficos y climáticos de la zona en que se opera; la preparación, disciplina, adoctrinamiento ideológico y equipamiento de las tropas desplegadas. La coordinación acertada de estos factores redundará en la conservación de recursos y en minimizar el despilfarro. Esto demanda un análisis rigurosamente pragmático, del todo realista, para intervenir bélicamente sólo cuando lo exija la protección de intereses vitales, evitando guerras que no respondan directamente a ellos.

Ese pragmatismo puede ser distorsionado por la primacía de principios ideológicos inflexibles (Roskin). Puede que la autoridad político-militar ideologizada eleve aun los asuntos más irrelevantes a la categoría de intereses vitales para una nación. El ideologismo puede precipitar la destrucción de una nación en aras de objetivos de valor sólo para una imaginación distorsionada. Una vez que esto ocurre, la inercia burocrática y la intelectualidad influyente que quizás pueda obtener beneficios personales de esta situación prolongarán las distorsiones ideológicas indefinidamente, no importando los sacrificios.

Lo revistado expone la irracionalidad tanto de los objetivos definidos por el proyecto imperial de los Habsburgo como los modos de cumplirlos. En el contexto geopolítico de la época, mantener unido a toda costa un imperio de extrema dispersión geográfica y compuesto por civilizaciones incompatibles entre sí auguraban guerras constantes y enormes gastos militares (Parker 1994; 1998; 2002). Las grandes distancias aumentaban extraordinariamente los costos y hacían imposible explotar coordinadamente el envío y recepción de tropas, de recursos y de información vital para las campañas militares y diplomáticas. Durante el invierno la «ruta española» que conectaba los recursos militares del Mediterráneo con el norte de Europa quedaba cortada, permitiendo que arriera la actividad subversiva en los Países Bajos. Por falta de una flota de guerra en Flandes (Stradling), maestría naval y por las amenazas de las marinas de guerra de Inglaterra y Francia, España tenía dificultades en usar las rutas marítimas del Atlántico hacia los Países Bajos. Esto quedó subrayado con el fracaso de la Gran Armada en 1588, empresa acometida contra todo sentido común y consejo de expertos porque el fervor religioso de Felipe II lo llevaba a intuir que Dios apoyaba la empresa. Aunque la monarquía española había tenido largos nexos comerciales, de amistad y familiares con Inglaterra, Francia y los Países

Bajos, el hecho de que los Habsburgo definieran las relaciones diplomáticas primordialmente en términos del imperativo ideológico de destruir las herejías protestantes condenaría a España a guerras constantes e innecesarias. Con un pragmatismo de tolerancia religiosa, una larga paz habría sido posible. No obstante, Felipe II por largo tiempo prefirió métodos de dura represión, como los que encargó al duque de Alba en los Países Bajos y los siguientes preparativos para una nueva invasión de Inglaterra después del fracaso de la Gran Armada. Mientras la paz era posible en el norte europeo, no lo era en el Mediterráneo por la amenaza otomana contra los territorios españoles y sus rutas militares y mercantiles. Felipe II, sin embargo, nunca fue capaz de decidir si el principal esfuerzo militar del imperio estaría en el Mediterráneo o en Europa del norte.

Imperativos religiosos y consideraciones de prestigio político de escaso o ningún valor para los intereses vitales y la conservación del poder material, para su consecución y defensa llevaron al debilitamiento catastrófico de España. Este contexto llevó de hecho o potencialmente a la grave violación sistemática de lo que hoy en día entendemos por Derechos Humanos Políticos, Económicos, Sociales y Culturales. La sensibilidad social daba cuenta de una gruesa costra de enfermedad, desesperación, violencia y depresión psicológica para grandes masas de la población, encallecimiento ético y moral en las autoridades estatales y la monarquía y lujo ostentoso y dispendio inútil en los enclaves de la Corona y de la gran nobleza española, costra de la que difícilmente podría emerger un sentimiento utópico. Puede hablarse de una sociedad administrada para la promoción de la muerte, demoníaca, por tanto. La polarización entre el *Lazarillo de Tormes* y la poesía de Góngora da testimonio de esto.

Colapso del sistema de comando y control imperial

Las dimensiones demoníacas de esta administración social pueden evaluarse aún más claramente si se considera el sistema de comando y control militar operado por los Habsburgo.

La noción de comando y control complementa la de gran estrategia nacional y comparte algunas de sus tareas —por ejemplo, las de definir objetivos vitales para una nación; obtener y organizar recursos materiales, tropas y pertrechos de guerra; planear y tomar decisiones operativas a corto y largo plazo; supervisar su cumplimiento (Alberts y Hayes). Lo que la gran estrategia nacional establece a nivel abstracto, el aparato jerárquico encargado del comando y control lo traduce en las tareas prácticas de definir las campañas militares específicas con que se cumplirán los objetivos nacionales en zonas geográficas específicas, durante períodos específicos y se llevarán adelante las operaciones contempladas de manera que todas las unidades y elementos militares y civiles involucrados cumplan con las funciones y misiones asignadas (Army Manual FM 6-0). Esto obliga a acumular, analizar, interpretar y actualizar constantemente información sobre las capacidades, preparativos, disposición y recursos del enemigo en relación con el diseño de los objetivos estratégicos y tácticos; comunicar esta información y dar instrucciones para coordinar la acción de las unidades que componen el aparato militar desplegado; cuidar que esas tareas se cumplan de acuerdo con un calendario tentativo que permita impro-

visaciones; monitorear y evaluar los resultados; introducir las correcciones necesarias de acuerdo con las incidencias de la campaña.

El conflicto mismo inevitablemente introducirá todo tipo de incidentes fortuitos, accidentes, incompetencias de ejecución, alteraciones, obstáculos y dificultades a los planes mejor trazados y sincronizados. En la jerga militar estas contingencias se llaman «fricción». Por esto el alto mando debe contar con mandos medios e inferiores dotados de grados de autonomía de decisión, con la educación, la disciplina, la conciencia de su cometido y capacidad de intuición e improvisación para mantener una relación interactiva y dinámica, mutuamente influyente con el alto mando. Esto permite comunicar experiencias que impliquen la necesidad de modificar algún aspecto de los planes originales, prevenir en lo posible sucesos inesperados, adaptarse a contingencias y cumplir las misiones asignadas experimentando con aproximaciones no contempladas en la planificación original del Estado Mayor. Más que control entendido como monitoreo del cumplimiento estricto de normas y funciones prefijadas, se trata de una interrelación cooperativa de los diferentes mandos, unidades y elementos en que todos tienen la oportunidad de innovar para la consecución de objetivos comunes.

Evaluar la función de comando y control militar en el período que nos concierne requiere un examen del funcionamiento del aparato burocrático que implementó la política internacional de Carlos V y Felipe II. Para estos efectos es útil considerar elementos de la sociología de Max Weber sobre la historia de las burocracias estatales.

La implementación de las grandes estrategias nacionales contemporáneas y su ejecución en términos de comando y control en los términos descritos requiere la dirección de una autoridad legal impersonal, apoyada por un aparato burocrático profesional designado de acuerdo con estatutos formales que racionalizan su actividad y sus resoluciones de acuerdo con una preparación científica y técnica avalada por un escalafón que dota al personal de experiencias administrativas de creciente complejidad y responsabilidad. De acuerdo con su especialización, este aparato burocrático informa y apoya las resoluciones y planificaciones de una autoridad legal que responde a normas impersonales que definen un cargo concedido por méritos jerárquicos y no por favoritismo caprichoso de la autoridad. Estas consideraciones han articulado la organización de las fuerzas armadas modernas que movilizan enormes cantidades de tropas según diferentes comandos especializados. Por ejemplo, comandos de estrategias y tácticas de combate, logística, equipamiento y abastecimientos, transporte, comunicaciones, entrenamiento e inteligencia, todos ellos sujetos a doctrinas estandarizadas y a la planificación de un Estado Mayor presidido por Jefaturas Comandantes que responden a la autoridad política. En conjunto con la institucionalidad estatal y la autoridad política, el aparato militar coordina el desarrollo económico, territorial y humano de la nación para su defensa y el cumplimiento y logro de sus objetivos nacionales.

La complejidad de los circuitos geopolíticos de movilización de recursos militares durante las monarquías de Carlos V y Felipe II demandaba ese tipo de administración burocrática-técnica-política-militar. Esos circuitos geopolíticos fueron tres.

Inicialmente, en el este de la cuenca mediterránea, se requería la dotación de guarniciones militares y navales para asegurar las posesiones italianas, Chipre y Malta y hacer frente a las armadas turcas. En el oeste mediterráneo, se debía controlar y destruir a los

corsarios berberiscos norafricanos apoyados por el Imperio Otomano para proteger las islas Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Valencia y Cataluña.

Especialmente a partir de la insurrección de las provincias españolas de los Países Bajos iniciada en 1566, era imperativa la habilitación y mantenimiento de la «ruta española» para desplazar desde el norte de Italia, tropas, pertrechos y vituallas. La ruta progresaba hacia el norte a través de Suiza, Franche-Comté, el Tirol, Alsacia, Lorena, Borgoña y Luxemburgo.

Para proteger las rutas a América y planear las invasiones de Inglaterra e Irlanda, era imperativo reforzar las guarniciones españolas en los Países Bajos y las bases navales cantábricas en el norte de España, Coruña, Laredo, San Sebastián y también Lisboa.

Fuera de las grandes batallas navales de Lepanto y de la Gran Armada, las empresas militares españolas de mayor envergadura fueron terrestres. Luego de derrotar a los turcos en Lepanto, de acuerdo con las incidencias de la política internacional, con frecuencia Felipe II transfirió fuerzas entre los dos polos geopolíticos, el Mediterráneo y el norte europeo, convirtiendo así la «ruta española» en un elemento estratégico de importancia máxima. Esto exacerbó aún más la serie de conflictos religiosos con Francia puesto que la monarquía francesa se consideraba permanentemente asediada y amenazada por España en su flanco del este (Parker 1988).

A la vez la «ruta española» se convirtió en otra causa de dispendio de recursos en la medida en que Felipe II nunca pudo decidir si el pivote principal de su política internacional sería el Mediterráneo o el norte europeo.

Mientras tanto, por el derrame de capitales, tropas y pertrechos hacia el exterior, España misma quedó desguarecida en su seguridad interna. Castilla ya no contaba con una milicia ni contó con un mínimo de recursos para contrarrestar, por ejemplo, las incursiones y saqueos del corsario inglés Francis Drake contra Vigo en 1585 y 1589 y contra Cádiz en 1587 y 1596. Desde la década de 1570 el crecimiento del bandidaje organizado puso en peligro las transferencias internas y hacia Italia de moneda para sufragar gastos, aun bajo custodia militar y usando rutas militares. Fueron especialmente famosos los espectaculares asaltos de 1577, 1578 y 1613 en que los bandidos expropiaron la totalidad de los envíos. Este bandidaje podía convertirse en amenaza internacional ya que los forajidos establecieron nexos con los protestantes franceses. Al actuar sobre evidencias de que los moriscos se habían convertido en un peligro para la seguridad interior por conectarse con representantes otomanos y corsarios bereberes, por la escasez de pertrechos el ejército español tuvo serias dificultades para controlar la prolongada sublevación de los moriscos en Cataluña, Valencia y Andalucía (1568-1571). En 1582 Felipe II debió extraer 18 compañías de infantería de sus tareas en Flandes para controlar las costas de Cataluña y Valencia.

La magnitud de las fuerzas desplazadas a través de estos circuitos geopolíticos puede juzgarse con datos como los siguientes. Para conservar el ducado de Milán, Carlos V movilizó 60.000 tropas y mantuvo guarniciones permanentes de varios miles en Milán, Génova, los Estados Papales, en el reino de Nápoles y Albania y guarniciones menores para habilitar y mantener las diferentes etapas de viaje de la «ruta española». Las fuerzas empleadas en la batalla de Lepanto (1571) sumaron 180 galeras, 11 galeazas, 14 naves de transporte y 15.000 soldados. Desde 1567 en adelante, para suprimir la sublevación de las posesiones en los Países Bajos por ochenta años España mantuvo un ejército permanente

que fluctuó entre los 10.000 y los 90.000 soldados. Para invadir Inglaterra la Grande Armada reunió 20 galeones, 4 galeras, 4 galeazas, 47 barcos mercantes, 21 barcas, 31 naves menores con 7.000 marinos y 27.000 soldados.

Sin embargo, para administrar estas enormes dependencias y volúmenes de recursos militares para una guerra total el aparato estatal español operó con los usos administrativos característicos de la Edad Media.

Weber describió este sistema medieval con el término «autoritarismo patrimonial». En lo que concierne a los Habsburgo, la autoridad social de una nobleza organizada en torno a un monarca fue legitimada por la sacralidad atribuida al orden y a los poderes de control social que procedían del «así siempre ha sido», de usos y costumbres antiquísimos. El aparato burocrático que secundaba al monarca no respondía a un escalafón profesional impersonal. Los niveles administrativos más altos estaban compuestos por sirvientes del monarca que ocupaban cargos por su voluntad, arbitrio y placer personal y mientras demostraran una lealtad probada y reconocida. Esto se concretaba especialmente en el «favorito» del monarca, figura característica del autoritarismo patrimonial y de poder omnímodo mientras contara con su confianza. Esta figura era generalmente reclutada en círculos de servicio personal cercanos al monarca. En los niveles burocráticos más altos, las áreas de competencia de estos burócratas-sirvientes nunca quedaban claramente definidas. Podía ocurrir que importantes asesorías políticas, militares, económicas, financieras, diplomáticas y legales correspondieran simultáneamente con mayordomías encargadas de las rutinas de mantenimiento, alimentación y aseo de la casa real y del cuidado personal y familiar del monarca.

El monarca pagaba y mantenía su burocracia más cercana con las prebendas tradicionales que le correspondían, por la producción de tierras de su patrimonio ancestral y la concesión formal del derecho a recolectar impuestos y otras cargas públicas concedidas por pactos o contratos antiquísimos o nuevos. A su vez, la nobleza recipiente de prebendas se convertía también en concesionaria de prebendas, generándose así un sistema jerárquico de lealtades que daba a estas relaciones un decidido perfil mafioso. Dependiendo de las necesidades de las arcas fiscales, para asegurar ingresos fiscales a cortísimo plazo también se puso a la venta o se arrendaron cargos estatales de niveles intermedios y menores. De hecho estos funcionarios se apropiaban y privatizaban una porción de la autoridad del monarca. Como parte de un programa de ahorro de la autoridad central, se esperaba, además, que estos privatizadores financiaran su propio personal administrativo o de guerra y su equipamiento, conservando un rédito de las entradas y los gastos. Parte importante de la autoridad monárquica y estatal se convirtió en un negocio privado y mafioso.

Estas prácticas introdujeron una serie interconectada de irracionalidades que afectaron todo nivel de la administración y la política estatal. La productividad económica quedó sujeta a extorsiones arbitrarias, sin ninguna periodicidad razonable, según las necesidades de los privatizadores y de sus superiores. Tanto los empresarios como la autoridad central del Estado quedaron incapacitados para calcular a cierto plazo el balance entre las entradas y los gastos. Era imposible, por tanto, que el monarca pudiera confiar aun en sus asesores más cercanos; sospechaba la criminalidad de todos ellos (Parker 1998). Por ello es que, en las entrevistas con sus asesores personales y embajadores extranjeros, Felipe II rehusaba mostrar sus intenciones verdaderas y jamás adquiría compromisos que pensara cumplir.

Las recomendaciones de los diferentes consejos asesores para él eran nada más que opiniones que no lo obligaban. Para asegurarse, insistía en supervisar toda decisión de gobierno y exigía y leía diariamente enormes cantidades de memorandos, informes, evaluaciones y propuestas, las que comentaba por escrito minuciosamente. Era imposible que Felipe II absorbiera ordenada y juiciosamente un flujo gigantesco de documentos e información.

Si nos atenemos al modo con que Geoffrey Parker la describe, puede concluirse que la personalidad de Felipe II era la de un esquizotípico (*DSM-IV*). Son individuos solitarios incapaces de crear y mantener relaciones, excepto con sus familiares más cercanos. Son incapaces de interpretar las claves interpersonales de empatía e intimidad, así como son incapaces de expresar un registro de emociones. Su apariencia es tiesa, ultracontrolada, desmañada, no observan los protocolos, gestos y cortesías del trato diario, impresionan por su seriedad, nunca se relajan. Desconfían de todos. Su habla es vaga y tienden a digresiones que confunden a sus interlocutores. Son paranoicos y tienen episodios de depresión severa. Felipe II tenía la absoluta seguridad de interpretar la voluntad de Dios en su política internacional —los esquizotípicos padecen de alteraciones perceptuales que pueden convertirse en episodios psicóticos de corta duración. Estos pueden reforzar una seguridad megalomaniaca de que pueden intuir a corto y largo plazo el resultado exitoso de sus iniciativas. Una vez seguro de entender la voluntad divina, Felipe II buscaba comunicación sobrenatural. En el Escorial reunió 7.422 reliquias anatómicas de santos, con los que dialogaba. Las reliquias incluían 12 esqueletos íntegros, 144 cabezas completas y 306 extremidades completas de diversos santos (Parker 2002, p. 31).

En Felipe II estos desórdenes son agravados por su manía por el papeleo burocrático. El monarca padecía de una obsesión compulsiva que le exigía un perfeccionismo fanático. Una extrema escrupulosidad y persistencia lleva a estos individuos a preocuparse de los más mínimos detalles de las reglas, normas, procedimientos, listas, esquemas, hasta el extremo de que les es difícil tomar decisiones finales. Se apoyan en valores éticos y morales de gran rigidez que imponen a sus dependientes, a la vez dudando de su competencia y limitando su iniciativa. Les es difícilísimo delegar funciones. Por ello sufren grandes tensiones, quizás aumentando, en el caso particular de Felipe II, las perturbaciones sensoriales y los mini-episodios psicóticos.

Psicosis, paranoia, megalomanía, rigidez ideológica y corporal, depresión, obsesión compulsiva. Podría pensarse que el personaje don Quijote es una parodia de Felipe II.

Felipe II buscaba asesores de las perspectivas y criterios más opuestos, a los que comunicaba opiniones personales también contradictorias para desorientar sus supuestas intenciones de malversación y conspiración. Esto exacerbaba las luchas de facciones cercanas al rey para lograr y mantener una cuota de influencia. Luego de escuchar sus acalorados argumentos, Felipe II creía tomar decisiones certeras al intuir y juzgar la racionalidad y conveniencia de las polémicas. Como toda decisión emanaba directamente de Felipe II, se retardaban o posponían indefinidamente resoluciones de importancia. En especial esto entorpecía la estrategia militar desarrollada a gran distancia, con comunicaciones difíciles que demandaban decisiones *in situ* (Parker 1998; Kamen). Esto explica la irresolución de Felipe II en cuanto a privilegiar bien el foco mediterráneo o noreuropeo de su gran estrategia. También explica la facilidad con que Felipe II subsumía la complejidad de

los problemas del mantenimiento del imperio en las fórmulas ideológicas más sencillas y simplificadoras, como la primacía dada a la defensa de la Cristiandad.

El estilo administrativo de Felipe II correspondía a la limitación territorial de las guerras de la Edad Media. El flujo de comunicación y decisiones tenía un radio espacial limitado. La fuerza principal era la caballería, fuerza difícil de mantener y preparar por su altísimo costo y su alto nivel de especialización y entrenamiento. Los caballeros eran de tal utilidad que llevó a los monarcas a codificar para ellos garantías especiales que luego el folclor y los literatos idealizaron. En la Reconquista las monarquías mantuvieron cuerpos de caballería a su disposición inmediata arraigando como señores feudales a los miembros de las Ordenes de Santiago, Alcántara y Calatrava. Fuera de que estas prebendas resultaban más baratas que la contratación de las órdenes de caballería errante, a larguísimo plazo los caballeros convertidos en señores feudales constituyeron un grupo de apoyo a las monarquías. Esta estructura de poder aseguraba el monopolio de las armas y el uso de la violencia militar en manos de estamentos especializados siempre a la mano.

Al contrario, el proyecto imperial de los Habsburgo requería la logística de una gran potencia para la guerra total moderna, en que se juegan planificadamente todos los recursos económicos, institucionales, militares y psicológicos del Estado, proyectándolos a lejanos teatros de operación. A partir del siglo XVI la guerra en Europa involucró a la totalidad de las poblaciones nacionales e introdujo el uso de artillería fácilmente transportable y la distribución masiva de armas de fuego individuales. Esto no sólo terminó con el predominio de la caballería; también hizo extremadamente difíciles las tareas militares de comando y control. A la vez, la gran circulación de armamento en manos del populacho implicó una amenaza para la estabilidad del orden monárquico absolutista (Diakonoff). En lo burocrático, por tanto, las monarquías de Carlos V y Felipe II fueron la transición entre la concepción medieval de la guerra y la moderna. *Don Quijote* es testimonio monumental de esta transición.

El concepto medieval de la guerra pervivió en las deficiencias del sistema de comando y control imperial de Felipe II, formato en que era inconcebible el futuro sistema de estado mayor especializado, en que se delegarían grandes ámbitos de responsabilidades logísticas. Además de su irresolución crónica, su ideologismo megalomaniaco y su perfeccionismo compulsivo, desde su encierro en el Escorial Felipe II no respetaba el principio militar básico de que, al implementarse los planes de campaña, en el campo de batalla es indispensable considerar que todo lo que puede fallar fallará. Antes de llevarse a cabo una operación, Felipe II se aseguraba de que los planes dieran por ciertos y efectivos aun los detalles más mínimos y las sincronías más dudosas. Tampoco consideraba alternativas de adaptación posibles si fracasaban las originales.

Si el comando y control en las altas esferas políticas fue irracional, fue caótico a nivel de las operaciones en terreno (Parker 1972). Es aquí donde se aprecian en toda su magnitud los efectos del desastre económico de la época y de las privatizaciones del poder estatal característicos del autoritarismo patrimonial.

En una situación sin paralelos en la historia militar, entre 1574 y 1607 el Ejército de Flandes con que España intentó reprimir la insurgencia en las provincias de los Países Bajos tuvo 45 motines, 21 duraron más de un año y se dieron grandes y constantes porcentajes de desertiones. Los motines involucraron en especial a las tropas peor pagadas,

los picadores y los arcabuceros (Cervantes fue arcabucero), no a la totalidad que incluía a mercenarios extranjeros. En 1576 casi se dio una desintegración total cuando el Ejército de Flandes perdió un 80% de sus efectivos por deserciones, además de altos porcentajes de enfermedades y muertes causadas por enfermedades. En ocho meses las tropas de don Juan de Austria disminuyeron de 60.000 a 11.000.

En Flandes los motines con frecuencia paralizaron importantes campañas, sabotearon ofensivas y pusieron en peligro la seguridad y la lealtad de regiones y ciudades leales a España. El Ejército de Flandes no se desintegró definitivamente porque los soldados más propensos al motinaje fueron españoles, que no pasaban de un 25% a un 30% de contingentes multinacionales compuestos por belgas, alemanes, italianos, ingleses e irlandeses. En última instancia, los soldados españoles amotinados se convirtieron en el peor enemigo de los intereses españoles, no la insurgencia.

Los soldados se amotinaban por las miserables condiciones de vida. Tenían mayores posibilidades de morir de hambre, desnudez, privaciones, exposición a las inclemencias climáticas y maltratos de la oficialidad que en combate. La oficialidad a todo nivel y los contratistas de mercenarios se consideraban empresarios en busca de ganancia y no sólo inflaban los precios cargados a la tropa por las vituallas y las armas que debían portar; también prestaban dinero a intereses usurarios y se apoderaban de los pagos pendientes a los familiares de soldados fallecidos. Los desfalcos cometidos por la burocracia estatal supervisora de los pagos militares constituían un sistema económico independiente.

Esta corrupción mafiosa era superada con creces por la de la Corona y del Estado en momentos en que la inflación galopante de la época aumentaba catastróficamente el financiamiento militar y los costos de los alimentos en las zonas de operación. La inflación imponía que los pagos fueran hechos en moneda metálica, el único medio aceptado. No obstante, las bancarrotas periódicas de la monarquía hacían que esta moneda se hiciera extremadamente escasa. La monarquía solucionó la situación haciendo de la estafa un sistema burocrático oficial para la conducción de la guerra —por los grandes déficit fiscales contrataba tropa y empresarios abastecedores a sabiendas de que no pagaría regularmente o del todo. Usaba, además, todo tipo de subterfugios para retardar los pagos, alegando falta de personal para tramitarlos, pérdida de documentos, errores burocráticos.

Las operaciones españolas en los Países Bajos correspondieron a lo que hoy en día se llama «conflicto de baja intensidad» (Army Field Manual FM 100-20). El objetivo principal de este tipo de conflicto es el control y estabilización política de regiones en que operan elementos sublevados contra el gobierno central. La organización de los insurgentes es difícil de precisar y combatir puesto que involucra sucesiva o simultáneamente tanto acciones de individuos, de células secretas, de grupos paramilitares y de unidades militares regulares. Con los conflictos de baja intensidad la autoridad intenta resolver una problemática más bien política. Generalmente son conflictos de larga duración porque no tienen tanta relevancia los asuntos militares sino los económicos, ideológicos y psicológicos que involucran a toda una sociedad. A diferencia de operaciones bélicas regulares, hay gran participación de sectores civiles que deben ser involucrados en la estrategización del conflicto. La aplicación de fuerza militar es de importancia secundaria, de variable dimensión, dispersa en amplios territorios (17 regiones en los Países Bajos), sin un eje central de choque y es complementada con operaciones psicológicas, de propaganda, operaciones de

promoción de bienestar social, negociaciones políticas que concurren con choques armados. Se trata de «ganar el corazón y la mente» de la población de las regiones sublevadas de manera que una mayoría de los adherentes locales se encargue de aislar a los insurgentes.

Ganar o mantener la lealtad a España se hizo imposible ante la conducta de tropas españolas sobreideologizadas que, sin más, consideraban la población de los Países Bajos como herejes protestantes contra quienes, con displicencia y fanfarronería, se podía cometer atrocidades, ultrajes y despojos (Parker 1972). Apremiados, además, por el hambre y la desesperación, los amotinados organizaban sistemas de extorsión regional por el que obligaban a ciudades, pueblos y aldeas a entregar dinero, alimentos, animales, alojamiento, servicios y mujeres. A pocas décadas de la intervención en los Países Bajos se formó una densa, irascible e intransigente hispanofobia que a nivel político, psicológico y propagandístico indicaba que los Habsburgo habían perdido la guerra y que ésta continuaría sólo por la inercia de un aparato burocrático difícil de detener en sus propósitos, para quien la guerra era una industria lucrativa y porque la monarquía rehusaba desprestigiarse con una derrota.

El protocolo de negociaciones de los amotinados en Flandes con el alto mando quebró la disciplina del ejército. El interés de los altos mandos era retornar a los soldados cuanto antes a las tareas designadas. Por ello, la autoridad militar intentaba ganarse a los amotinados dándoles por un corto tiempo excelentes condiciones de vida —buen alojamiento, comida superior a la norma, trato respetuoso, promesas de no castigar a los amotinados (excepto los cabecillas, que eran cazados, asesinados o deportados); todo terminaba con el pago del total o parte de los salarios atrasados. Por tanto, los amotinados tenían incentivos para prolongar las negociaciones; éstas tenían un efecto de demostración para otras unidades. El amotinamiento se convirtió en negocio.

Psicosis de guerra y el sentido de la literatura en Cervantes

¿Cómo puede organizarse una existencia productiva, según el ideal humanista, de modo que las personas concreten sus mejores disposiciones para contribuir a la sociedad, en medio de un orden político generador de escasez extrema, que quita incentivos a la industriosisidad de sus miembros más educados, orden social orientado hacia la guerra total permanente, hacia la autodestrucción sistemática de su base material, con una autoridad gubernamental que se comporta como mafia y promueve comportamientos mafiosos, que se justifica y legitima como campeona de la fe verdadera? La pregunta desnuda una gigantesca hipocresía histórica.

Desde la época actual, en que se reconoce la gravitación política internacional de los Derechos Humanos proclamados por las Naciones Unidas, ¿es válido aplicar esta pregunta a un período de dislocaciones sociales tan traumáticas y de tal corrupción ética hablando del valor de *una existencia productiva, según el ideal humanista, de modo que las personas concreten sus mejores disposiciones para contribuir a la sociedad?* Dudar sobre la aplicabilidad de la cuestión abre los ojos a la alienación extrema de ese orden social frente a la única utopía restante de la Modernidad iniciada en la época de Cervantes, la de los Derechos Humanos.

Para un joven como Cervantes, nacido en 1547, se abrían sólo tres opciones —ordenarse en la Iglesia Católica, servir en la burocracia estatal o en las fuerzas armadas. En cualquier caso, antes de que esto ocurriera, Cervantes fue un joven de cuestionable rango social, de una familia pobre, en bancarrota constante, desocupado y a la deriva, sin educación universitaria, sin medios conocidos de sustento, probablemente dedicado al juego y con contactos criminales, ser disponible, dispuesto a acogerse a la protección mafiosa de algún potentado, servirlo y sacar provecho de las conexiones que pudiera hacer a través de él.

En la familia de Cervantes ya había antecedentes de este tipo de conexión (Canavaggio). Juan de Cervantes, nacido en 1470, abuelo de Miguel, había estudiado leyes en Salamanca y se había asegurado un puesto de juez menor (teniente de corregidor), protegido por el duque de Sessa y, más tarde, por Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado. Se hizo conocido por el maltrato que daba a sus subordinados y por los latrocinios que cometió en su corregimiento. Pero, por sobre todo, a comienzos de la década de 1530 se hizo conocido por haber estafado a los hijos del duque del Infantado transfiriendo buena parte de la fortuna del padre a la esposa del duque, una mujer joven con quien se había casado en los últimos años de su vejez, quizás ya senil y sin discernimiento. Por ello Juan de Cervantes fue brevemente a la cárcel. La estafa pareció darle buenos réditos puesto que, de allí en adelante, todavía ocupando su cargo a pesar de su felonía, tuvo una vida de opulencia ostentosa, fuera de lo común en su estatus social. Juan de Cervantes alcanzó el pináculo de su carrera como abogado de la Inquisición. En 1538 abandonó a su esposa y a sus hijos, dejándolos en la miseria.

En este período no sólo el abuelo Juan de Cervantes es paradigma de conducta para la familia. También está su hija María, tía de Miguel de Cervantes, quien se había amancebado con uno de los hijos del duque del Infantado. Luego de romper con él por el pleito de los hijos del duque contra su padre, María obtuvo una compensación alegando haber sido virgen y haber sido preñada por el hijo del duque y luego abandonada. En un acto de arribismo, después de este incidente María tomó el nombre María Mendoza para quedar asociada con la genealogía de un noble de alcurnia. Más adelante, las hermanas de Miguel de Cervantes, Andrea, Luisa y Magdalena obtendrían buenos réditos —y ayudarían a su familia— amancebándose con comerciantes italianos, especuladores y nobles de notoriedad. Constanza, hija de Andrea, haría lo mismo.

Fuera de cargar con el baldón de ser hijo de un barbero-cirujano, sordo por lo demás, de una familia en constante bancarrota, de un supuesto estatus de hidalguía nunca comprobado, Miguel de Cervantes también cargó con la sospecha de ser judío converso. El régimen de Felipe II usó esta clasificación para excluirlos de cargos de importancia en la administración pública. Por sus nexos financieros internacionales y sus especulaciones monetarias, se consideraba a los conversos como riesgo para la seguridad del Estado. Sin embargo, podían sobornar a los notarios para conseguir certificados de pureza de sangre y de antecedentes de probidad personal y familiar. Cervantes nunca completó sus estudios universitarios, otro factor excluyente.

Escapando de la ley por un cuasi asesinato en una pendencia, en 1569 Cervantes fue a parar a Roma con una carta de recomendación del duque de Sessa, patrocinador de su abuelo. Para ocupar el cargo de mayordomo en la casa del patricio romano Acquaviva, ungido cardenal a los veintitrés años, Cervantes presentó un certificado notarial falsifica-

do en España por su hermano Rodrigo, un alguacil amigo de la familia y dos comerciantes italianos socios de su padre. El certificado hacía énfasis en su pureza de sangre, no mencionaba el crimen por el que había escapado de España y falsamente le atribuyó servicio militar a partir de 1568. Su servicio para Acquaviva fue breve pero suficiente para conectarse con militares de rango. En 1570 se enroló en el ejército español como arcabucero.

Como soldado de choque Cervantes sirvió cuatro años en Italia bajo el mando de don Juan de Austria, hermano bastardo de Felipe II. En la batalla de Lepanto (1571) recibió tres balazos, dos en el pecho, el tercero le destruyó la mano izquierda. Por su heroísmo fue distinguido con la categoría de «soldado aventajado», recibiendo una bonificación especial. A pesar de su debilidad, en 1572 participó en la expedición contra Navarino. También bajo el mando de don Juan de Austria, en 1573 participó en las expediciones contra Túnez, la fortaleza La Goleta y Biserta para controlar la piratería berberisca, recibiendo nuevas bonificaciones.

Según los usos militares de la época (Parker 1972), los hidalgos enrolados, a quienes se llamaba «particulares», recibían consideraciones especiales del alto mando puesto que los más destacados por su coraje y habilidad guerrera, llamados «soldados aventajados», eran nombrados oficiales de rangos bajos y medios —alférez (tenientes), capitanes y maestros de campo (mayores). Por su intelecto superior a la soldadesca originada entre vagos, campesinos y criminales, la oficialidad superior (coroneles, generales) incluía a estos particulares aventajados en su círculo personal.

Por lo que implica para una lectura militar de *Don Quijote*, conviene detenerse en lo que don Juan de Austria significó como crítico de la gran estrategia imperial de Felipe II (Petrie; Mulhacén; Kamen). Además de la experiencia directa de Cervantes en cuanto a la seriedad de los problemas estatales para el mantenimiento de las tropas, a través de su relación con el círculo personal de don Juan de Austria sin duda Cervantes adquirió una visión totalizadora y crítica de la gran estrategia de Felipe II. Veremos que esa capacidad totalizadora de la realidad histórica del momento es de importancia para el entendimiento de *Don Quijote*.

En su ideologismo ultracatólico Felipe II enfatizó una recalcitrante política internacional de destrucción de las herejías protestantes y de la amenaza musulmana montando campañas militares intermitentes, sin llegar hasta sus últimas consecuencias. Por su altísimo costo, estas campañas no podían ser frecuentes. Así es como, luego de la victoria de Lepanto, a don Juan se le impidió continuar hasta destruir las fuerzas musulmanas en su totalidad. Don Juan propiciaba, más bien, tres aproximaciones para evitar el colosal dispendio de recursos —en Noráfrica abogaba por establecer una base geopolítica permanente en Túnez, un reino encabezado por él mismo, que permitiera el control de los corsarios berberiscos a largo plazo y, en el momento apropiado, la destrucción de Argel, su principal base. En cuanto al norte de Europa, en los Países Bajos, abogaba por separar lo político de lo ideológico para así evitar la obligatoriedad de una guerra a muerte contra los protestantes, permitiendo un acuerdo político razonable por el que los insurgentes se reconocerían súbditos de los Habsburgo, participarían en el gobierno y se les permitiría practicar su protestantismo, comprometiéndose, sin embargo, a reconocer la primacía de la religión católica. Reconociendo que la principal incitación para la insurgencia en los Países Bajos provenía de Inglaterra, don Juan de Austria proponía asegurar una paz a lar-

go plazo restaurando las buenas relaciones anteriores al ideologismo de Felipe II con la negociación bien de un matrimonio entre don Juan e Isabel de Inglaterra, figura política de gran pragmatismo, o con María Tudor de Escocia, católica, prisionera entonces de Isabel.

Don Juan de Austria murió sorpresivamente en octubre 1, 1578, envenenado a instancias de Antonio Pérez, favorito de Felipe II, opositor de las propuestas estratégicas de don Juan.

Ante la evidencia de que el Mediterráneo perdía énfasis en la política imperial, reduciéndose, por tanto, las posibilidades de avance en su carrera, en 1575 Cervantes se alejó del aparato militar de don Juan en Nápoles, embarcándose hacia España. Sus antecedentes militares y una buena carta de recomendación del duque de Sessa quizás le permitirían conseguir un cargo permanente en la administración estatal. Otra carta de don Juan de Austria avalaba su expectativa de conseguir la capitanía de un contingente con que podría reintegrarse al ejército de don Juan en Italia.

La nave en que viajaba fue capturada por corsarios berberiscos en la costa de Cataluña. Cervantes y su hermano menor, Rodrigo, llegaron a Argel y fueron vendidos como esclavos. El proyecto de una vida provechosa en España quedó súbitamente clausurado.

El cautiverio de Cervantes en Argel duró cinco años y un mes, período en que se comportó, en general, de acuerdo con las más antiguas tradiciones éticas de conducta profesional de militares capturados por el enemigo (U.S. Army Pamphlet 360-512) —no entregarse voluntariamente; resistir durante el período de prisión; escapar; mantenerse fiel a las ideologías oficiales del Estado; ser leal a los compañeros de prisión. A su vez, el Estado queda comprometido a prestar a los prisioneros toda ayuda posible y a nunca abandonarlos, compromiso que Felipe II rara vez cumplió (Parker 1972); nunca favoreció a Cervantes.

En el momento de su captura los cautivos sufrían serios quebrantos emocionales, buscando el suicidio o, en su desesperación suprema, entrando en períodos depresivos catatónicos de total abandono de sí mismos. Jurídicamente, en Argel los esclavos cautivos eran considerados «cuerpos muertos» (Garcés); subjetivamente esto correspondía con el abandono catatónico de sí mismos de muchos prisioneros. Cervantes optó por la resistencia. Rehusó convertirse al islamismo a pesar de las ventajas que habría ganado por considerárselo prisionero de notoriedad. Fue activista de los comités de resistencia y apoyo psicológico formados por prisioneros notables, sacerdotes, monjes, magistrados, caballeros y oficiales. Tuvo extraordinario permiso para moverse por Argel y contactarse con otros cautivos, renegados y comerciantes extranjeros. Perteneció a grupos de literatos que se leían y se comentaban sus poemas. Estos grupos sirvieron de apoyo psíquico y los poemas, religiosos en su mayoría, sirvieron de consuelo y refuerzo espiritual (Garcés).

Entre 1576 y 1579 Cervantes organizó dos escapatorias por tierra hacia Orán y dos escapatorias por mar, una de ellas dirigida por su hermano Rodrigo desde Cataluña. Además de la complejidad de los contactos externos para las fugas, éstas incluyeron entre 6 a 60 cautivos, lo que requirió una gran organización política y logística. Luego del fracaso de todas ellas, Cervantes se arrogó la responsabilidad total del delito para proteger a las personas comprometidas. A pesar de que la pena de muerte era indefectible para los intentos de fuga, en cada ocasión se le perdonó la vida pero fue torturado, aherrojado, sometido a falsas ejecuciones y puesto en encierro solitario por lo menos once meses.

En sus actividades de resistencia los prisioneros necesitaron obtener privilegios de las autoridades de las prisiones para camuflarlas, adormilar la atención de los vigilantes y asegurar tanto los instrumentos como el tiempo libre necesarios para planear la resistencia y llevarla a cabo subrepticamente. Esto implicaba conectarse, de algún modo, con la política turco-berberisca interna y explotar sus rivalidades y conflictos. Esta política estaba fuertemente marcada por las riñas y los favoritismos homosexuales y la bisexualidad (Garcés). Canavaggio muestra que las estrategias usadas en Argel abrieron pugnas entre los grupos de cautivos. En cuanto a Cervantes, al parecer su estrategia fue doble —en contravención de todo código de ética militar, sirvió de informante contra grupos rivales de cautivos; también cultivó una relación homosexual con Hasan Pachá que le dio el tiempo libre para su activismo y lo eximió de la pena de muerte después de los intentos de fuga. Canavaggio sugiere que la experiencia de este arreglo homosexual influyó sobre el comportamiento sexual de Cervantes en España, después de recuperada su libertad (p. 94).

María Antonia Garcés muestra que el rescate y la liberación de los cautivos causaba disturbios mentales tan serios como los de la captura: «Los sentimientos de dicha quedan usualmente entumecidos por el shock de estar vivos y libres nuevamente. Pasmados por sus terribles experiencias, los prisioneros liberados son incapaces de sentir alegría ante la abrumadora noticia de su liberación. Muchos días y tal vez semanas pasarán antes de que el ex cautivo advierta que él o ella está realmente vivo y finalmente, libre [...] aunque pueda pensarse que un secuestro o período de cautiverio termina cuando el secuestrado o secuestrada vuelve a casa —retorno celebrado por una reunión familiar, quizás por una cena especial, y mucha alegría— ‘en realidad, la mente de la persona secuestrada sigue estando secuestrada por un largo período de tiempo’» (pp.198-9). El retorno de Cervantes fue complicado cuando en octubre de 1580, Juan Blanco de Paz, comisionado de la Inquisición, cautivo rival de Cervantes en Argel, montó un sumario oficial sobre la homosexualidad de Cervantes, en el que fue exonerado (Canavaggio, p. 95).

La exoneración se basó en un documento notariado, titulado *Información de Argel*, que Cervantes presentó para certificar que su conducta en el cautiverio había correspondido a las exigencias éticas de la ideología imperial. Este tipo de documento era requisito burocrático para la reintegración a España (Garcés). Correspondía a las respuestas a veinticinco preguntas formuladas por Cervantes en preparación a su partida de Argel, suministradas por un fraile trinitario negociador de rescates a doce testigos favorables. Obviamente, las respuestas de testigos especialmente seleccionados no podían estar orientadas a mostrar sin más la verdad de los hechos; sin duda harían énfasis en los aspectos positivos de su carácter, de su conducta, estrechamente relacionados con lo militar.

Se trata, por tanto, de un Cervantes preocupado de modular su imagen pública. Para ello, en este momento exalta su personalidad como militar. Más tarde buscará integrar lo literario. La literatura asumirá una función terapéutica desde la que intentará equilibrar el sentido de la historia de la época entendiéndola críticamente en relación con las penurias físicas y espirituales sufridas en su carrera y el caos social de España. Habrá que explorar el modo en que gravitan, además, todas aquellas claudicaciones éticas en que Cervantes incurrió en España, las que a primera vista quedan difusas u ocultas en la literatura biográfica.

Para ello es de máxima importancia considerar que, luego de Lepanto, durante su cautiverio en Argel y su retorno a España, Cervantes fue una persona profundamente traumatizada, aquejada por una psicosis de guerra.

Ya estaba seriamente debilitado por fiebres nunca identificadas en términos médicos modernos en el momento de entrar en combate en Lepanto; recibió dos balazos en el pecho y perdió la mano izquierda; recibió los cuidados médicos de la época en Mesina, en hospitales ya entonces considerados como pocilgas insalubres; entró en servicio activo nuevamente un año después — con pocas probabilidades de haberse recuperado del todo— y combatió en Navarino y Noráfrica el año siguiente (1573), volviendo, por tanto, a las condiciones infestas de las naves de combate; en el cautiverio de Argel fue torturado, aislado por largos períodos y vivió bajo la posibilidad de muerte por sus actividades de resistencia; dado su profundo orgullo por sus servicios militares, sin duda se sintió traicionado por una autoridad real nunca preocupada por liberarlo; aunque su arreglo homosexual con Hasan Pachá haya sido nada más que un oportunismo instrumental común en la vida en prisión, sin duda le causó un cuestionamiento íntimo, quizás descubriendo en sí un bisexualismo antes ignorado, que tendría proyecciones futuras; en todo caso, el conocimiento público de esta relación homosexual se agregaría a la mancha de su origen de judío converso; por último, su llegada a España en 1580 haría del todo concreta la significación para su carrera de la muerte de don Juan de Austria en 1578, de la que ya habría tenido noticias en Argel.

Cervantes padeció de un síndrome de tensiones postraumáticas iniciado por la extrema debilidad en que entró en combate en Lepanto, la violencia del combate, las heridas y la mutilación. El trauma se traduce en el recuerdo y persistencia indeseada e incontrolable de imágenes asociadas con los hechos traumáticos —ya sea en vigilia o en sueños extraordinariamente apremiantes—, imágenes gatilladas por algún suceso de la cotidianeidad, especialmente en los aniversarios de los sucesos traumáticos o por asociación con contingencias relevantes de la cotidianeidad o de la política nacional (Martín-Baró; CODEPU). María Antonia Garcés ha llamado la atención sobre la recurrencia de las imágenes del período más traumático de Cervantes en Argel en buena parte de su obra.

Los afectados equilibran su comportamiento diario «enquistando» estas imágenes, es decir, relegándolas a una zona de olvido en el inconsciente y a aislándolas con una densa trama simbólica y analógica. No obstante, los contenidos de este enquistamiento gravitan sobre la conciencia con síntomas esporádicos o permanentes de miedos inexplicables, ansiedades e iras no bien enfocadas, difusas, momentos de descontrol de los sentimientos y de las acciones, resentimientos, sentimientos de total vulnerabilidad y desesperanza, culpa y remordimientos, indecisión, necesidad de escape de las circunstancias inmediatas o aislamiento, notorias ambigüedades de pensamiento y acción. Sin duda, los sucesos de la captura por los corsarios berberiscos y el cautiverio en Argel, la falta de lealtad y abandono del Estado y la Corona para con un soldado de comportamiento ejemplar y, más tarde, la pérdida de una figura protectora como don Juan de Austria agravaron los síntomas generales con el paso de los años.

Una asunción disfuncional de una mutilación recibida en combate es causante de «dolores fantasmas», fuertes y debilitadores en una extremidad que ya no existe (Wain). Estos dolores complican aún más las tensiones traumáticas, prolongándolas indefinida-

mente, reforzando y acentuando la persistencia de las imágenes traumáticas. Puesto que el cuerpo humano es el instrumento de la práctica del amor, puede que a los ojos del mutilado la extremidad perdida equivalga a un amor perdido. Ciertamente la mutilación equivale a la pérdida de habilidades y talentos que antes enorgullecían y a la pérdida de una figura corporal que permitía una aceptabilidad en diferentes espacios sociales. Sobreviene una sensación de cargar con un cuerpo y una personalidad denigradas. Se pierde la confianza tanto de mantener las relaciones humanas ya existentes, especialmente las familiares, como de cultivar relaciones nuevas. Se duda de la capacidad de atraer sexualmente, problema que en Cervantes quizás haya agravado las consecuencias psicológicas de los episodios homosexuales en Argel.

Cervantes equilibraba esta pérdida con la sobrevaloración de sus logros militares y la supuesta recompensa que debía corresponderle con el retorno a España. No obstante, esta expectativa era infundada. Ya largo tiempo antes la soldadesca retornada del extranjero había tomado una pésima imagen pública (Perry). Como cuerpo corporativo formado por cantidades de criminales, los soldados tendían a comportarse en territorio español como tropas de ocupación, extorsionando, robando y hostilizando a los ciudadanos, desconociendo e insultando a la autoridad. Su imagen pública tenía un estatus similar al de la delincuencia organizada.

La percepción de estos trastornos psíquicos y la preocupación por ellos es causa de grandes inseguridades entre los familiares del traumatizado. Ellos también llegan a sufrir ansiedades y depresiones. Cuando el traumatizado toma nota de estos efectos es frecuente que se considere a sí mismo como ser espiritualmente infesto, que infecta a quienes lo rodean. Este circuito de reacciones aumenta en el traumatizado el deseo de aislarse y de escapar de las rutinas cotidianas de la familia, del trabajo. El traumatizado tiende a retornar a actividades similares a las que condujeron al trauma o a rutinas semejantes que lo alejan de los espacios conocidos, de amigos, familiares y amantes. El traumatizado tiende a justificar su aislamiento indicando que los seres cercanos son incapaces de entender su experiencia porque no la han vivido. Este circuito específico de reacciones afectó profundamente la conducta de Cervantes en España.

Por el contrario, la superación de los efectos dislocantes del trauma no sólo demanda el apoyo permanente de personas cercanas y de un terapeuta sino también la terapia informal que le puedan dar desconocidos que compartan experiencias similares o, por lo menos, empaticen con ellas, que escuchen en un ambiente apropiado para la comunicación espontánea, que presten atención respetuosa y solidaria, que permitan al traumatizado verbalizar gradualmente los contenidos enquistados en el inconsciente e incitar en el traumatizado sus tendencias naturales a la sanidad mental. Un componente importante de las terapias es incitar al paciente a involucrarse en las artes, la música y la literatura como vehículos de exploración de universos imaginarios que energicen emociones desvitalizadas por las ruminaciones compulsivas y agobiadoras de la depresión. En el caso de Cervantes, como autoterapia está su dedicación a la literatura, a mantener contacto con literatos y teatristas y frecuentar tabernas y casas de juego.

En la psiquiatría contemporánea, además de la ayuda formal de terapeutas, los espacios públicos son considerados para la formación de grupos de apoyo psicológico a los traumatizados, ya sea de familiares, amigos, o grupos comunitarios y religiosos. Esto sur-

gió del concepto de rehabilitación característica del industrialismo de las últimas décadas del siglo XIX, que concebía a los individuos como capital productivo que puede reentrenarse periódicamente para volver a cumplir funciones en mejores condiciones u ocupar nuevos trabajos. Esto era impensable en la España del siglo XVI, con su colosal derroche de vidas humanas. A su retorno a España, los soldados traumatizados en las guerras imperiales eran del todo redundantes para la economía nacional. Volvieron para engrosar las multitudes de pícaros, vagos, tahúres, explotadores de prostitutas, estafadores, falsificadores y criminales en las grandes ciudades, las poblaciones de las prisiones y las bandas de asaltantes en las zonas rurales.

La asistencia terapéutica informal que personas de experiencia similar pudieran dar a traumatizados como Cervantes más bien se encontraría en lugares de reunión del mundo de los marginados, los pícaros, a los que Cervantes concurre por su estilo de vida —plazas y cortijos de reunión de la delincuencia, tabernas, casas de juego, prostíbulos, posadas de mala muerte, corrales teatrales, hospitales, prisiones.

Dado el talento específico de Cervantes, cabe señalar que el gran valor terapéutico de la literatura está en incitar a la persona traumatizada a que exteriorice y reflexione sobre el sentido de las experiencias que la afectan. El individuo tiene la oportunidad de reflexionar sistemáticamente sobre la secuencia y relevancia de los sucesos que provocaron el trauma y la pertinencia de los símbolos y metáforas con que los ha dotado y asociado emocionalmente. Recuperar la sanidad mental no significa que el trauma pierda gravitación en la vida de la persona. Más bien implica una elaboración imaginativa de este material de manera que el traumatizado se distancie críticamente de los sucesos y etapas de los sucesos para superar el apabullamiento emocional primero y desarrolle un discernimiento calmo en cuanto a la propiedad de las interpretaciones que ha hecho hasta entonces y reconozca alternativas interpretativas que le permitan continuar con una paz razonable sus relaciones personales y la productividad de sus talentos, sin las alteraciones patológicas de la conducta que lo han afectado hasta entonces.

En los datos biográficos que aportan Canavaggio y Garcés hay evidencia de todo esto. En un período de cinco años después de su retorno del cautiverio, Cervantes se preocupó especialmente de la poesía pastoril y del teatro. Esto lo llevó a la composición de *La Galatea*. Ya en su formato estructural —la selección de un lugar ameno en la naturaleza para que seres dolientes expresen y se comuniquen sus cuitas amorosas— la poesía pastoril implica la búsqueda de espacios públicos especiales en que las personas puedan recabar solidaridades humanas. En Cervantes la poesía pastoril podría entenderse como lamento por la carencia de una esfera pública real para exponer sensibilidades solidarias de importancia colectiva. Esto puede proyectarse a todas las obras de Cervantes.

Las dos obras teatrales conocidas de ese período, *El trato de Argel* y *El cerco de Numancia* revelan la voluntad primera de dar orden y sentido a los sucesos de su trauma.

La tensión dramática de *El trato de Argel* revisa experiencias colectivas similares a las del cautiverio de Cervantes y sus esperanzas de fuga y rescate. Se las ubica en un contexto de realismo sociológico en cuanto a la organización social de Argel y la política internacional de Felipe II. Son cuatro las progresiones dramáticas que se muestran sobre la base de este realismo —Felipe II ha traicionado a los cautivos; las familias son separadas por la venta de algún miembro como esclavo; los muchachos, quedan expuestos a la

apostasía y a la homosexualidad a que los someterán sus amos; algunos cristianos están dispuestos a fingir la conversión al Islam para terminar con privaciones extremas. Dentro de este esquema sociológico se inserta un conflicto amoroso que intenta dinamizar la acción dramática de la obra.

Aunque no queda claramente explicitado, la mayor esperanza de liberación de los cautivos estaba en los rumores de una gran expedición de Felipe II contra Argel. No obstante, la expedición había sido montada para que el rey asumiera la monarquía de Portugal. A través del personaje de apellido Saavedra, desde las primeras escenas hay una crítica a la indecisión de Felipe II en cuanto al imperativo de destruir el poder de los corsarios berberes. Esto contrastaba con la resolución que había tenido su padre, Carlos V, que en 1541 había lanzado una expedición, aunque fracasada. Más adelante (Jornada Tercera) se expresa un lamento por la muerte de don Juan de Austria e, indirectamente, el fin de su proyecto político y el empantanamiento de España en las guerras de los Países Bajos.

Mientras tanto, los cautivos sufren terribles tormentos en Argel. Hay, por tanto, una denuncia de Felipe II en cuanto no cumple el compromiso fundamental del Estado en la ética militar —hacer todo lo posible en ayuda de sus soldados capturados por el enemigo. La acusación es extremadamente grave —tácitamente se culpa a Felipe II de traición. Sólo Dios ampara a los cautivos, como lo sugiere el incidente del león que guía a un prófugo hacia Orán. La traición de Felipe II pende como destino trágico sobre los personajes. Pero en medio de su indefensión, en un esquema de contradicciones, éstos muestran la tendencia normal de los humanos a la solidaridad en el amor —Zahara, musulmana esposa de Ysuf, español renegado, está perdidamente enamorada de Aurelio, cautivo cristiano de propiedad de Ysuf. Aurelio lamenta la separación de su esposa Silvia por la captura ocurrida inmediatamente después de su matrimonio, sin saber que Ysuf ha comprado a Silvia y está perdidamente enamorado de su belleza. Sin saber el nombre de esta esclava recién comprada, Aurelio busca congraciarse con su amo dando su palabra a Ysuf de que hará todo lo posible por convencer a Silvia de que se entregue. A su vez, para congraciarse con Zahara, Silvia se compromete a convencer a Aurelio de que ceda.

El amor entre amos y cautivos supera la relación de seres humanos como «cosas muertas». No obstante, la solidaridad humana resulta improcedente por la inflexibilidad del ultracatolicismo imperial que no considera que la insatisfacción de las necesidades materiales y espirituales más fundamentales denigra a las personas. Esto obliga a los prisioneros españoles a terribles sacrificios para no ser sospechados de apostasía. La obra termina con un evidente insulto a Felipe II —la magnanimidad que finalmente protege el amor, el de Aurelio y Silvia, resulta ser el capricho de Hasan Pachá, quien se los compra a Ysuf y los libera para que vuelvan a España en un barco que viaja a Argel con frailes dedicados al rescate de cautivos.

Queda validada la suposición de Canavaggio en cuanto a que, mediante un esquema estético, Cervantes transporta su experiencia personal hacia una crítica de la política internacional de Felipe II. Según Canavaggio, Cervantes es el único dramaturgo del momento que selecciona elementos de su experiencia personal para conectarlos directamente con una evaluación de la política imperial. Se podría agregar que esto llega al extremo en que los factores históricos externos son más importantes para la inteligibilidad del texto que las relaciones simbólicas internas. La acción dramática de *El trato de Argel* carece de

ilación, más bien parece un catálogo de frustraciones y denuncias que hacen cuestionable su teatralidad práctica. Según la perspectiva que propongo, el trauma todavía no del todo elaborado por Cervantes parece ser lo que dificulta una visión más clara de la conexión estética de la experiencia personal con la historia española del momento.

Por el contrario, en *El cerco de Numancia*, se plantea una desconstrucción radical de la ideología imperial, correlato de una mayor sanidad mental en Cervantes.

La historia de Numancia como suicidio colectivo de toda una comunidad de miles de personas en 133 a.c. se convirtió en mito de exaltación del derecho a la libertad de los pueblos. No es difícil asociar este mito con el «dulce et decorum est pro patria mori», amor sublime a la patria según un nacionalismo intransigente. No obstante, como hecho sociológico, el suicidio ha sido considerado como una forma de patología social —una anomia— por la que los individuos terminan con sus vidas ante el colapso de las normas rectoras de la conducta colectiva (Durkheim; Merton). Por ello es que los códigos de conducta militar en primera instancia condenan el suicidio como una forma de desertión ante el enemigo. El prisionero debe conservar la vida para continuar la lucha, obligando al enemigo a consumir recursos y usar personal en la custodia que de otra manera serían usados contra las fuerzas propias.

Explorar la dimensión anómica del mito de Numancia es lo que permite conectar directamente la situación personal de Cervantes con su propuesta política a través de una supuesta tragedia. Como se sabe, el suicidio es frecuente en las personas que sufren de depresión. Sin duda esta ideación habrá afectado al autor como para elevar, a través de una obra dramática, una situación límite existencial a la categoría de problema estético.

En *El cerco de Numancia* el desconstruccionismo radical de Cervantes está en el desacoplamiento de los intereses imperiales de los Habsburgo (el Sacro Imperio Romano) de los intereses específicos de España como nación. Como ya observara en una sección anterior, la coincidencia en una inflexibilidad ultracatólica fue como esa dinastía enganchó a España en su gran estrategia imperial catastrófica. En la obra de Cervantes Numancia es España, nación al parecer admirable porque prefiere suicidarse colectivamente antes que someterse al imperio (romano).

La obra puede dividirse en dos unidades de significación. La primera —Jornadas Primera y Segunda— expone el enfrentamiento de lideratos políticos de profunda inflexibilidad ideológica, incapaces de negociar un acomodamiento mutuo. Cipión, el general romano, confunde los problemas acarreados por la alarmante relajación de la disciplina de su tropa con su deber y misión como diplomata-militar encargado de negociar la integridad territorial del imperio romano y la productividad de sus colonias. El alcohol y los excesos sexuales han debilitado la disciplina y combatividad de sus tropas. Esto lleva a Cipión a corregir la situación con una demanda de simplismo absurdo que, al endurecerse, hará que el combate sea inevitable —los numancios deben rendirse de inmediato o ser destruidos. Con su demanda Cipión deja de lado, caprichosamente, dos imperativos militares —por una parte, en términos estratégicos generales la guerra es recurso de instancia última; debe predominar la diplomacia como solución de conflictos. Por otra, es un dato histórico que la política de Roma buscaba precisamente el predominio de la diplomacia asegurando la sumisión y lealtad de los pueblos que integraba al imperio, dándoles garantías de prosperidad y grandes honores y riquezas a sus líderes (Luttwak). Cipión comete

la negligencia extrema de liquidar todo un habitat humano innecesariamente, toda una fuerza de trabajo utilizable a largo plazo y todo un entorno productivo simplemente por arrogancia y por terminar con un problema de disciplina militar entre sus tropas, solucionable por otros medios. No obstante, en términos militares, a su modo Cipión revela un humanitarismo por cuanto el asedio a Numancia con que amenaza hambrear a la población sirve a ésta como incentivo para terminar las hostilidades prontamente, ahorrando muertes y destrucciones innecesarias.

Los negociadores numancios, por su parte, padecen de una inflexibilidad ideológica de insanía similar a la romana cuando aceptan precisamente la dualidad simplista de Cipión. La diferencia está en que el liderato numancio, con una arrogancia insana, es el que elige destruir a su pueblo por mano propia, en un enfrentamiento desproporcionado que nunca debió darse —3.000 soldados numancios contra una fuerza romana de 80.000.

La segunda unidad de significación de *El cerco de Numancia* —Jornadas Tercera y Cuarta— hace énfasis especial en las opciones equivocadas que los numancios ven ante una situación desesperada. Estas opciones bien denigran a las personas o su costo las hace disfuncionales. En esta segunda unidad Cervantes desconstruye el mito nacionalista de Numancia.

El Senado numancio ordena que prisioneros romanos sean descuartizados para alimentar a la población. Madres se mutilan para alimentar a sus hijos. Padres asesinan a su familia para evitarles mayores sufrimientos. Para alimentar a una mujer amada, en la incursión a un campamento romano amigos se sacrifican inútilmente para robar menudrugos de pan incomibles porque han absorbido sangre. Los seres humanos retroceden a estadios de animalidad supuestamente superados hace miles de años. Pero, por sobre todo, esta segunda unidad comprueba una sospecha ineludible —no hay lógica social que permita aceptar que todo un pueblo tenga tal cohesión ideológica como para atentar contra uno de los impulsos fundamentales de toda especie, conservar la vida. Tampoco corresponde al criterio de necesidad militar que prohíbe la destrucción innecesaria de recursos materiales y humanos. Descubrimos que son los esbirros del Estado bajo órdenes del Senado numancio los que perpetran la masacre, cazando a personas que escapan enloquecidas. Esto expone un hecho oculto en la mitificación nacionalista de Numancia —el gobierno de la ciudad es una dictadura tan inhumana como la de Hitler en los días finales de la derrota del Tercer Reich.

La segunda unidad de *El cerco de Numancia* sugiere, además, una relación complementaria entre el escenario y los espectadores en el teatro de la época, si es que la obra fue representada. Ese registro de opciones de los numancios ante el asedio romano no podía sino generar discusiones en el público. ¿Fueron explotadas por activistas disidentes?

Así expuesto el conflicto dramático de *El cerco de Numancia*, los términos analógicos con la gran estrategia imperial de los Habsburgos son evidentes —España se ha autodestruido al quedar enganchada a la inflexibilidad ideológica de la gran estrategia imperial de Felipe II. Arrastrada por una inflexibilidad ideológica similar, España careció de un liderato nacional capaz de limitar pragmáticamente el costo de la unión al proyecto imperial. Sin duda en esto hay ecos de la crítica de don Juan de Austria a la política internacional de Felipe II.

Según la interpretación que propongo, *El cerco de Numancia* ya no puede entenderse como tragedia, sino como *parodia de tragedia*. Esto roba de toda magnificencia al drama de la decadencia de España. El drama queda reducido simplemente a un asunto de des-

orientación, de disfuncionalidad ideológica e incompetencia burocrática de la autoridad imperial. Aquí reside el sentido del suicidio como temática del colapso de las normas ideológicas imperantes. Creo que con esto ya tenemos las claves fundamentales para una lectura militar de *Don Quijote*. No obstante, estimo necesario acopiar más datos biográficos en cuanto a la continuidad de la psicosis de guerra de Cervantes.

Además de ese episodio de creatividad teatral, también entre 1580-1585 Cervantes entró en una seria depresión. A poco de su vuelta a España Cervantes descubrió el escaso valor que tenía su servicio militar. No logró una entrevista con Felipe II, se le negó su petición de un cargo permanente en América o España; a lo sumo consiguió una corta comisión de servicio en Orán entre mayo y junio de 1581. Sus padres estaban separados y en la miseria. Su padre, Rodrigo, padecía evidentes síntomas de depresión. Sus hermanas Andrea, Luisa y Magdalena continuaban explotando su semi-prostitución. Cervantes no podía darles la ayuda que merecían por su esfuerzo para rescatarlo de Argel. Instalado en Madrid, durante 1583 hizo contactos psicológicamente compensatorios con poetas líricos de notoriedad —Pedro Laínez, Gálvez de Montalvo, Pedro de Padilla, Juan Rufo, Luis de Vargas Manrique, Gabriel López de Maldonado, Lucas Gracián Dantisco. Con ellos vivió una intensa bohemia de la que resultó una relación adúltera iniciada en 1584 con Ana Franca, mujer casada, dueña de una taberna. Fue una relación que en la época merecía la pena de muerte (Perry). Cervantes no se preocupó de mantenerla, aunque de ella nació una hija, Isabel, por largo tiempo no reconocida, quien adoptó el apellido Saavedra.

Bajo el estímulo de su círculo literario Cervantes escribió la primera parte de *La Galatea*. En 1584 firmó contrato de publicación y la obra apareció en 1585. También en 1585 firmó un contrato para escribir dramas que nunca entregó. De este período sólo quedan los textos de *El trato de Argel* y *El cerco de Numancia*.

La creatividad literaria, la intuición ya más certera del sentido de la historia de España y el reconocimiento intelectual de sus pares dan a entender que Cervantes se acercaba a un equilibrio de su situación psicológica. Esto parece confirmarse con el matrimonio pactado en 1584 en Esquivias con Catalina de Palacios, hija de una familia de judíos conversos, mujer de veinte años que conociera durante su relación con Ana Franca. Catalina era viuda reciente, madre de dos niños, heredera de casas y tierras cargadas de deudas. El matrimonio fue un trato doloso en que el padre de Catalina ocultó las deudas y Cervantes ostentó un falso potencial de bienestar como guerrero de fama reconocida. En Esquivias, ciudad con un tercio de habitantes hidalgos, a diez leguas de Madrid, quizás Cervantes encontraría la comodidad, la vida social y la paz para reponer su salud y escribir.

Sin embargo, agobiaron a Cervantes el tedio de las rutinas diarias y el manejo de las deudas del patrimonio matrimonial y de la familia Palacios. Su padre murió en 1585, deprimido y en la miseria. Cervantes dejó de escribir sostenidamente, sólo produjo tres sonetos publicados en 1587. Comenzó a alejarse del hogar para estar en Madrid con sus amigos literatos, libreros y actores y continuar las francachelas. No mostró deseos de paternidad. Más tarde extendió la distancia de sus viajes con excursiones de negocios no aclarados a Toledo y luego a Sevilla. Dados los antecedentes de Cervantes, se trata de escapatorias atribuibles a un ciclo depresivo.

Después de veintiocho meses de cohabitación inconstante con su esposa, Cervantes se instaló definitivamente en Sevilla en 1587. Según Canavaggio, Cervantes cedió ante «sus

ansiedades, sus demonios» (p. 140). Cervantes se trasladó a Sevilla para aprovechar la decisión de Felipe II en cuanto a invadir a Inglaterra. Para ello se formaría la Gran Armada. En abril de 1587 el rey nombró comisionado general a Antonio de Guevara, miembro de su Consejo de Gobierno, para reunir los recursos financieros, los pertrechos militares y las vituallas necesarias para la invasión. Guevara ordenó a su ayudante Diego de Valdivia que instalara cuarteles en Sevilla para estos propósitos y reclutara a la multitud de comisionados secundarios para los procuramientos necesarios. Cervantes fue contratado por la mafia de Guevara según los acostumbrados pagos dolosos del Estado —viáticos muy pequeños, apenas para mantener a los individuos en funciones (no pagados si se podía evitar), con la promesa (incierta) de pagos periódicos del grueso de las sumas inicialmente contratadas. Así Cervantes retornó a un modo de vida similar al de sus años de soldado en Italia —una vida desordenada y despreocupada en cuanto a residencia, rutinas diarias, relaciones familiares y amorosas, viajes frecuentes de por lo menos ocho o nueve leguas diarias a través de Andalucía y luego de la Mancha. Finalmente sus antecedentes militares se hacían funcionales puesto que las comisiones de procuramiento eran trabajo peligroso. Hay una ironía extrema en su nuevo trabajo —el heroísmo que demostrara en combate contra los otomanos ahora es empleado en una especie de guerra interna en España para extorsionar a empresarios y agricultores.

Cervantes trabajó siete años como procurador de alimentos para el aparato militar español. Así pudo atestiguar de primera mano la colosal incompetencia y arbitrariedad de la burocracia estatal no sólo en el procuramiento sino también en el mal almacenamiento de lo requisado, causante de pérdidas gigantescas, y en la entrega fraudulenta de alimentos a los barcos y a las tropas (Canavaggio, p. 148; p. 150). Como comisionado mal y rara vez pagado, Cervantes tuvo que servir crasamente de extorsionador de agricultores que por sus productos recibían sólo notas promisorias de pago futuro cuando ya en ocasiones anteriores habían sido obligados a recibir otras notas promisorias todavía impagas. Cervantes actuaba solo en la identificación y ubicación de los alimentos requisables, sin duda usando a espías pagados, y echando mano de la fuerza pública para forzar las entregas. Cervantes quedó expuesto a toda clase de peligros y acusaciones ante una justicia orientada por la Corona a desconfiar de todo funcionario encargado de recaudos y pagos fiscales.

La situación del comisionado Cervantes —mal y rara vez pagado, en peligro constante, sin duda obligado a pagos a la mafia de Guevara— no podía sino predisponerlo al latrocinio administrativo. En Ecijas —lugar en que tuvo las mayores resistencias y la acusación judicial más dañina— llegó a un acuerdo con los agricultores para requisarles sólo la mitad del cupo que les correspondía. En una torpe maniobra que Cervantes, extrañamente, aceptó, los agricultores lo comisionaron privadamente para que recolectara los impuestos que ellos mismos debían a la Tesorería.

En 1590 se inició una investigación de los manejos del comisionado general Antonio de Guevara por sospecha de ganancias ilícitas, sumario que afectó a toda su mafia. Los tratos de Cervantes fueron cuestionados. Guevara murió en septiembre de 1592, antes de que se conocieran los resultados de la investigación en su contra. No obstante, su asistente Benito de Meno y cuatro de sus asistentes fueron ejecutados. Cervantes fue brevemente encarcelado y liberado por intervención de Pedro de Insunza, reemplazante de Antonio de Guevara como comisionado general, quien, a su vez, también fue sumariado. La mafia de

Guevara fue clausurada definitivamente en 1594 y Cervantes quedó desempleado. Leonor, su madre, quien más esfuerzos había hecho por rescatarlo de Argel, murió ese mismo año.

Desempleado, Cervantes volvió a Madrid, no a su esposa en Esquivias. En octubre recibió otra comisión de riesgo —cobrar 2.000.000 de maravedíes en impuestos atrasados en Granada y sus alrededores. Simón Freire, banquero sevillano a quien entregó en resguardo 130.000 maravedíes luego de meses de trabajo de recolección resultó ser un riesgo imprevisto. En el momento que debía entregar esta suma a la Tesorería Real, Cervantes descubrió que Freire se había declarado en bancarrota y había escapado con una fuerte suma de depósitos. Después de meses de pleito, Cervantes recuperó el dinero, lo entregó a la Tesorería, pero no presentó el informe requerido por reglamentos. Además de esta irregularidad, sus cobros ya con anterioridad habían quedado bajo sospecha dado que el dinero provenía del pueblo Vélez Málaga, donde los deudores habían presentado evidencia de haber pagado con anterioridad a la cobranza de Cervantes. Felipe II mismo había intervenido para exigir el pago. Pero Cervantes hizo un acuerdo con los deudores para que pagaran sólo una mitad de sus deudas, 80.000 maravedíes. En 1597 el caso fue entregado a un juez que exigió el pago de la totalidad del monto que Cervantes debía recolectar en toda la región, 2.500.000 maravedíes. Cervantes fue encerrado indefinidamente en la cárcel de Sevilla. Felipe II intervino en diciembre 1 de 1597, ordenando que se lo liberara, cumplimiento que el juez caprichosamente dilató varios meses. Cervantes dejó la cárcel en abril de 1598, sin duda con contactos y conocimientos mucho más profundizados de la organización de la delincuencia española.

Según muestra Elizabeth Perry, los límites diferenciadores de la institucionalidad oficial y la criminal eran porosos, intercomunicados y complementarios. Se trataba de poderes que convivían paralelamente. El mundo de los asesinos, ladrones, prostitutas, explotadores de prostitutas, regentes de prostíbulos y de casas de juego, tahúres, falsificadores, asesinos, mendigos sin permiso de las municipalidades, vendedores callejeros, de niños vagos y ancianos abandonados, de comerciantes ocultadores y compradores/ vendedores de objetos robados estaba regulado por cofradías que implementaban estrictos códigos de pertenencia, de conducta y delimitaciones territoriales de ejercicio de un oficio criminal y entrenamiento. Configuraban una subcultura jerarquizada con gran capacidad de integración de una población redundante que nunca tendría un lugar en la economía oficial. Funcionarios de aduanas que contrabandeaban o robaban las mercancías depositadas en sus bodegas fácilmente encontraban criminales para agenciar su distribución y venta. Nobles y comerciantes poderosos encontraban asesinos para despachar a adversarios inconvenientes. Los alguaciles cobraban parte del dinero recolectado por criminales en su zona o informaban de hogares y oficinas para ser robados. Había notarios deseosos de extender certificados llenos de datos falsos. Abogados que hacían negocios con los guardias de prisión para esquilmar a prisioneros desesperados por recuperar su libertad. Despachando documentos legales, en las prisiones letrados como Cervantes podían hacer fortunas que jamás harían en un cargo público regular y frecuentemente rehusaban abandonar las cárceles. En un territorio ambiguo entre la ley y el crimen, en las prisiones se podía encontrar los socios para las empresas más extraordinarias, cuestionables y lucrativas.

Resulta sugerente que, después de años de abandono de la literatura, Cervantes haya vuelto a escribir a partir de su prisión en Sevilla. Canavaggio indica que allí se gestó *Don*

Quijote, obra que totaliza su experiencia personal en cuanto a su entendimiento paródico de la historia española y el acomodamiento estético para plasmarlo. Puede especularse que haber captado desde el interior de la delincuencia la porosidad de los límites entre el mundo oficial y el criminal haya sido el pivote de esa totalización paródica. Como veremos más adelante, es imposible que la intimidad de Cervantes con la delincuencia no haya gravitado crucialmente en su vida de allí en adelante, hasta su muerte en 1616, ya que abandonó toda expectativa de obtener un cargo burocrático regular y no tuvo medios de sustento conocidos. De vez en cuando, sin embargo, aparecía en posesión de sumas de dinero respetables. La experiencia en la prisión de Sevilla completó las lacras dejadas en su reputación por los turbios manejos de Vélez Málaga y su asociación con la mafia de Antonio de Guevara. Años después, alejado de toda comisión estatal, la justicia continuó cobrándole los fondos malversados. Por esto, en 1601 parece haber sido encarcelado otra vez.

No se sabe mucho de la vida de Cervantes entre 1600-1604. Viajó entre Madrid y Toledo. Importunado por sus deudas, en su desempleo se acercó nuevamente a su esposa Catalina, quien a la muerte de su padre y madre había recibido una herencia modesta. Hizo visitas frecuentes a Esquivias, sin duda para usar algo de la paz que años antes había abandonado para entregarse al desorden de vida y la violencia de su cargo de comisionado. En Esquivias su situación mejoró con un pequeño legado que le dejara un cuñado. Hacia 1602 Cervantes estaba dedicado de lleno al manuscrito de *Don Quijote*. Trasladó su residencia a Madrid y luego a Valladolid cuando Felipe III mudó la Corte a esa ciudad. Allí reanudó su interés por el teatro y por los círculos literarios, conectándose con Quevedo, Góngora y Lope de Vega.

En Valladolid Cervantes se instaló con su esposa, hermanas, su hija Isabel (a quien había reconocido legalmente) y su sobrina Constanza (quien ya había adoptado la semi-prostitución de su madre, Andrea). Vivieron en un piso de una casa miserable, de pésima reputación, residencia de criminales, conocida como lugar de negocios ilegales, ubicada en Rastro de los Carneros, sección de los bajos fondos. Allí la familia de Cervantes recibía visitas de día y noche, especialmente Isabel, que causaban comentarios y murmullos entre los vecinos. Cervantes era habitué de las casas de juego y socio de especuladores conocidos en los bajos fondos por su eficiencia, Agustín Raggio, comerciante italiano, y Simón Méndez, financiero portugués de origen judío. Cervantes se había conectado con ellos en sus años de comisionado. En un inocente comentario, Canavaggio comenta que «Así vuelve a emerger todo un mundo de figuras dudosas con quien había tratado durante sus años en Andalucía, mundo que continuaba ejerciendo una extraña influencia sobre [Cervantes]» (p. 225).

El 27 de junio de 1605 un militar de notoriedad, Gaspar de Ezpeleta, hijo de una familia principal, hombre de conducta disoluta, fue asaltado y herido de gravedad en Rastro de Carneros, a corta distancia del domicilio de Cervantes. Magdalena, hermana de Cervantes lo recibió y cuidó hasta su muerte días después. Aunque la causa del homicidio podía atribuirse a un amorío adúltero de Ezpeleta con una vecina del barrio, atraído por la gran notoriedad criminal de los habitantes del edificio, el juez sumariante concentró la investigación únicamente sobre la familia de Cervantes, personalmente ocultó evidencia y no llamó a declarar a un testigo que habría podido identificar al asaltante de Ezpeleta. Ante la justicia Cervantes era un criminal de notoriedad.

No sólo Cervantes, sus mujeres y sus socios atrajeron la atención del juez; también lo atrajeron los habitantes de la casa visitados con frecuencia por los duques de Pastrana y Maqueda, individuos criminales. La investigación reveló, además, que Andrea, hermana de Cervantes, se había casado secretamente con un individuo misterioso, Santi Ambrosio, y que, también secretamente, había enviudado (¿sin conocimiento de su familia?). El juez instructor encarceló brevemente a Cervantes, a su hija Isabel, mantenida de Simón Méndez, y a Andrea. Quedaron libres después de 48 horas, pero fueron confinados a un arresto domiciliario. Simón Méndez fue desterrado de Valladolid.

El sumario por el asesinato de Gaspar de Ezpeleta fue cerrado el 18 de julio de 1605. La primera parte de *El Quijote* apareció en 1605 y tuvo éxito inmediato.

Don Quijote: sátira Gnóstica de la Historia de España

Con la aparición de *Don Quijote* convergen factores contradictorios en la vida de Cervantes —la expresión óptima de su talento poético; la capacidad de narrar su intuición más profunda del sentido de la historia española; el logro, por tanto, de una paz razonable ante el trauma mental que afectó su vida; la conciencia de su corrupción personal y de su familia, así como haber encontrado en la criminalidad el modo de vida más eficiente y placentero para vivir en una sociedad corrupta y destructiva; y la ironía de que su fama literaria coincide con su imagen pública de inmoralidad y criminalidad.

Comprender el modo en que esto pudo condicionar la visión de mundo en *Don Quijote* obliga al crítico literario a desempacar este haz de contradicciones sin desmembrarlas de la totalidad de sus relaciones y sin perder de vista la coexistencia simultánea de sus elementos. Soluciono este imperativo explorando la evidente matriz gnóstica con que fue estructurada la novela. En cuanto al origen de esta matriz llamo la atención sobre la obra de Bataillon en cuanto a la influencia de Erasmo en España en el siglo XVI.

En sus argumentos por la reforma de la Iglesia Católica, de su evangelio y de su liturgia, los escritos de Erasmo no sólo tuvieron aspectos afines al reformismo luterano. También fueron cercanos a las creencias de los cristianos «iluminados» de las tendencias llamadas «recogimiento» y «dejamiento». Al describir el pensamiento, prácticas y organización en células de estos «iluminados», así como del pensamiento de Erasmo, lo discutido por Bataillon muestra al lector avisado las grandes similitudes con el Gnosticismo, especialmente en cuanto a los «dejados». Aún más, explica que los «iluminados» usaron algunos de los escritos de Erasmo para articular sus creencias. En su *Historia de los heterodoxos españoles* Menéndez y Pelayo no trepida en identificar a los «iluminados» como gnósticos y traza su presencia en España a partir de los priscilianistas de Galicia en el siglo III, con una continuidad posterior al siglo XVI con los albigenses y begardos de León, Cataluña y Valencia

Los «iluminados» influyeron en las órdenes religiosas, en la jerarquía eclesiástica, en la alta nobleza y en la Corte de Carlos V. En el perfilamiento social de los «iluminados», Bataillon llama la atención sobre la militancia de gran número de judíos conversos (como Cervantes), intelectuales, profesionales y comerciantes. La cercanía de Erasmo con el luteranismo preocupó a la Inquisición aunque no se lo enjuició. Hacia mediados del siglo XVI la Inquisición dispersó las células de «iluminados», enjuició, encarceló, torturó, con-

denó y quemó a muchos de sus activistas más importantes. En esta represión la burocracia inquisitoria se caracterizó por un estricto escolasticismo.

Para los efectos del estudio de *Don Quijote* es útil la recomendación de Bataillon en cuanto a no polarizar las tendencias religiosas indicadas como un conflicto claramente delimitado entre católicos, protestantes y herejes. Para Bataillon no tienen coincidencias superpuestas. Más bien son un mosaico de elementos conectados, congregados y coincidentes en algunos aspectos y divergentes en otros, en un período de grandes turbulencias políticas —las «tendencias de los alumbrados ofrecen analogías evidentes con las de la gran revolución religiosa que conmueve por entonces a Europa, tendencias que de manera tan engañosa suelen resumirse con términos como *protestantismo* o *reforma*. No se puede despachar el problema declarando que las afirmaciones de los ‘alumbrados’ coinciden en ciertos puntos con las de los protestantes» (p. 166); «[El iluminismo] podrá ser cualquier cosa, menos una aberración espiritual o una doctrina esotérica para uso de unos pocos círculos de iniciados. Es un movimiento complejo y bastante vigoroso, análogo a los movimientos de renovación religiosa que se producen en todas partes, y no sólo en Alemania [...] La solidaridad del iluminismo con la revolución religiosa europea es algo que no deja lugar a la más pequeña duda. Pero su parentesco está, sobre todo, en sus orígenes comunes» (p. 185).

La historia de los comienzos de la ciencia moderna en Europa en los siglos XV-XVI-XVII (Ball) muestra, además, la gran influencia del Gnosticismo importado a través del Neoplatonismo de Alejandría. Asentado y prestigiado especialmente en Florencia por las academias fundadas por los Medici (Hauser, vol. 2), elementos gnósticos fueron difundidos a través de todas las cortes reales y los grandes centros universitarios europeos por los intelectuales trashumantes del período en conferencias, cursos y publicaciones hechas por empresarios aprovechando la imprenta de Gutenberg. Ese Gnosticismo influyó en el desarrollo de la astronomía, la química, la farmacología, la medicina y la terapéutica, constelando con ocultismo, magia, teología y filosofía principios hoy característicos de la ciencia moderna. También dio origen a movimientos herejes y políticos de la nobleza y del bajo pueblo que se sublevaron en contra del poder de la Iglesia Católica, de las monarquías y de la nobleza.

Tampoco la teología gnóstica tiene contornos precisos, aunque sin duda tiene claros principios fundamentales. Hans Jonas, R.M. Grant y Francisco García Bazán describen el Gnosticismo como una religión del Oriente Medio concurrente con el platonismo y el cristianismo, de objetivos salvíficos, de muchas escuelas y sectas, con diferentes sistemas teológicos, pero de fundamentos comunes. Se caracterizó por una concepción transmudana de dios, planteando un dualismo que separa estrictamente espíritu y materia, dios y mundo, alma y cuerpo, luz y oscuridad, bien y mal, vida y muerte, en que la salvación se encuentra en la negación del mundo y la reunificación del espíritu con ese dios distante. Se trata de una religión altamente sincretista que fusionó elementos teológicos, filosóficos, simbólicos y rituales de los judaísmos helénico y alejandrino, neopitagóricos, platónicos, teología babilónica y persa, cultos esotéricos y misterios orientales y cristianismo, en especial la reelaboración de la figura de Jesús. La inestabilidad de la teología cristiana hacia el siglo II llevó a los Padres de la Iglesia a considerar el Gnosticismo como una herejía cristiana. El descubrimiento de una colección de escritos gnósticos en Nag Hammadi, Egipto, en 1945 ha enriquecido el conocimiento de esta religión (Wallis y Bregman).

Las prevenciones de Bataillon, Jonas y Grant indican que detectar una matriz gnóstica en *Don Quijote* no implica que Cervantes haya sido necesariamente un hereje anticristiano y anticatólico.

Los mitologemas más básicos del Gnosticismo son críticos, escépticos, antagónicos y nihilistas ante las cosmogonías de la antigüedad clásica griega, del judaísmo y del cristianismo (Jonas), con los que también tienen coincidencias (Grant). La cosmología gnóstica supone un dios originario, llamado Principio Primero, Uno, Padre, Bien, «solitario, nonato, sin residencia, sin tiempo, sin consejero, sin ninguna sustancia que se pudiera concebir [...] calmo, en reposo en sí mismo» (Pépin, p. 298), pleno en la contemplación de sí mismo. Este dios pleno de amor y potencial, sujeto de amor, decidió que no podía ejercerlo sin que existiera un objeto para su amor. Por ello creó un principio femenino llamado Sofía, Intellecto, Verdad. Así la Unidad cósmica se convirtió en una dualidad generadora de múltiples entes. Sofía los creó como múltiples dioses menores de acuerdo con las Formas del Principio Primero. Estos Eones primeros, a su vez, crean y presiden múltiples cosmos; a su vez estos Eones secundarios generan otros múltiples dioses y cosmos menores. La Unidad se diluyó en la Multiplicidad sin menoscabar la Unidad.

Uno de estos Eones, un dios mediocre, vano, ostentoso, megalómano llamado Demiurgo, imitó al Uno y tomó las energías originales que lo sustentaban para crear un cosmos de materialidad y oscuridad a su propia imagen y semejanza. El cosmos resultante —el mundo habitado por los seres humanos— fue, por tanto, una entidad fallida, cuyos procesos, evoluciones, criaturas y relaciones sólo pueden manifestarse y comportarse como malignidad. El estado natural del mundo se caracteriza por degradaciones, sufrimientos, horrores, olvidos, corrupciones, perversiones, depravaciones, crímenes e injusticias que se reproducen infinitamente, en la oscuridad. Para conservar este cosmos el Demiurgo creó múltiples entes para mantenerlo y disciplinarlo. Estos son las autoridades llamados Arcontes que responden al Gran Arconte, el Demiurgo. Este es el mundo en que Cervantes sitúa a don Quijote.

En lo que respecta a los seres humanos, en la cosmología gnóstica hay tres orbes —la plenitud espiritual, el Plenorama de Luz Verdadera del Uno, distante, ignoto, impasible, absolutamente despreocupado de los dioses y cosmos menores a que dio origen; la materialidad degradada del mundo en que existimos y el orbe intermedio de Sofía.

El orbe de Sofía es donde Cervantes instala la espiritualidad de Dulcinea del Toboso, a diferencia de Aldonza Lorenzo, su materialización degradada. Por haber creado al Demiurgo reproduciendo las Formas del Uno, a través de este dios mediocre Sofía canalizó hacia cada ser humano una matriz muy debilitada de la Forma originaria del Hombre. No obstante, por no haber descendido a la materialidad del mundo del Demiurgo, Sofía conserva plenamente la Belleza y el Amor del Pleroma y sirve como acicate para que los seres humanos retornen a la Unidad original del Pleroma (Miller; Perkins). En primera instancia el acicate es dinamizado por la naturaleza fluida del principio femenino. Sofía está asociada con el deseo, el éxtasis erótico manifestado con metáforas acuosas, de flujos, líquidos, mareas, exuberancias, trasvasijamientos que desasosiegan y desestabilizan las identidades fijas de los seres del mundo material creado por el Demiurgo. Puesto que realmente proceden del mito de la Unidad y sus identidades son transferibles entre sí, no hay órdenes y jerarquías esenciales, sino flujos de repetición y transfiguración. Sofía tam-

bién era llamada Pistis, Zoe, Afrodita, Psique, Pronoia, Eva. Recordemos la dificultosa identificación del «autor» verdadero de la novela; los múltiples nombres de don Quijote, Alonso Quijano, Quijana, Quijada, Quesada; la anonimia del cura y del barbero, los amigos de don Quijote; Sansón Carrasco como Caballero de los Espejos, Caballero del Bosque, Caballero de la Selva, Caballero de la Blanca Luna; Diego Miranda como Caballero del Verde Gabán; la anonimia del Duque y la Duquesa.

Sumergida en la materia, aprisionada en los cuerpos individuales, debilitada la Forma y la energía del dios verdadero, la unidad originaria se malogró en la dispersión y la diversidad (Jonas). Para los seres humanos el mundo es hostil, caótico, infernal. Experimentan su existencia, su entorno y la gravitación de los espacios astrales sobre el mundo como soledad, vulnerabilidad, difusa añoranza del origen perdido, como caída, hundimiento, derelicción, temor, angustia, abandono desesperanzado en entrampamientos laberínticos de horribles dimensiones, en que reina la oscuridad, la ambigüedad, la mixtura de principios contradictorios que desorientan. Los seres humanos son como muertos que hacen mímica de la vida, incapaces de imaginar alternativas porque están insensibilizados. Sus vidas transcurren en un sopor, en un sueño poblado de ilusiones, obsesionados por la riqueza y las posesiones, intoxicados y emborrachados por deseos insaciables, gozando una sensualidad orgiástica, embrutecidos, en medio de ruidos ensordecedores, todo esto condicionado tanto por la inercia de la materialidad como por las disciplinas de los Arcontes que administran el mundo en lo institucional y religioso.

En su secuestro en la materialidad, sin embargo, el desasosiego provocado por la fluidez de Sofía impulsa a que la chispa de luz originaria implantada en los individuos busque liberarse para volver a la plenitud del Pleroma. Se repite el mito de Eros y Psique (= Sofía). Eros, ícono masculino asociado con lo material, el fuego, lo seco, ansía, sufre, se castiga, se disciplina y se desespera por conectarse y complementarse con Psique, ícono de lo espiritual, lo femenino, la sangre, la humedad, en un éxtasis de amor. Recordemos las disciplinas de don Quijote en honor de Dulcinea del Toboso en el desierto de la Sierra Morena. Recordemos, además, que en su estudio de la psicología de don Quijote de acuerdo con la medicina de la época —especialmente la teoría de los humores de Juan Huarte de San Juan— Carroll Johnson expone que «El temperamento colérico de don Quijote está determinado por su hígado, que produce bilis amarilla (cólera) asociada con el elemento aire, cuya característica primaria es la sequedad. En realidad, la sequedad es parte esencial de la constitución psico-física de nuestro héroe» (p. 16). Johnson cita al mismo Huarte en cuanto a la imaginación enferma de don Quijote: «ya que el frenesí, la manía y la melancolía son pasiones calientes del cerebro, existen importantes razones que indican que la facultad imaginativa consiste de calor»; «Los viejos poseen gran entendimiento porque son secos, y por esta misma razón, ya que les falta humedad, su memoria les falla» (p. 20).

Sofía tiene un significado ambiguo en el mundo material. Sofía no pertenece a este mundo y nunca quedó aprisionada en él. Su energía femenina es salvífica sólo en la medida en que provoque el erotismo espiritual en los humanos para movilizarlos en la búsqueda de la *Gnosis*. Sin la unión efectiva de las energías femeninas y masculinas, toda simbología maternal y acuática de la naturaleza tiene un significado demoníaco puesto que contribuye a la perpetuación del mundo material. Veremos que en la novela todo lo relacionado con la «naturaleza húmeda» es siniestro.

La liberación tiene dos vías (Jonas). Puede provenir desde fuera del mundo, potenciada por un maestro enviado por el Uno, quien logra atravesar las esferas astrales celosamente custodiadas por los Arcontes para mantener su dominio. O puede provenir desde el mundo porque existen individuos y grupos de iluminados —seres *pneumáticos*— cuya chispa divina los predispone a tomar conciencia del entrapamiento en que viven, que luchan por neutralizar las actitudes subliminales y el adoctrinamiento que infunden las burocracias arcónticas. Por proceder de la malignidad mundana, en la psiquis de estos individuos la chispa divina convive y se debate con demonios antagónicos entre sí que desorientan obsesionando con las normas y valores arcónticos. Aun conscientes de la degradación del mundo y de sus propias corrupciones y carencias espirituales en lo personal, imaginan y actúan súbita e intermitentemente con la intuición de esa espiritualidad superior que surge de su psiquis acicateada por Sofía. Como don Quijote y Sancho Panza, estos iluminados buscan reunirse en apoyo mutuo para revivir las lógicas con que, a través de los milenios, la humanidad ha buscado la *Gnosis* —es decir, recuperar el conocimiento que los reconecte con la Verdad, la Belleza, el Amor.

La estructura de *Don Quijote* está armada en torno a un símbolo primordial del Gnosticismo —el «Hombre Alienado, Extraño» (Jonas). Este puede ser un mensajero enviado a las mazmorras del mundo por el Uno o un habitante del mundo en proceso de transformación o ya transformado por la *Gnosis*. Responde a su esencia extracósmica y, por tanto, es antagónico, hostil y desdenoso ante el mundo, es nihilista. Su presencia resulta incomprensible, causa sorpresa, asombro, molestia, rechazo y mofa entre los Arcontes y los seres hundidos en el sopor de la ignorancia. De todos modos, inquietamente intuyen su majestad y que portan un llamado a despertar. En todo caso, el «alienado» tiene características humanas y, como Jesús, debe padecer los mismos sufrimientos y tormentos de todo ser humano porque, al encarnarse, se hace parte de la creación demiúrgica. La interioridad psíquica de este iluminado es un abismo en que se dan todos los conflictos, tumultos y tormentas incontrolables de las fuerzas demoníacas que, quizás, finalmente lo posean y abrumen, como ocurre con don Quijote.

Portando su nihilismo y su llamado a despertar, «el alienado» peregrina, vagabundea atravesando los espacios de poder de los Arcontes en todas sus variaciones, siempre respondiendo a las incitaciones de Sofía-Dulcinea del Toboso pero con el riesgo de perder su concentración mental (Miller). Atestigua la falsía de esta vida con estancias en diferentes formas de «moradas» arcónticas en que hay extraños cambios de vestimentas e identidades, en que el viajero se expone a tentaciones degradantes —como las de Altisidora— que pueden derrotar su misión. Este vagabundeo tiene un carácter purificador en cuanto expone las diferentes energías que se ocultan en las falsías de estas moradas.

La iluminación gnóstica no tiene un sentido revolucionario, como hoy en día entenderíamos el término. Es una experiencia religiosa trascendental que no implica cambios en las relaciones de clases y del orden institucional existente y de sus autoridades. Perfeccionar la institucionalidad no tiene sentido en el Gnosticismo porque sólo reiteraría y conservaría la malignidad y el poder de los Arcontes. El despertar en sí mismo es el objetivo gnóstico en cuanto recuerda al ser la Unidad originaria y apunta a un modo de vida adecuado a esa nueva conciencia. La consecuencia de la *Gnosis* es la indiferencia ante los objetos del mundo y sus normas, y el cultivo con otros iluminados de la indiferencia en

una silenciosa y, en lo posible, imperceptible oposición y desafío a la autoridad arcóntica. La liberación es, entonces, la asunción de un ascetismo por el que la existencia se purifica absteniéndose de las sensualidades, poluciones y contaminaciones provocadas por los entes del mundo. Con lo dicho es fácil que el lector de Bataillon vea la similitud de los gnósticos con los «iluminados recogidos y dejados».

Don Quijote y Sancho Panza encarnan de manera diferente la espiritualidad extraña al orden establecido del «Humano alienado». El viaje de don Quijote por ventas, solares y castillos es un ejercicio ascético de acuerdo con la tradición caballeresca, el amor cortés absolutamente espiritualizado y el afán de justicia relacionado con esa tradición. Don Quijote separa ese ideal de la materialidad corporal de un ser humano real, Aldonza Lorenzo, y rechaza denigrarlo con el placer sexual. Con su simpleza mental, Sancho se rige por sapiencias y sentidos comunes campesinos con que demuestra una capacidad para gobernar y hacer justicia superior a la de los nobles que detentan el poder social. Pero, como propone el Gnosticismo, en la psiquis de estos iluminados el llamado a despertar convive con los demonios que dinamizan y mantienen un mundo fallido. Don Quijote es literalmente un «alienado», un demente, un psicótico que ha elegido encarnar los mitos caballerescos, el ícono principal que los Habsburgo cultivaron para prestigiar su dinastía. Por su parte, la sabiduría de Sancho está contaminada por su ambición de ganancias y poder, para lo que aun está preparado a engañar a su amo, a quien, sin embargo, profesa lealtad y amistad.

Este ascetismo gnóstico —ese simultáneo «ser del mundo, estar en el mundo, negar al mundo»— obligó a Cervantes a configurar una semiótica que simultáneamente rechaza, acepta y aun goza la materialidad social degradada, de acuerdo con su propia vida, protegiéndose cazurramente de acusaciones de herejía. El nihilismo gnóstico acostumbraba a mostrar sus verdades mediante alegorías herméticas. Ante las deshumanizaciones de la organización social de España, la voz narrativa principal en *Don Quijote* arma un mosaico en que se las contempla con impasibilidad e ironía, sorpresivamente mostrando vislumbres de la chispa divina secuestrada. La insanía de ciertos incidentes es abruptamente contrapesada con la lucidez de otros que, después de todo, revelan la existencia de una sanidad no del todo silenciada. Esta semiótica condiciona formatos dramáticos que permiten la gran arbitrariedad lógica propia de la sátira, la parodia y la farsa, promoviendo la convivencia cercana y antinómica con lo realista, lo trascendental, lo absurdo, lo grotesco, lo risible. De aquí resulta una fraseología laberíntica y un formato de secuencia de capítulos con la que Cervantes busca desorientar al lector planteando proposiciones inicialmente afirmadas, luego debilitadas a medida que se desarrollan los argumentos, terminando por negarlas, a veces dentro de un mismo capítulo; escabrosos juegos con la dimensión temporal; largas y tediosas declamaciones de los personajes que aburren y distraen al lector, en que sólo unas pocas palabras y frases, al parecer dichas de soslayo, son las que realmente contienen las claves interpretativas más importantes; capítulos con postulaciones que niegan otras que se han hecho en capítulos anteriores o se harán en capítulos posteriores; el ocultamiento, escamoteo de segmentos de los episodios narrados para impedir el conocimiento de datos de importancia.

En el personaje don Quijote convergen las principales antinomias en cuanto porta el llamado al despertar gnóstico a la vez que encarna la imagen caballeresca que los Habsburgo cultivaron a través de los siglos para expandir sus pequeñas posesiones originales

en el norte de Suiza, prestigiar su dinastía para ocupar la vacancia de la Casa de Austria, asegurarse el trono del Sacro Imperio Romano y, más tarde, con el ascenso de Carlos V, la monarquía española y legitimar su geopolítica imperial. Conviene explorar esta manipulación política de íconos caballerescos (Wheatford).

El Sacro Imperio Romano era una organización de 360 feudos cuyo emperador era elegido por un grupo de nobles y jefes de la Iglesia Católica. Cada uno de estos feudos conservaba su soberanía ante el gobierno central, de manera que el acceso al trono dependía de la negociación de alianzas estratégicas. Para predominar en estas negociaciones, además de las coyunturas políticas del momento, era imperativo que los linajes aspirantes proyectaran un prestigio indiscutible. Esto lo lograban promoviendo imágenes y relatos favorables, circulando rumores, usando el folclor disponible, patrocinando a escritores y pintores como propagandistas, interviniendo los festivales populares y religiosos, teatralizando ostentadamente el boato de los protocolos y ceremonias de la nobleza.

Rodolfo IV el Fundador (1339-65), el primer Habsburgo que ocupó el ducado de los Austrias, sentó las bases para ese ascenso fijando en su linaje de allí en adelante la convicción de que Dios los llamaba a la misión de construir un Imperio Universal y falsificando un documento que alineaba antecedentes de los anteriores detentadores de la Casa de Austria para proclamar el privilegio especial y superior de su linaje por haber recibido mercedes directamente de dos emperadores romanos, Julio César y Nerón, y ser descendientes de Carlomagno.

Alberto V, duque de Austria, fue el primer Habsburgo elegido emperador del Sacro Imperio Romano en 1437 con el nombre de Alberto II. De allí en adelante los Habsburgo fueron emperadores por trescientos años.

Federico V el Obeso, Sacro Emperador Romano (1415-1493), bisabuelo de Carlos V, fue quien racionalizó el proceso de mitificación de su linaje a raíz de su experiencia de ascenso al trono. Ya desde el siglo XIII estaban circulando leyendas sobre Federico II, apodado Estupor del Mundo, rey de Sicilia, Sacro Emperador Romano, muerto en 1250. En el folclor se dudaba de su muerte y se decía que dormía en una tumba de la catedral de Palermo. Despertaría y volvería como salvador en un momento de grave crisis en Alemania para fundar una edad dorada de paz. A fines del siglo XIII un joven campesino había dirigido una revuelta contra los Habsburgo proclamando ser el Federico mesiánico. En 1403 apareció un escrito que exigía que el emperador Segismundo corrigiera sus injusticias y preparara el camino para el retorno del Orden Divino identificado con un cura llamado Federico de Lantnaw. Buscando un sucesor luego de la muerte del emperador Alberto II, los electores seleccionaron a otro Habsburgo cuyos antecedentes familiares coincidían con el espíritu de guerrero de Federico II en las Cruzadas.

Convencido del potencial mítico de la historia de su dinastía como instrumento de influencia política, durante su vida Federico V agrupó sus elementos metafóricos expandiendo y complementando su significación echando mano de la astrología, la necromancia y la alquimia. Así no sólo prestigió a su dinastía entre las monarquías y el populacho europeos; también descubrió el elemento propagandístico y dijo haber logrado una capacidad de maniobra y predicción mágicas para lograr que alguno de sus descendientes llegara a ser emperador universal. La asociación de la dinastía con niveles sublimes y místicos de simbolismo mágico tuvo un inmenso impacto público. Federico V resucitó

antiguísimos rituales, ceremonias y protocolos monárquicos y creo otros, dotándolos de gran boato y simbologías de poder subliminal, exhibiéndolos como espejo de una trascendentalidad totémica que teatralmente se materializaba en el presente a través de su dinastía. Para Federico V la interpretación mística y mágica vaticinaba los nacimientos más promisorios para la prolongación del poder político de su familia, dictaba los pactos matrimoniales e indicaba las fechas y circunstancias más propicias para realizarlos y tomar decisiones políticas. Conectó su linaje con héroes de las antigüedades egipcia y greco-romana y con santos y mártires cristianos. Su gran ideal fue organizar otra Cruzada, pero no pudo convencer a sus aliados y reunir el capital necesario.

Federico V era feo, obeso, adiposo, desagradable y maloliente y no pudo concretar sus ambiciones. Ellas comenzaron a cumplirse con su hijo Maximiliano I, Sacro Emperador Romano (1459-1516). Maximiliano fue un joven apuesto, simpático, elegante, con apariencia y gestos de magnanimidad monárquica, ostentoso, atlético, inteligente. Lo apodaban «Hércules germano». Su educación hizo énfasis en la equitación, la caza y las justas y torneos caballerescos. Su padre creó para él la Orden de Caballeros de San Jorge. Maximiliano juró en ella a temprana edad prometiendo unificar la Cristiandad. Se preocupó de modular cuidadosamente la imagen de su persona proyectada por los propagandistas de la corte. Supervisaba el trabajo de los pintores y grabadores que difundían sus poses y posturas estudiadamente épicas. Lo mostraron como «el último caballero», continuador de la tradición del rey Arturo y la Mesa Redonda. Fue una imagen tan popular que Maximiliano apareció como héroe de once novelas de caballería, de las que era muy aficionado y supervisó su difusión. En Maximiliano I los Habsburgo encontraron su primer héroe universal. Maximiliano I nunca dudó de que su conducción política respondía a una misión salvífica de la humanidad.

Pero Federico V y Maximiliano I tenían el lastre de ser pobretones cargados de deudas. No fue así el caso de Carlos V, Sacro Emperador Romano (1500-1558), bisnieto de Federico V. Nació en Borgoña, ducado de gran riqueza, elegancia, cultura y renombrado boato. De muy niño su abuelo Maximiliano I lo identificó con la Orden del Toisón de Oro, fundada en 1430, la más rica y esplendorosa de la época. En ella Carlos V exageró la tradición mística de sus abuelos. Era vicioso de la lectura de novelas de caballería. Tenía la certeza de que a través de la Orden del Toisón de Oro se manifestaba el espíritu de Troya, de Jasón, de Carlomagno, de los Argonautas en la nueva misión de rescatar el Cordero de Dios con las Cruzadas pasadas y futuras. A imitación del rey Arturo y de los caballeros de la Mesa Redonda, restauraría el orden y la armonía en un mundo caótico, poseído por el Anticristo encarnado en los otomanos, los musulmanes y los protestantes. Esta noción caballerescas fundamentó el ultracatolicismo de la monarquía habsburguiana en España y la inflexibilidad con que Felipe II orientaba su política internacional como misión divina.

En una época como la nuestra damos por sentado que los lideratos políticos buscan la objetividad científica en la inteligencia militar y en las ciencias sociales para tomar sus decisiones. En los siglos XV, XVI y XVII, además de los instrumentos políticos usuales —las negociaciones diplomáticas, el espionaje, el soborno, el asesinato, el secuestro y los interrogatorios bajo tortura— para conocer los planes de sus enemigos y neutralizarlos, entre sus asesores los monarcas contaban con brujos, adivinos y astrólogos que consultaban tablas pitagóricas y astrales y lanzaban todo tipo de hechizos, embrujos, sortilegios y

encantamientos (Woolley). No es de extrañar, entonces, que, urgido por una misión subversiva de restauración de la justicia en un orden social maligno, don Quijote se sintiera permanentemente amenazado por encantamientos.

No creo prudente atribuir a Cervantes una convicción religiosa en el uso de esa matriz gnóstica en *Don Quijote*. Más bien creo que fue un elemento de la cultura disidente de la época que le sirvió como gran metáfora sintetizadora de la experiencia de toda una vida y de su crítica de la catastrófica conducción política de los Habsburgo. Por muy expediente que le haya sido la metáfora gnóstica en lo literario, Cervantes se muestra como materialista en su concepción de la historia, materialista en el sentido contemporáneo —su criterio implícito de evaluación de los sucesos históricos fue captar la lógica de las acciones colectivas en el marco de las carencias de una gran estrategia nacional pésimamente ejecutada.

La gran estrategia nacional es un concepto formalizado en la época actual. Imputarla retrospectivamente a las preocupaciones críticas de Cervantes requiere una justificación epistemológica. Esa justificación está en las terribles incompetencias estratégicas, tácticas y logísticas experimentadas por todos los rangos militares del primer aparato imperial europeo moderno, orientado a una guerra total permanente, en tantos teatros de operaciones. Las dislocaciones de este aparato militar fueron tan masivas como para que la imaginación instrumental, a partir del repudio de las incompetencias de esa época, se viera forzada a visualizar un futuro de mayor racionalidad tecnocrático-administrativa. Los lideratos político-militares europeos tuvieron que confrontar los grandes fracasos y desperdicio de vidas y recursos y el imperativo de implementar con algún grado de lógica y eficiencia nuevos sistemas de reclutamiento, concentración, avituallamiento, transporte y paga de enormes masas de soldados, entrenar a la tropa para el uso de las nuevas armas de que disponían ahora masivamente, arcabuces y artillería, mejores sistemas de despliegue y maniobra y nueva arquitectura para las posiciones de defensa. *Don Quijote* es parte de un vuelco futurista de la imaginación burocrática que más tarde resultó en el concepto de gran estrategia nacional. Esta afirmación requiere mayores precisiones.

Desde una perspectiva imperialista, una «gran estrategia es un concepto englobante que guía el modo con que las naciones emplean todos los instrumentos del poder nacional para intervenir en los sucesos mundiales y lograr objetivos específicos de seguridad nacional. Una gran estrategia provee el nexo entre los objetivos y las acciones nacionales estableciendo una visión del mundo deliberadamente ambigua a partir de acuerdos consensuados (objetivos), los métodos (instrumentos) y los recursos (medios) que se emplearán al perseguir esa visión. Las grandes estrategias eficientes proveen a los líderes nacionales, a los encargados de formular políticas públicas, a los aliados y a los ciudadanos influyentes de un propósito y una dirección unificadores en el logro de sus intereses comunes» (Bassani, p. 10).

La noción de ambigüedad insertada en esta definición se refiere, por una parte, a la flexibilidad de concepción y maniobra que necesitan los diferentes lideratos nacionales a través del tiempo para corregir distorsiones como las de Felipe II provocadas por su ultracatolicismo. El pragmatismo de don Juan de Austria quizás habría corregido esta distorsión, si se lo hubiera considerado. También esa noción de ambigüedad se refiere a que, aunque la conducción de una gran estrategia nacional demanda concepciones científicas para dar coherencia a factores geográficos, económicos, políticos, los recursos militares y

técnicos de la nación y los componentes étnicos de la población, esa conducción tiene una fuerte dimensión poética.

Esta dimensión poética radica en que los lideratos nacionales deben imaginar, intuir, visualizar escenarios de acción todavía inexistentes y discernir factores intangibles y motivaciones recónditas en las reacciones, acciones e intenciones de aliados, oponentes y enemigos en la arena internacional. Los lideratos deben conectar síntomas y evidencias de conducta ostensible o desperdigada y elementos de inteligencia que en apariencias tienen poca relación entre sí y exprimir de esta masa hipótesis quizás escasas y de incierta vigencia temporal para hacer vaticinios inevitablemente frágiles. Esta visualización intuitiva se origina y apoya en los recursos simbólico-metafóricos acopiados por una civilización para plasmar sensibilidades colectivas idiosincráticas. En ello intervienen la literatura, las artes, la filosofía, la teología y las diferentes ciencias disponibles. En la lógica de las grandes estrategias nacionales el predominio de estas sensibilidades es designado como «valores nacionales» que fundamentan las acciones del Estado en el concierto de las relaciones internacionales. En este sentido hay una similitud entre los términos en que se narra una gran estrategia nacional y una novela como *Don Quijote*, especialmente si se considera la gravitación de los mitos caballerescos como íconos del poder imperial.

La narración de los objetivos de una gran estrategia nacional son, en realidad, un catastro de los recursos geográficos, naturales, humanos (raciales y étnicos), políticos, intelectuales y psicosociales existentes en el territorio nacional, los modos con que la población ha convertido el territorio en un habitat optimando la productividad tecno-científica, la homogeneidad étnica y la cohesión espiritual de la población para concebirse como comunidad histórica dotada de una voluntad orientada a la consecución de los objetivos nacionales definidos por el liderato político-militar. Con estas articulaciones puede decirse que un Estado domina la masa territorial y humana para imponer políticas conducentes no sólo a la supervivencia sino también a proyectarse material e ideológicamente a una hegemonía mundial.

En otras palabras, las grandes estrategias nacionales son constructos ideológicos. Louis Althusser definió la ideología como la representación figurativa de relaciones sociales reales. Como se observara en los párrafos anteriores, esto implica que los conjuntos simbólico-metafóricos atribuidos a las relaciones económicas, sociales e institucionales conforman un universo de imágenes ilusorias, que interpelan de manera emotiva y subliminal a los grupos de un colectivo humano para que se sometan y cumplan con los roles prescritos por la hegemonía social. Como donadoras de un valor a la personalidad individual de acuerdo con su situación en la jerarquía social, estas matrices metafóricas subliminales provocan una sensación de entrega incuestionada, de confianza en el orden social, que en parte puede experimentarse como una especie de éxtasis a veces cercano a la fe religiosa. Para Althusser, este ilusionismo es un fenómeno objetivo que obedece a leyes propias y que, como sistema poético, tiende a reproducirse de maneras independientes e imprevistas en la convivencia cotidiana.

A modo de caleidoscopio, el universo de ideologemas predominantes en una sociedad se realinea, reajusta y recompone en respuesta a las incidencias históricas experimentadas desde la cotidianidad. De acuerdo con esas incitaciones, temporalmente algunos elementos pueden convertirse o ser usados como punta de lanza en la verbalización de una

respuesta emocional e intelectual del colectivo humano ante los sucesos, reordenándose el conjunto total de ideologemas. Por ejemplo, en *Don Quijote* Cervantes usa imágenes de la ideología oficial caballeresca como punto de entrada al conjunto de discursividades vigentes en España, congregándolas y constelándolas desde su propia perspectiva crítica.

Inevitablemente la experiencia práctica inmediata muestra fricciones con las ilusiones ideológicas, revelando desfases y desajustes entre las dos. Estas fricciones pueden activar las dimensiones racionales de la personalidad para determinar y analizar su causa, quizás poniendo en duda las ideologías oficiales. Desde la perspectiva del poder hegemónico esto moviliza a los aparatos ideológicos del Estado —la educación, la religión, la ley, el arte académico, por ejemplo— para neutralizar la percepción de las consecuencias últimas de esos desfases y desajustes y proteger la continuidad del ordenamiento social.

El aporte de Althusser está en señalar que la historia como teleología es conocida a través de la malla poética de ilusiones ideológicas. Esto indica que tanto el dato histórico objetivo como la ilusión ideológica que lo distorsiona tienen estatus social de realismo similar. *Esta observación hace evidente que, en Don Quijote, Cervantes otorga a la imaginación poética un estatus idéntico al de verdad histórica, en la medida en que concibe la literatura como medio para comprender el sentido real de la historia española.*

Las luchas de la Modernidad contra el *ancien régime* requirieron un desmantelamiento científico de los procesos ideológicos subliminales. En lo militar, ese científicismo resultó, por ejemplo, en conceptos como geopolítica, gran estrategia nacional y sistemas de comando y control. *Don Quijote* tiene una relación directa con este científicismo. Sopeemos especialmente el hecho de que el escrutinio de la biblioteca de don Quijote (I, VI), a poco de iniciado el relato, no sólo implica un rechazo de la novela caballeresca como género literario sino también un cuestionamiento de la sensibilidad caballeresca imperial como sustento del orden social.

Don Quijote: Primera parte

Esta parte puede entenderse como una alegoría gnóstica de la geopolítica de Felipe II. La alegoría fue un género particularmente favorecido por los gnósticos porque presenta múltiples aristas simultáneas de interpretación, muchas de ellas contradictorias entre sí. Se esperaba que la discusión de estas significaciones —la lectura y comentario de la novela, en este caso— pondría en jaque la conciencia de las lógicas arcónticas y permitiría que la inconsciencia pleromática finalmente despertara a la *Gnosis*. Nicholas Spadaccini ha observado que Cervantes tenía conciencia del potencial subversivo de la lectura privada y reflexiva de la literatura. Esta neutralizaba la ritualidad pública con que el aparato propagandístico habsburguiano influía emocionalmente a las masas, particularmente con el teatro. Cervantes habría escrito sus libretos teatrales para ser leídos, no representados. Esto corresponde con la experiencia de los «iluminados recogidos y dejados».

En su aspecto más simple *Don Quijote* es una sátira de la incompetencia del liderato político-militar que condujo la gran estrategia nacional imperialista. Se trata de una parodia de una estrategia nacional malograda. Como tal parodia, en el relato se toma inventario y se atestigua lo inadecuado que son los recursos humanos, materiales, espirituales e

institucionales con que España cuenta para continuar su geopolítica imperialista en una época de decadencia. El inventario se hace desde la premisa de que la población ha quedado clausurada en el universo ideológico generado para facilitar un estado de guerra total permanente. Esta clausura mental supone la noción gnóstica de la historicidad humana —si una sociedad como la española puede renovarse y regenerarse, esta capacidad es la inercia que perpetúa lo maligno. La manera más sucinta de entender la novela es considerarla como una exploración de las experiencias posibles según una sensibilidad social de prepotencia arrogante de las autoridades arcónticas, de inconciencia por parte de la población del sentido verdadero de la teleología histórica, de violencia física y psicológica, de insanía generalizadas aun en las relaciones más íntimas. De todos modos, en esto Cervantes inserta instancias de iluminación gnóstica.

El relato está organizado en cinco progresiones: 1) en torno a las aventuras guerreras de Don Quijote; 2) en torno a los episodios amorosos de Grisóstomo y Marcela, Cardenio, Fernando, Luscinda y Dorotea, Luis y Clara; 3) en torno a los episodios de la liberación de los galeotes, de los discursos de don Quijote sobre la Edad Dorada, sobre las armas y las letras y de la *Historia del cautivo*; 4) la conspiración del cura y del barbero para atraer a don Quijote de vuelta a su aldea; 5) hacia el final de la Primera Parte, los juicios del cura, del canónigo de Toledo y don Quijote en que se equipara historia y ficción. Estas progresiones se dan como un movimiento similar al de una composición musical, en que cada una de ellas juega un contrapunto sobre la misma matriz fundamental de la violencia social, llegando a una coda final con la disputa sobre la bacía/yelmo, la pelea del «campo de Agramante», los episodios de Luis y Clara, Eugenio y Leandra y el retorno de don Quijote a su aldea como bestia enjaulada. En su trayectoria don Quijote cumple con la función del alienado gnóstico que atraviesa diversos espacios para atestiguar los diferentes modos de ser de un mundo fallido, terminando su travesía sometido a la indignidad.

La quinta progresión necesita atención inmediata. Al disponerla hacia el final de la narración, parece evidente que Cervantes tuvo la intención de dar claves sobre la significación social de todos los episodios anteriores y siguientes. Al contrario de la condenación general de la literatura caballerescas de comienzos de la Primera Parte, en esta conversación (I, XLVII-XLVIII-XLIX-L), en laberínticos y tediosos parlamentos el cura y el canónigo abren un resquicio para legitimarla socialmente. Ahora se arguye que, bajo ciertas condiciones, esta literatura puede ser instrumento de educación y deleite. A primera vista se trata de una referencia aristotélica a los criterios de verosimilitud, verdad y certidumbre que hacen plausible la ficción comparándola con la teleología de los hechos históricos y la experiencia de los individuos en su cotidianeidad. En última instancia, sin embargo, con estos argumentos los libros de caballería quedan equiparados con la historia, coincidiendo con la propuesta de esos dos dramas (*El trato de Argel* y *El cerco de Numancia*) con que Cervantes iniciara su carrera literaria —la literatura debe ser un vehículo de exploración del sentido de la historia—, coincidiendo, además, con Althusser en cuanto a que las representaciones ideológicas de las relaciones sociales son hechos históricos reales y no pueden entenderse separadamente.

Luego de condenar la literatura caballerescas en la forma como usualmente se la practica, el canónigo la redimiría si el respeto por las leyes de la verosimilitud es avalado por la censura estatal. En la medida en que la censura cuida de los criterios de veracidad, se la

presenta como asunto conveniente para educar el sentido común de los lectores y para los buenos negocios de los productores de literatura. El cura dice: «Otros [componen comedias] sin mirar lo que hacen, que después de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes» (I, XLVIII, p. 497).

En otras palabras, la literatura es legítima y verdadera en la medida en que se conforme a los criterios político-religiosos de la monarquía. Se considera indiferenciadas entre sí la influencia del poder hegemónico, la ideología oficial, la verdad y la ficción. Esto corresponde con el criterio de que, en las sociedades modernas, los discursos ideológicos son producidos por intelectuales agrupados con alguna forma de institucionalidad y son regidos, controlados y diseminados por los aparatos ideológicos estatales. Como caballero andante que vive el éxtasis de su entrega a las ilusiones ideológicas de la Corona, don Quijote da el paso lógico final al dar a la literatura caballeresca categoría de razón de Estado, vehículo político «verdadero» que delimita las concepciones posibles de la realidad. Por tanto, historia y ficción quedan equiparadas y son intercambiables. Don Quijote es claro al respecto:

Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros..., finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto, día por día, que el tal caballero hizo, o caballeros hicieron? (I, L, p. 509).

El canónigo, por último, concede razón a esa fusión de historia-mito-poder hegemónico, reconociendo que, después de todo, responde al sentido teleológico de la historia (I, XLIX, pp. 507-508).

Si toda ficción tiene rango de realismo histórico en la medida en que corresponda con las ideologías hegemónicas, la parodia satírica de *Don Quijote* es realismo histórico en cuanto representa con verosimilitud la insania de la hegemonía social. Para llegar a este criterio Cervantes se ha visto forzado a una maroma argumental que, a primera vista, termina validando la censura estatal y la difusión de la ideología oficial —todo discurso legitimado por la burocracia del Estado es verdadero. Planteado por un intelectual capaz de usar herejías para la crítica radical de la historia española, aparentemente se trata de una antinomia. No creo que lo sea. Sospecho que Cervantes llevó adelante un proyecto de integrar su obra a la literatura legitimada por el Estado, enmascarando su intención real con un código de claves gnósticas esotéricas, arguyendo que se trata de una simple sátira de la literatura caballeresca y su propósito, la diversión del populacho. Es uno entre los muchos los enmascaramientos de la novela.

El modo narrativo plantea ese enmascaramiento a través de todo el relato. Por modo narrativo se entiende el conjunto de normas de acción en el tiempo y en el espacio que establece la voz narradora para comunicar el mundo ficticio que la preocupa. Formalmente la conciencia narradora es un ente integrante y conformador del mundo ficticio al desplegarlo según su perspectivismo especial. Dado que el mundo ficticio narrado está

presidido por leyes que obligan a un desarrollo de las relaciones de los personajes según una lógica especial, no puede asociarse la voz narradora directamente con el escritor, con el autor. Los valores éticos que puedan desprenderse de las acciones de los personajes deben atribuirse a las maniobras perspectivistas de la voz narrativa. Sin embargo, en última instancia, la crítica literaria hace responsable al escritor, al autor, del significado ético de su constructo poético como interpretación de las relaciones sociales dentro de la lógica histórica de una época. En *Don Quijote* Cervantes intenta transgredir estas suposiciones desdoblado y ficcionalizando la imagen del escritor real.

Ya desde el Prólogo Cervantes sugiere que lo narrado es verdadero, «la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos» (p. 14). Con esto no sólo se cuestiona el estatuto de la ficción sino también el de los narradores del relato. Puede suponerse que la principal voz narradora de la novela fue realmente un recolector de información oral o escrita. Por tanto, se trataría de una autoría colectiva. Se hace patente que la voz narradora no comunica una ficción; más bien transcribe datos históricos acumulados por innumerables individuos anónimos. Todo trabajo de historificación responde al criterio de que los hechos recolectados y narrados son de importancia para la memoria de una colectividad, de allí que se mencione a tanto historiador anónimo. Por tanto, de aquí en adelante nos encontramos con un narrador-historiador que echa mano de fuentes desconocidas. Más adelante, al dejar en suspenso la narración de la pelea con el vizcaíno, el narrador reduce la amplitud de la autoría, ahora hablando sólo de un «primer autor» y de un «segundo autor». Con esta diferenciación la voz narradora crea una extrema ambigüedad. Ella misma podría ser ese «primer autor».

Si este «segundo autor» está preocupado de la trascendencia de las acciones de don Quijote para la colectividad, se explica su desazón al no encontrar otros documentos —si los hechos tienen una teleología, un vacío en su registro es del todo inaceptable. La historia no es azarosa: «Y, así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, o la tenía oculta, o consumida» (p. 83). No obstante, el «autor segundo» descubre que la memoria de don Quijote de hecho está regida por el azar. Encuentra la continuación del combate con el vizcaíno entre unos cartapacios escritos en árabe que compra de un muchacho que vaga por las calles de Alcalá de Toledo. Los cartapacios resultan ser la *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*.

Cide Hamete Benengeli parece ser un «tercer autor», a quien debe prestarse atención aunque se dude de su veracidad por ser un «perro» musulmán que, sin duda, vilipendió a don Quijote. La historia de don Quijote es, entonces, a todas luces, falsa. Sin embargo, la voz narradora (¿el «primer autor»?) continúa impertérritamente el relato como si fuera mero transcriptor del texto del árabe. Las dudas de la voz narradora, no obstante, deben cuestionarse —¿qué distorsiones de la verdad supone?, ¿cómo las detectó?, ¿qué documentos fundamentarían sus suposiciones comparativas de que el árabe ha mentado?; si está seguro de que Cide Hamete ha distorsionado la verdad, ¿por qué no detalla esas distorsiones?; si existían documentos para una comparación, ¿por qué dice que esos docu-

mentos no existían hasta el encuentro de los cartapacios? Puede concluirse que continuar con la transcripción implicaba la paradoja de legitimarla con rango histórico a pesar de ser supuestamente falsa. En otras palabras, la historia de don Quijote procede adelante como si fuera verdadera aunque está viciada por ser incorroborable o falsa.

Planteada esta aporía, poco más adelante la voz narradora la complica otorgando al historiador arábigo rango de gran confiabilidad por la minuciosidad y acuciosidad de su informe, a pesar del desprecio con que trata su nombre: «Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue un historiador muy curioso [= cuidadoso] y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras [= viles, vulgares], no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, déjense en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra» (I, XVI, p. 141). Repite este encomio llamándolo «sabio y atentado [= cuidadoso, juicioso] historiador Cide Hamete Benengeli» (I, XXVII, p. 273).

La voz narradora se reserva una sorpresa al concluir la Primera Parte de *Don Quijote* al revelar que, «en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba» (p. 529), fueron encontrados unos pergaminos que contienen la tercera salida y la muerte del psicótico.

En conclusión, este juego de eludir responsabilidades de autoría podría atribuirse a los cuidados de Cervantes ante un posible pleito con la censura. Pero, además, es evidente la sugerencia implícita de que nadie puede hacerse cargo y tomar la responsabilidad de articular una historia insana.²

Don Quijote es un personaje de débil impulso vital, que recorre espacios donde impera la muerte —es un hidalgo supuestamente pobre, anciano, decrepito, soltero, sin progenie, psicótico, que ha descuidado la administración de sus bienes para entregarse monomaniáticamente al estudio de libros de caballería como si fueran historia real. Desea terminar su vida con tres acciones monumentales, tres salidas con las que espera alcanzar fama impecedera imponiendo los ideales de la caballería andante, imagen con que los Habsburgo llevaron a España a la catástrofe. Su vagabundeo está demarcado por la emblemática de la caballería (Cárdenas Piera) en versión degradada —caballos, lanzas, espadas, yelmos, pendones, gerifaltes, leones, poses épicas («Caballero de la Triste Figura»; «Caballero de los Leones»), feudos graciosamente concedidos (la ínsula Barataria).

A la vez las intenciones de don Quijote exponen una paradoja radical —la carencia de justicia en el sistema político es de tal magnitud que sólo puede pensar en restaurarla un demente que, incapacitado para visualizar una utopía en el presente o en el futuro, sólo puede situarla en una arcadia ya inexistente de mercenarios anacrónicos. Pero, aún así, la empresa

2.- Por último, debe señalarse que el colapso de la diferencia entre «historia» y «cuento» (= ficción) aun se refleja en los títulos de los capítulos. Por ejemplo, se habla de «... una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuenta» (I, XXIII); «... con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia» (I, XXVII); «Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas ...» (I, XLIII); «... y otras aventuras sucedidas, con toda verdad» (I, XLV); «... y es uno de los importantes capítulos de toda la historia» (II, VI); «Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento de esta grande historia» (II, XXIV). Dentro de estos parámetros se introducen como verdad histórica algunos de los elementos supuestamente más fantásticos: «Del extraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos» (I, XLVII).

justiciera de don Quijote carece de sentido y esperanza si repasamos las nociones escolásticas de ley natural, de derecho natural y de justicia imperantes en la España de Cervantes.

Santo Tomás argumentaba que, al crear la especie humana, Dios le había implantado un alma, una esencia que la impulsa a su perfeccionamiento (*Weschung Bilbao*). Por esto la humanidad es la *Imago Dei* y quedó instalada en el pináculo jerárquico de una escala de perfectibilidad. La humanidad es capaz de discernir los términos de ese perfeccionamiento con la racionalidad con que Dios la dotó al privilegiarla por sobre toda otra especie biológica. Por esta racionalidad los seres humanos son capaces de discernir entre el bien y el mal como guía de su acción. Santo Tomás reducía este dilema a una máxima simplísima, «Hacer el bien y evitar el mal». La libertad humana radica en el ejercicio de esta elección. Esta responsabilidad moral conlleva una apreciación de la dignidad de la persona en el ejercicio de las tareas prácticas cotidianas —laborales, profesionales, por ejemplo— que le corresponden a cada individuo.

En el orden jurídico, esto implica la existencia de principios superiores, eternos, universales e inmutables a los que racionalmente debe someterse la voluntad humana en las tareas de legislación, gobierno y desarrollo del bienestar social. Por tanto, todo sistema legal debe organizar y mantener un orden para la protección de la vida, de la integridad física de las personas, promoviendo la prosperidad colectiva, favoreciendo el matrimonio y la familia para la propagación de la especie humana, facilitando la educación de los hijos. Ya que las personas están impelidas a la consecución de sus fines particulares desde su ubicación en la jerarquía social, los Estados, el derecho y los gobiernos deben reconocer y asegurar su libertad de acción y asociación sin distinciones arbitrarias e injustas. Deben reconocer a la vez las restricciones y obligaciones recíprocas necesarias para que se den las retribuciones que en justicia corresponden a los individuos y a los grupos y que se respeten los derechos de los demás y se contribuya a los intereses colectivos.

Aun con este esquematismo se percibe que don Quijote plasma una condena del gobierno de los Habsburgo como contraria a la ley divina. Pero por sobre todo llama la atención que Cervantes —contra ese trasfondo teológico y legal— haga a un psicótico instancia de restauración de la justicia. Una psicología de inspiración escolástica («Personality»; «Insanity») predica que las acciones humanas corresponden con los principios divinos cuando el alma, entendida como «forma» racional, determina la naturaleza y funciones del cuerpo entendido como «materia». Esa forma dota de entidad permanente, continua y unitaria a la personalidad. Esta se manifiesta como un «yo» distintivo, completo en sí, sujeto de todo estado y proceso de conciencia, pensamiento, memoria, emoción, sensación, voluntad, motivación y actos que constituyen su vida. La vida es evaluada por sobre todo como constelación de responsabilidades morales ante la ley humana y divina según el atributo de la razón.

En esta psicología escolástica la insanía puede resultar de una enfermedad temporal o permanente o de una pasión abrumadora que afecta o altera la determinación del cuerpo por el alma, pervirtiendo o destruyendo la voluntad, limitándose o suspendiéndose del todo la responsabilidad moral. Específicamente, don Quijote adolece de una monomanía por la que su mente sistematiza y persiste en un número limitado de alucinaciones sin que otros procesos intelectuales sean afectados. La monomanía se caracteriza por intervalos regulares de melancolía depresiva y manía de exaltación emocional y paranoica.

Considerando, entonces, que, en el escolasticismo, la ley eterna compele a los individuos a cumplir con los cometidos laborales y profesionales según el discernimiento ético dictado por la razón, la empresa justiciera de don Quijote toma visos extrañísimos. Don Quijote es soldado sólo por las ilusiones de su insanía. El código caballeresco con que busca imponer la justicia existió sólo en la imaginación literaria. Su impulso a la justicia no responde a los dictados de la ley natural sino a su perversión. Parecería una aporía si no consideráramos que Cervantes hace un uso satírico del Gnosticismo —la historia humana es manifestación de una cosmogonía de contradicciones demoníacas. La noción de ley natural es, por tanto, una de ellas. Don Quijote se hace famoso por su demencia, no por su afán justiciero.

En la progresión guerrera de la novela don Quijote discute y actúa su versión de la tradición caballerescas como alienación de la historia. Contra el pragmatismo realista y el sentido común de Sancho, para don Quijote las normas caballerescas toman la rigidez de un mito religioso primordial (Eliade), en que los seres humanos quedan compelidos desde siempre y para siempre a repetir mecánica y ritualmente los padrones de conducta paradigmáticos, inmodificables, fundados *ile tempore* por seres cuyo poder ha sido sacralizado en la memoria presente. Si entendemos la historia como la capacidad de autotransformación de la especie humana con el descubrimiento de nuevas formas de conducta y nuevos instrumentos y herramientas intelectuales y materiales de acción para intervenir en un flujo de relaciones de todo tipo en cambio constante, con su conducta mecánica don Quijote resulta ser un ente mítico, un monstruo no histórico, no humano, por tanto. Pareciera como que la humanidad ya no tuviera formas nuevas y sorprendentes de vivir la existencia. Aunque en esto reside la comicidad de don Quijote, enmascara el agotamiento de la vida.

La alienación mítica también afecta la representación del paisaje en *Don Quijote*. El paisaje como escenario social y su tratamiento artístico deben ser entendidos como evidencia arqueológica del modo como el trabajo humano, a través de las centurias, en medio de luchas sociales inmemoriales, ha materializado todo tipo de necesidades colectivas y las sensibilidades de los habitantes. Esa materialización, a su vez, condiciona la memoria histórica y continúa generando nuevas sensibilidades, nuevas necesidades y nuevas aspiraciones. Pero en *Don Quijote* la voz narradora sólo enumera referentes del paisaje sin darles mayor profundidad —molinos de viento, ventas, caminos, bosques, prados, sierras, riachuelos—, abstrayéndolos de su historia como espacios de relaciones humanas que demarcan una memoria colectiva. Puede colegirse que la existencia de ventas, caminos y molinos suponen un tráfico humano, suponen una razón social como parte de la reproducción material de una región y de la totalidad del orden social. Esto es de particular importancia en un Estado dedicado a la guerra total permanente. Esta implica la racionalización logística de todos los recursos existentes para que se los aplique como instrumentos de guerra en situaciones específicas. No hay trazas de esta articulación en el relato excepto, sugestivamente, en el episodio de los galeotes. En este sentido, la novela presenta un espacio vaciado de historicidad. La naturaleza misma aparece alienada de la imaginación poética como espacio para la revitalización; lo pastoril sólo sirve como escenario para el suicidio y la vivencia de episodios psicóticos perversamente elevados a rango sublime. La voz narradora más bien usa los espacios para atiborrarlos con una cháchara que magnifica la sorpresa y el ridículo de las acciones del héroe psicótico o dando la palabra a persona-

jes para que declamen parlamentos, impresionándose mutuamente, con estudiadas poses teatrales e idolátricamente se vanaglorien de sus sensibilidades exquisitas.

Echar mano de un psicótico como personaje articulador del relato y proponer el colapso de la diferencia entre historia y ficción permitió que Cervantes usara un formato de farsa para estructurar su mofa de la ideología imperial. La farsa permite distorsionar la lógica de lo narrado con abruptos y arbitrarios cambios de fortuna para que, en medio de la degradación humana, surjan los actos y visiones éticas de redención gnóstica de que hablara en secciones anteriores. Con este formato los incidentes narrados ilustran un dogma —una particular visión crítica de la historia de España— lo cual transforma la farsa en parábola. La parábola, como enseñanza ejemplar, contiene lecciones éticas que enjuician las conductas de la personas según la ambigua estrategia de simultáneamente revelar y ocultar ese dogma. Puesto que tiene un origen bíblico, la parábola inserta un tono blasfemo a la narración, afín al Gnosticismo. La confluencia de farsa y parodia blasfema resulta ser una analogía realista para la representación de un sistema social inhumano.

La selección de este formato retórico ya al fin de su carrera literaria indica que Cervantes todavía atribuía a su propia psicosis una capacidad hermenéutica de interpretación de la historia. Reducir la problemática de la historia de España a una comicidad farsesca revela que Cervantes, ya a esa altura de su vida, había logrado distanciarse de sus demonios personales como para ponerlos en una perspectiva más realista y sana, paradójicamente en medio de su criminalidad ya reconocida.

Don Quijote expone el aspecto más siniestro de su carácter si se considera que, a guisa de comicidad, inicia una guerra interna, un conflicto de baja intensidad que hace eco de la obstinación ideológica con que Felipe II manejara los asuntos militares en los Países Bajos y en España. Así como ha ocurrido con las guerras internas contemporáneas, o con las que Felipe II condujo contra los moriscos, contra la oposición política o contra el protestantismo, don Quijote actúa con la suposición de que el enemigo se oculta en todo resquicio de la cotidianidad y es imperativo intervenir aun en las rutinas mínimas para expulsarlo de sus escondites y aniquilarlo. En toda guerra interna el escenario social queda marcado por la paranoia. Se supone que el enemigo se disfraza de cualquier manera, en cualquier lugar, como molinos de aspas; sacerdotes que acompañan a una mujer; rebaños de ovejas y carneros; sacerdotes que cabalgan disfrazados en la noche, iluminados por antorchas, acompañando un cadáver hacia su entierro; mazos de batanes que amedrentan con sus golpes en la oscuridad de la noche; cueros que contienen vino. El espacio queda alienado como habitat humano por la ubicuidad y capacidad de transfiguración constante de un enemigo cuya naturaleza nunca es definida. El espacio queda convertido en un escenario útil sólo para la peculiar guerra de este caballero andante, en que el miedo convierte lo psicosomático en actor dramático acelerando los ritmos de eyección de orina y de materia fecal, con ruidos ensordecedores. La aventura de los batanes conjuga la «naturaleza húmeda» en toda su malignidad (I, XX: p. 175).

Esta guerra interna se manifiesta con incidentes fortuitos y esporádicos —asaltos sorprendidos, apaleos, pedradas, porrazos, serias contusiones, fracturas de huesos, despojo de propiedad como botín de guerra— que dislocan la paz de las rutinas cotidianas, los asuntos privados y personales y el trabajo. No mucho tiempo antes la población española había pasado por intentos de aniquilar a la población morisca y las fuerzas policiales luchaban

con un bandidaje organizado conectado con los hugonotes franceses. ¿Qué licencia permite que un literato convierta el horror de una guerra interna en comicidad descarada? Quizás el militarismo de Felipe II encalleció las sensibilidades con las masacres y la violencia con que el gobierno extorsionaba a la población para financiar las guerras imperiales. Quizás los temperamentos quedaron condicionados para que la población aceptara y aun disfrutara el clima de agresividad y violencia indispensables para la aventura imperial. Quizás las emociones encallecidas resultaron de la corrupción generalizada, que no avizoraba otras formas superiores de conducta. Quizás resultara de la psicopatía de Cervantes —con un síndrome de tensiones postraumáticas la expresión de sentimientos se hace notoriamente ambigua. Recordemos que, aunque crítico de la política de Felipe II, Cervantes no dejaba de mostrar lealtad al gobierno y a las mafias que lo empleaban con la esperanza de obtener alguna merced; conocedor de la corrupción e incompetencia del Estado, él mismo no podía sino reconocer que era un funcionario corrupto e incompetente.

Con los diálogos de don Quijote con Sancho y con otros personajes sobre la caballería andante, la guerra interna hace de trasfondo de todos los sucesos narrados, aunque los episodios guerreros estén distanciados entre sí y enmascarados con jocosidad. Más aún, en la medida en que la violencia guerrera hace de fundamento mítico del mundo narrado, las identidades de los personajes se hacen inestables, en otro socavamiento gnóstico de los principios de la ley natural escolástica. En la concepción mítica de Sofía toda identidad en el mundo material es igualada hasta el extremo en que se hacen equivalentes. Se debilita su identidad y se acentúa una capacidad de transfiguración, de manera que los destinos humanos pueden responder a esquemas intercambiables. Diferentes episodios en *Don Quijote* demuestran elementos estructurales similares, usándose, además, el recurso de vestir a los personajes con ropajes y máscaras que ocultan y distorsionan su identidad, con personajes que se allanan a jugar identidades falsas para conseguir algún provecho.

La sensibilidad guerrera afecta al amor, asunto de seguridad nacional ya que de su consumación depende la reproducción y la renovación de la sociedad con el matrimonio, los nacimientos, la concertación de asociaciones, alianzas y la transferencia de capitales y deudas entre las familias, creándose o fortaleciéndose el poder político y económico de genealogías, linajes y familias de alcurnia. En *Don Quijote* el burlesco de una guerra interna confluye con amores desarrollados como conflictos en que se maniobra para engañar, conquistar y dominar. Aquí se percibe un maquiavelismo que no distingue entre las maniobras guerreras y las relaciones humanas entendidas como oportunidades de medro cuidadosamente estrategizadas, en particular por plebeyos que compiten en desventaja con la nobleza. En este contexto se presenta una galería de hidalgos y nobles malogrados por profundas fallas de carácter y perturbaciones mentales similares a las de don Quijote, perturbaciones que malogran su liderato social. En este mundo el amor es maligno.

Grisóstomo, joven de treinta años, llamado a prolongar el poder de su familia de terratenientes, experto agrónomo y meteorólogo capacitado para desarrollar la agricultura de su región, demanda que la joven Marcela, heredera de labradores ricos, ceda a sus requiebros. No lográndolo, Grisóstomo sufre un episodio depresivo y psicótico. Súbitamente abandona sus responsabilidades empresariales transfigurándose en pastor, según la moda literaria, aislándose en el despoblado para versificar su desilusión, finalmente suicidándose. En el entierro de Grisóstomo Marcela reintroduce la sanidad con un discurso que denun-

cia la prepotencia y la estupidez de toda una comunidad que espera que traicione su espíritu independiente para entregar su amor, libertad y sus propiedades, de buenas a primeras, a cuanto individuo megalomaniaco se le ocurra requebrarla. Lo pastoril, «naturaleza húmeda», queda transformado en escenario burlesco para un drama sentimental sin sentido.

La historia de Grisóstomo y Marcela es la única ocasión en que el testimonio de un personaje, Marcela, despeja conductas ambiguas y aclara verdades fundamentales para la sanidad de las relaciones humanas. No obstante, se trata de un destello en la oscuridad que nada cambiará en la mentalidad de la gente.

En los episodios amorosos siguientes los testimonios personales se contraponen entre sí como un mosaico de espejos que enmascara motivaciones dolosas. Apenas esbozadas en el texto, se apunta a motivaciones secretas, no expresadas. Esta ambigüedad es sobrecargada con una verborrea tediosa, diseñada para desorientar al lector en cuanto a los intereses realmente en juego.

A Cardenio, individuo psicótico, corresponde al episodio siguiente. Los otros personajes, Luscinda, Fernando y Dorotea aparecen como individuos inmorales en torno a los que Cervantes hace observaciones sobre la insensatez de entregarse pasivamente a la autoridad social, la explotación de la inestabilidad emocional de las personas, la lascivia y el frío cálculo para satisfacer la concupiscencia.

Hijo de una familia noble, principal y rica de una ciudad andaluza, Cardenio se enamora perdidamente de Luscinda, hija de una familia vecina de rango similar, quien le corresponde. Por su carácter pusilánime, Cardenio nunca pide a su padre que formalice un compromiso matrimonial. En estas circunstancias, el duque Ricardo, grande de España, pide que Cardenio se una a su corte como compañero de su hijo mayor. Consciente de las oportunidades que abriría para su familia, el padre cumple con el pedido. Se posterga el posible compromiso de Cardenio y Luscinda. El padre de la joven, sin embargo, promete a Cardenio no negociar ningún otro compromiso en su ausencia. Pero el padre de Cardenio tiene dudas porque las conexiones con la familia del duque quizás traerían mayores ventajas.

En la corte del duque Cardenio hace estrecha amistad con Fernando, hijo segundón. Entre ellos intercambian sus preocupaciones más íntimas. Esto es imprudente ya que Cardenio sabía que, por una lascivia obsesivo-compulsiva, Fernando era capaz de atropellar cualquiera norma social, aun a riesgo de dañar el rango social de su familia. Sabía que Fernando había forzado a una hija de labradores vasallos prometiéndole matrimonio, por tanto contrayendo un vínculo indisoluble según las leyes de la época. Por lealtad, Cardenio decide revelar al duque este daño a su linaje. Sin embargo, Cardenio consiente en acompañar a su amigo en un viaje a su ciudad, en una maniobra de Fernando para alejarlo de su padre pretextando transar una compra de caballos. Curioso por lo que Cardenio le había revelado de su pasión por Luscinda, Fernando se obsesiona fulminantemente con ella y decide conquistarla a toda costa, traicionando a su amigo. Promete a Cardenio que intercedería para que su padre formalizara un compromiso matrimonial. Extrañamente, a pesar de sus serias dudas, Cardenio confía en Fernando.

Para consumir su deseo, Fernando aleja a Cardenio encargándole que vuelva a casa del duque para pedir a su hermano mayor el dinero necesario para completar la compra de los caballos. El comportamiento atormentado de Luscinda la noche de su despedida lleva a Cardenio a sospechar una conspiración de Fernando para despojarlo del amor de

la joven. Pero, a pesar de la tensión extrema que ambos sienten, no se comunican sus angustias y sospechas. Cardenio parte a cumplir el encargo. En connivencia con Fernando, el hermano mayor retiene a Cardenio por varios días, también con la aceptación pasiva del joven a pesar de sus suspicacias.

Una carta de Luscinda provoca la rebelión de Cardenio; vuelve a su ciudad sin autorización. En la misiva la joven explica la traición de Fernando: se ha aprovechado de la codicia de su padre para concertar un matrimonio rapidísimo y secreto. Puede suponerse que la motivación de Fernando no sólo es la lascivia sino también la oportunidad de explotar a la familia de Luscinda ya que, como hijo segundón, no tendría herencia del duque. Luscinda conmina a Cardenio a que se presente en la ceremonia de matrimonio. Es una petición extraña por cuanto Luscinda no se había opuesto a Fernando por la palabra ya dada a Cardenio. Tampoco aclara lo que espera de Cardenio al asistir a la ceremonia. Luscinda queda expuesta como persona pusilánime, abierta a la sospecha de compartir la ambición arribista de su padre.

Cardenio llega a la casa de Luscinda dispuesto a interrumpir la ceremonia a mano armada. Es una estupidez porque podría haberla cancelado revelando públicamente el matrimonio secreto de Fernando con la labradora. Momentos antes de la ceremonia, Cardenio y Luscinda logran intercambiar algunas palabras. Muy emocionada, la joven dice estar preparada a interrumpir la ceremonia suicidándose con una daga. La pasividad de la joven permite pensar que Cardenio ya sospechaba de la honestidad de Luscinda. Cardenio abandona el plan de interrumpir la ceremonia y desde un escondite decide observar el comportamiento de la novia y comprobar sus reales intenciones. Luscinda, sabiendo que Cardenio está presente, no sólo no se suicida sino que da el sí y luego se desmaya. Luscinda ha traicionado a Cardenio. En su pusilanimidad, Cardenio de inmediato asume su situación como víctima doliente y se retira sin protestar, devastado por la furia y la tristeza. Quizás también se haya sentido traicionado por su propio padre. Al escapar al despoblado en la Sierra Morena Cardenio busca refugio, consuelo y compensación de su cobardía en una psicosis en que imagina venganzas ficticias.

Cervantes estrategiza este episodio de modo similar a como disfraza una guerra interna con la comicidad de un psicótico. La apariencia romántica de amantes que sufren un destino aciago invita al lector a una lectura empática, fácil y descuidada. Detectar que este destino es resultado de la estupidez, la concupiscencia, la pusilanimidad y la conducta artera de todos los personajes implicados demanda una lectura más atenta y cuidadosa. Cervantes amaña lecturas fáciles para sacar ventajas de la arbitrariedad farsesca. Esto se hace aún más evidente con el episodio de Dorotea, la labradora forzada por Fernando. Con un desparpajo escandaloso Cervantes instala a la labradora en la Sierra Morena coincidiendo con la estadía de Cardenio. Dorotea no sólo complementa la historia de Cardenio y Luscinda; también expone que, aparentando vulnerabilidad ante el hijo de un duque, explotó su lascivia para convertirse en su esposa.

Dorotea es hija de labradores ricos, de experiencia y carácter necesarios para administrar, comerciar e incrementar la empresa de sus padres. Dorotea es clarividente en cuanto a que Fernando, destemplado por su lascivia, arma una compleja campaña para comprar la complicidad de parientes y sirvientes, entrar a la casa y forzarla. Dorotea podría haber alertado a sus padres, pero no lo hizo. Conociendo las maniobras de Fernando, es dudoso

que Dorotea no hubiera previsto alguna sorpresa; por tanto es dudoso que se hubiera turbado, paralizado y enmudecido ante la intempestiva aparición del joven en su dormitorio. Pudo haber dado alaridos pidiendo socorro, terminando con el incidente, pero no lo hace, más bien le interesa prolongarlo. Dorotea está consciente de que el hervor sexual de Fernando le ofrece un negocio lucrativo:

Yo a esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije a mí misma: «Sí, que no seré yo la única que por vía de matrimonio haya subido de humilde a grande estado, ni será don Fernando el primero a quien hermosura, o ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual a su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir a esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en éste no dure más la voluntad que me muestra de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que en fin, para Dios seré su esposa» (I, XXVIII, p. 282).

Dorotea está consciente de que nunca tendría el afecto real de Fernando. Cuando Fernando la abraza, Dorotea tiene la calma para indicarle que se entregaría sólo con un matrimonio que debía transarse allí mismo. En su arrebato, Fernando sucumbe y jura un matrimonio en que pone a Dios y a la Virgen María como testigos. En una escena jugada con un burlesco extremo; sería equivocado pensar que Fernando haya sido víctima de las maquinaciones de Dorotea puesto que en el futuro, obviamente, él no tenía intención de reconocer públicamente el matrimonio.

Al fin del incidente Dorotea tiene la sangre fría para acentuar aún más esta burla. Segura de que Fernando ya no puede contenerse, vanagloriándose de su triunfo Dorotea finge preocuparse de la reputación de la familia del joven, conminándolo a medir las consecuencias para el prestigio de su linaje. Pero no pierde de vista el negocio. Llama a la sirvienta traidora que había llevado a Fernando al dormitorio y la hace testigo de la promesa de matrimonio. Dorotea transforma la traición de su sirvienta en instrumento de sus ambiciones. Luego se entrega. Al despedirse, Fernando pone uno de sus anillos en el dedo de la joven.

En algún momento Dorotea haría público el matrimonio secreto: «Díjele, al partir, a don Fernando que por el mismo camino de aquélla podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase» (I, XXVIII, p. 282). Esta despedida es a la vez una amenaza y la afirmación del poder de Dorotea ya que Fernando, supuestamente, tendría que cumplir so pena de un escándalo público y de castigo por la ley. Desde el Concilio de Trento estas promesas de matrimonio fueron consideradas vínculo indisoluble. Dorotea estaba dispuesta al chantaje.

Dorotea calculó mal. En un nuevo hervor lascivo Fernando contrae matrimonio oficial con Luscinda. Al diseñar este incidente es dudoso que Cervantes haya considerado solamente la lascivia e imprudencia de Fernando. También debe considerarse la sensibilidad ética de la época. En una sección anterior expuse que la nobleza usaba la criminalidad organizada para eliminar a sus oponentes. Nótese que Dorotea hace vehementes y continuas denuncias públicas de Fernando. No puede descontarse que su escapatoria a la Sierra Morena también se haya debido a temores por su seguridad personal.

Debe agregarse que nada en la información de Dorotea sobre el matrimonio de Luscinda y Fernando corrige las suposiciones sobre el dolo perpetrado por Luscinda, su familia y la familia de Cardenio .

En *El Curioso Impertinente* Cervantes usa estrategias dramáticas similares, profundizando el principio mítico de que la vida de los personajes corresponde a esquemas intercambiables —una sexualidad obsesivo-compulsiva altera las relaciones de dos amigos, terminando en una traición que separa a los personajes. Antes de la separación, sin embargo, los traidores se entregan a una teatralidad farsesca como la de Dorotea con Fernando. No obstante, la sexualidad es tratada de manera tal que el motivo del enmascaramiento asume una complejidad mayor. La novela es un texto de ocho pliegos escritos a mano que el ventero encontró, junto con algunos libros, en una maleta olvidada por un viajero. Queda la impresión de que se trata del testimonio de una experiencia real.

Anselmo y Lotario, jóvenes nobles y ricos de Florencia, amigos desde la infancia, gozan una intimidad tan cariñosa que suscita rumores de homosexualidad. La homosexualidad de Anselmo es latente, nunca se hace consciente y efectiva. Esta latencia entra en crisis cuando se casa con Camila y termina la convivencia con Lotario. Poco después, Anselmo desplaza su deseo y su añoranza de Lotario hacia la fantasía obsesivo-compulsiva de que su amigo posea a Camila. Enmascara su deseo homosexual presentando su obsesión como busca de pruebas de la fidelidad de su esposa. Anselmo está consciente de que se trata de «una enfermedad», pero, de todas maneras, exige que Lotario cumpla con su capricho por lealtad. Según lo planeado, Lotario visitaría su casa con frecuencia. Anselmo se ausentaría para darle oportunidad y tiempo para requebrar a Camila. Encarga a su esposa «que tuviese cuidado de tratalle como a su misma persona»; «que aquél era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle» (I, XXXII, p. 344).

Los argumentos entre Lotario y Anselmo son un diálogo de sordos —mientras a Anselmo lo motiva su homosexualidad, Lotario apela al sentido común para denunciar la imprudencia de su amigo como peligro para su honra, su imagen pública, el amor de Camila y su amistad. Pero oscuramente Lotario también intuye que el deseo de Anselmo implica un matrimonio sacrílego con la unión de las carnes de dos hombres y una mujer: «Y entonces fue instituido el sagrado sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sólo la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne, y aun hace más de los buenos casados: que aunque tienen dos almas, no tienen más de una voluntad» (I, XXXIII, p. 339).

Cuando enamora y posee a Camila, la racionalidad de Lotario para disuadir a su amigo queda expuesta como mero cosmético. En adelante esta máscara se transforma en hipocresía doble en cuanto Lotario no sólo ha traicionado a un amigo mentalmente enfermo; también hace arreglos para seguir gozando a Camila mientras mantiene los gestos de amistad con Anselmo. A la vez puede suponerse que Camila cede a los requiebros de Lotario y finge una relación normal con Anselmo para vengarse de la desatención de su esposo —ya en los inicios del asedio de Lotario, Camila había enviado una carta a su esposo ausente informándolo de la traición de su amigo al requebrarla. Anselmo la había ignorado, continuando sus ausencias y conminando a Camila a no abandonar la casa como ella quería.

A estas alturas del juego ya Lotario se siente abrumado por la corrupción en que todos han caído —él mismo, Anselmo, Camila y los sirvientes. Concluye que no puede confiar

se en nadie. Lotario comienza a vigilar de noche la casa de Camila sospechando que lo traiciona. Cuando un amanecer observa que el amante de Leonela, la sirvienta de Camila, sale de la casa, es inevitable que suponga que el visitante es otro amante de Camila. Los celos lo enloquecen. Decide informar a Anselmo. El asunto se complica. Además de haber traicionado a Anselmo, ahora Lotario traiciona a Camila. En este momento Camila interviene para acentuar la farsa. Para proteger su relación con Lotario, Camila monta un espectáculo similar al que Dorotea jugara con Fernando la noche en que se le entregó. A sabiendas de que Anselmo está oculto en su dormitorio, con Leonela y Lotario Camila concierta una escena por la que —en imitación de Luscinda— fingiría bien el intento de acuchillar a Lotario por la traición a su marido o suicidarse para proteger su propia honra.

Terminada la escena, Lotario se deleita con su propia corrupción. Divertido y maravillado del espectáculo montado por Camila, abandona la casa anticipando el placer de reunirse con Anselmo «para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse» (I, XXXIV, p. 364). Por su parte, Anselmo ha gozado el espectáculo porque ha satisfecho su deseo perverso: «Deseaba mucho la noche y el lugar para salir de su casa e ir a verse con su amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita [= perla] preciosa que había hallado en el desengaño de la verdad de su esposa» (p. 365).

El dolo perpetrado por todos los personajes ha llegado a un frágil equilibrio. Este se rompe con una rápida secuencia de causas y efectos que convierte el episodio en una comedia de errores. Al concluir el episodio Cervantes muestra por sobre todo un afán por divertir, a pesar de las consecuencias fatídicas de los hechos.

Una noche Anselmo ve que el amante de Leonela, su sirvienta, abandona su casa. Para ganar tiempo y escapar, Leonela promete que al día siguiente contaría a Anselmo algo de suma gravedad. Anselmo informa a su esposa de lo ocurrido. Camila supone que la sirvienta revelará su amorío con Lotario. Camila recoge joyas y dinero y escapa a casa de Lotario. Confuso en extremo, Lotario busca refugio para Camila en el convento de su hermana y escapa de Florencia. La ausencia de Camila y de Lotario revelan a Anselmo lo ocurrido. Esto lo confirma un transeúnte cuando Anselmo va a la aldea de Lotario. Agobiado, Anselmo muere en casa de un amigo mientras escribe a Camila una carta de despedida. Al recibir la noticia de su viudez, Camila decide pasar el resto de sus días en el convento. Lotario muere en combate en Nápoles.

Si fuera obra de ficción no publicada, *El Curioso Impertinente* es simplemente una enorme tramoya farsesca. Pero persiste la duda de que es, en realidad, un testimonio personal. El episodio termina con un juicio moral del cura, campo de su autoridad ética: «—Bien [...] me parece esta novela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quisiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiese llevar, pero entre marido y mujer, algo tiene del imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta» (I, XXXVI, p. 374). Las complejidades emocionales y sexuales del relato se reducen a un esquema que contrasta de manera simplista soltería y matrimonio, intentándose rescatar el sacramento matrimonial. El cura es un Arconte. Debe velar por la reproducción del mundo que rige, enmascarando su malignidad como bien ético y a la vez reconocer la profunda malignidad humana, regocijándose en ella. Por ello se apresura a reducir el relato a una ficción placentera que no «desconten-

ta», mero constructo estético que puede ser socialmente aprobado. De aquí en adelante la hipocresía y la crueldad del cura se harán evidentes.

Acentuando el principio de transfiguración, el cura y el barbero intentan engañar a don Quijote para que retorne a su aldea. Deciden travestirse como doncellas afligidas y menesterosas, necesitadas de protección y ayuda. Es Dorotea, sin embargo, la que se transfigura en la princesa Micomicona para cumplir con la función de «doncella» aunque a su haber tiene por lo menos una cópula fríamente negociada. La transfiguración más arbitraria es, sin embargo, la de Fernando luego de su reencuentro con Dorotea en la venta. Fernando llega acompañado de cuatro secuaces enmascarados con que había buscado vengarse de Luscinda secuestrándola del convento en que se había refugiado después del matrimonio. Ante su reiterada prepotencia resulta arbitrario el súbito cambio de Fernando cuando Dorotea lo confronta como su esposa legítima. El amor fluye de una mujer calculadora y arribista, impactando a Fernando y a todos los presentes, remeciendo su conciencia de bien e impidiendo que asesine a Cardenio.³

¿Pero que ocurrirá cuando Cardenio y Luscinda, Fernando y Dorotea finalmente vivan como matrimonio? Los resentimientos y sospechas de Cardenio, ¿no se descargarán sobre Luscinda en nuevos episodios psicóticos? La lascivia de Fernando y el oportunismo de Dorotea, ¿no los llevará a algún estallido emocional asesino, o simplemente vivirán un matrimonio de «conveniencia»?

Podría concluirse que los grandes problemas de la supervivencia nacional y la reproducción de las élites hegemónicas españolas han quedado subsumidos en la privacidad de los conflictos amorosos. No obstante, los siguientes episodios retornan a un ámbito histórico más amplio, cuestionando que los personajes habiten conscientemente en una España traspasada por conflictos internos y externos. Son incapaces de situar la historia del momento en un contexto geopolítico. Esto lo demuestra el discurso de don Quijote sobre la Edad Dorada (I, XI); la liberación de los galeotes (I, XXII); el discurso en que don Quijote compara el valor de las armas y las letras (I, XXXVII-XXXVIII); y la *Historia del Cautivo* (I, XXXIX). Sean cabreros ignorantes o intelectuales, los personajes que los escuchan son incapaces de articularlos en un entendimiento geopolítico aunque don Quijote enuncia temas que preocupaban a toda la intelectualidad española de la época.

El motivo de la «edad dorada» implica una crítica de un presente histórico degradado (Marinelli). El presente del lector queda implícitamente calificado como una «edad de hierro» en que la especie humana ha exacerbado el salvajismo de su codicia. En una lucha a muerte, los pueblos destruyen la naturaleza para construir barcos de guerra y comercio,

3.- *El Curioso Impertinente* es el episodio en que el motivo «amor es guerra» es más evidente. En el asedio a Camila por Lotario abundan expresiones bélicas — «... y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma, de esta batalla ...» (p. 331); «... Has de entrar en esta amorosa batalla ...» (p. 333); «... y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura a un escuadrón de caballeros armados ...» (p. 342); «... comenzó poco a poco a dar asaltos a los respetos ...» (p. 346); «... en los cuales estuvo en continua batalla por resistir a sus deseos ...» (p. 346); «Así puede decirse que parece mal el ejército sin su general ...» (p. 347); «... porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas ...» (p. 348); «... él, con toda diligencia, minó la roca de su entereza, con tales pertrechos ...» (p. 348). La resolución del conflicto se da con incidentes arbitrariamente fortuitos, como los que protagoniza don Quijote —intentando dejar testimonio escrito de las consecuencias de su obsesión, Anselmo simplemente muere de agotamiento, sin completarlo; sorpresivamente Lotario muere en combate, sin que su conexión militar hubiera sido revelada con anterioridad. Camila, abandonada, no tendrá a quien recurrir y, luego de profesar de monja, «acabó en breves días la vida a las rigurosas manos de tristezas y melancolías» (I, XXXVI, p. 374).

pertrechar ejércitos de conquista y extraer recursos y metales preciosos para mercantilizarnos. Las naciones están en permanentes preparativos para guerras imperiales, pillaje y esclavización. Literariamente, la polarización entre «edad dorada» y «edad de hierro» se da con el contraste entre la poesía pastoril y la épica. Las novelas de caballería fueron expresión de este impulso épico. *Don Quijote* hace evidente que es imposible reciclar lo pastoril porque la concupiscencia está en la raíz de las relaciones humanas. Peor aún es la situación de los ideales guerreros si se los juzga por el aspecto y las acciones de don Quijote.

Si se conecta el discurso sobre las armas y las letras en secuencia directa con el de la Edad Dorada se observa que la degradación de la «edad de hierro» hace una referencia directa al estado y situación de las fuerzas armadas bajo Felipe II. Don Quijote observa que el soldado «está atenido a la pobreza de su paga, que viene tarde o nunca, a lo que garbear [= robar] por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa y en la mitad del invierno se suele reparar en las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con el solo aliento de su boca, que, como sale de un lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza» (I, XXXVIII, pp. 394-395). ¿Cómo es posible que don Quijote sea capaz de tal realismo si nunca ha estado en combate?

Esa referencia hace inevitable una lectura irónica del discurso si se considera el colapso de la disciplina de las tropas españolas en Flandes. Allí el amotinamiento se había hecho negocio lucrativo de una criminalidad organizada. Esto llegó a tal extremo que el duque de Ribas, capitán general del ejército en Flandes, consideró que los soldados españoles eran el mayor obstáculo para el desarrollo de las campañas militares. Don Quijote resulta ser sarcástico al atribuir a las armas la misión de preservar el imperio de la ley (¿en el reinado de Felipe II?): «... que las leyes no se pueden sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos del mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra ...» (I, XXXVIII, p. 396).

Considerando la guerra total permanente que caracterizó el reinado de Felipe II, el sarcasmo se hace extremo con la afirmación de que el propósito de las fuerzas armadas es asegurar la paz. Citando a Cristo, don Quijote afirma «'Mi paz os doy, mi paz os dejo; paz sea con vosotros,' bien como joya o prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz ...» (I, XXXVIII, p. 393).

Esta ironización se origina en *El arte de la guerra* (1521), donde Niccolò Machiavelli explica la relación entre fuerzas armadas, gobierno y sociedad civil (Wood). Para Machiavelli el comportamiento de las fuerzas armadas es reflejo directo del estado ético de esa triple relación. Así como las fuerzas armadas deben concebirse como una máquina racional en que la eficiencia de cada componente es juzgada por la forma en que cumple sus funciones según las directivas de las jerarquías de mando, el buen orden cívico y su prosperidad se definen por el cumplimiento de los objetivos asignados a los individuos y los grupos de acuerdo con sus aptitudes, especialización, entrenamiento y respeto del orden legal. Tanto las fuerzas armadas como el gobierno y la comunidad existen para con-

trolar los impulsos bestiales de los seres humanos, imponiéndoles una segunda naturaleza de respeto por el orden racional y la fuerza con que se aplica la ley y la religión. Tanto las fuerzas armadas como la sociedad adquieren disciplina, espíritu de cooperación y sacrificio con el control de la corrupción innata del ser humano.

Según Machiavelli, la corrupción se agudiza especialmente cuando las rutinas comunitarias sufren dislocaciones rápidas y profundas, como ocurrió en España desde el siglo XVI con el proyecto imperial de los Habsburgo. Los seres humanos dan rienda suelta a su naturaleza maligna. Aunque formalmente se mantengan las normas institucionales y legales, la autoridad estatal se enfrenta a una descomposición del orden social que genera crecientes tendencias subversivas. Esto acarrea una contradicción puesto que la autoridad debe actuar como si sustentara y respetara el orden legal, pero a la vez debe precaverse de una subversión que puede rebasarla. Las medidas más expeditas llevan a la autoridad misma a subvertir el orden legal practicando formas de represión extralegales y secretas que hoy en día se asocian con la violación de los Derechos Humanos y el terrorismo de Estado, dificultándose o eliminándose posibles acuerdos políticos consensuales de buen gobierno. La liberación de los galeotes por don Quijote encapsula esta situación —por sus crímenes han sido condenados a trabajo forzado, pero a la vez refleja la condición de una sociedad incapaz de hacer la guerra con el esfuerzo de hombres libres, comprometidos conscientemente con la seguridad de la nación.

En cuanto a la conciencia histórica de los personajes, la voz narradora describe así el efecto del discurso de la Edad Dorada en los cabreros: «Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque» (I, XI, p. 99).

El discurso sobre las armas y las letras, dirigido a intelectuales, tiene un efecto similar; éstos ignoran su verdadera intención deflectándola hacia el tema menos comprometedor de la locura de don Quijote: «En los que escuchado le habían sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y piz-mienta caballería» (I, XXXVIII, p. 398).

La *Historia del cautivo* —la que más se relaciona con la geopolítica de los Habsburgo— es narrada por un intelectual para un auditorio de intelectuales también incapaces de elaborar su sentido crítico; queda reducida a simple *divertimento* exótico: «Por cierto, señor capitán, el modo en que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro y lleno de accidentes que maravillan y suspenden a quien lo oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara» (I, XLII, p. 439).

Con la resolución de los conflictos amorosos de Cardenio y Luscinda, Fernando y Doro-tea, y la reunión del cautivo con su hermano, el oidor, Cervantes ha abusado de las arbitrariedades de la farsa. Termina la narración de la Primera Parte acentuando ese abuso

con una coda final de violencia en que entrecruza los motivos guerreros y gnósticos acumulados, intensificándolos para que tomen visos carnalescos y circenses.

Terminados los episodios de la Sierra Morena, en la venta se reúnen don Quijote, Sancho Panza, el cura, el barbero maese Nicolás, Zoraida, el cautivo, su hermano el oidor, su hija Clara, Fernando y los cuatro secuaces con que ha secuestrado a Luscinda, Luis y los cuatro sirvientes que lo obligan a retornar a su hogar, los cuadrilleros de la Santa Hermandad y el barbero a quien don Quijote y Sancho habían robado la bacía. Este barbero intenta recuperar sus pertenencias. Don Quijote identifica la bacía como el yelmo de Mambrino, arrancado legítimamente como botín de guerra. Maese Nicolás decide convertir la situación en broma para jolgorio de todos, declarando que, sin duda, la bacía es tal yelmo. La mayor parte de los personajes principales se suma a la broma. Fernando toma la iniciativa de someter a votación secreta la identidad de los objetos instruyéndolos cómo votar. La verdad empírica se convierte en juego caprichoso de Arcontes.

En un sentido icónico, la broma, junto con el enjaulamiento final de don Quijote, conduce a una de las iluminaciones finales del significado de la ideología oficial en las vivencias de las personas. Resalta que sean autoridades como maese Nicolás, el cura, el oidor y los nobles los que avalan la broma, especialmente Fernando, el personaje más propenso a la violencia. La broma hace evidente que la autoridad —instalada como está en el éxtasis ideológico— ejerce su poder como juego, aun gozando de su crueldad: «y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda o jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado» (I, XLV, p. 468).

El gozo de la crueldad y la violencia se conjugan otra vez con el enjaulamiento de don Quijote, desnudando con mayor crudeza el sentido de la experiencia vivida en el confinamiento ideológico. Con este jolgorio el poder se vuelca de manera sadomasoquista contra el ícono más auténtico de la matriz ideológica que ellos mismos sostienen, agrediendo-lo inhumanamente. Las ideologías oficiales, al articularse como elemento virtualmente represivo, a la vez deben legitimarse como dispensadoras de justicia generalizada para toda la población, sin distinciones, en los términos en que se la pueda entender en una civilización y en un período histórico. En su vagabundeo don Quijote se exhibe ambiguamente como ícono militarista y promesa de justicia. No obstante, en un período en que la monarquía española se ha visto obligada a una represión sistemática, el factor justicia queda segregado, desequilibrándose la legitimidad hegemónica. Por sobre todo, entonces, como caballero andante, don Quijote, en ese momento, más bien hace patente la carencia de justicia. Esto es aceptable para la autoridad en la medida en que se lo considere como un bufón loco. Pero la ferocidad injustificada con que se lo trata indica una desazón de la autoridad que intuye una falla ideológica que debe tapar, clausurar, neutralizar y castigar. Para restablecer el equilibrio ideológico don Quijote es convertido en figura sacrificial que debe sacarse de circulación de manera humillante.

Para liberarse de la obligación de acompañar a don Quijote a su aldea, Fernando y Dorothea dan término al embuste de la princesa Micomicona. En reemplazo, el cura, maese Nicolás, Fernando y sus sirvientes, los cuadrilleros, los sirvientes de Luis y el ventero se confabulan y se enmascaran con antifaces para asaltar a don Quijote y enjaularlo como bestia de circo y retornarlo a su aldea. La autoridad enmascara esta crueldad pretendien-

do conmisericordia por la insania de don Quijote. Aún más, el cura se divierte jugando el papel de profeta de un futuro feliz para don Quijote. A pesar de haber sido intimidado en el asalto, Sancho Panza es el único que enrostra a los confabulados por su hipocresía e inmoralidad. Protesta al cura por la indignidad que se ha cometido contra su amo: «Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni hay escasez a la liberalidad» (I, XLVII, p. 488).

Por ser el ícono imperial más auténtico, don Quijote rehúsa explicar su secuestro con el realismo de Sancho y se aferra a su aprisionamiento en las ilusiones ideológicas — el encantamiento — a expensas propias: «Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaría muy grande [=que me causaría grandes escrúpulos] si yo pensase que no estaba encantado ...» (I, XLVIII, p. 500).

A pesar de dejar registro de estas ilusiones, de todas maneras Cervantes rescata el valor de los mitos caballerescos en la conversación de don Quijote con el canónigo de Toledo (I, XLIX, pp. 505-506-507; L, pp. 509-510-511). Allí exalta la literatura de caballería por ampliar extraordinariamente la imaginación, la sensualidad y la magnanimidad heroica, en contraste con la estrechez de horizontes, la mezquindad de motivaciones y la inmoralidad de los personajes de autoridad. La degradación colectiva queda finalmente ilustrada con Vicente de la Roca, el soldado estafador en la historia de Leandra que no sólo apunta a un profundo desfase entre la ética guerrera y la realidad personal. Roca se ha corrompido imitando los hábitos consumistas de una nobleza improductiva e incapaz de liderazgo.

Es don Quijote quien termina por calificar este principio de transfiguraciones míticas. En un diálogo con Sancho se refiere a él como «encantamiento»:

¿Qué es posible que cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos» (I, XXV, p. 237).

La clave está en la frase «*todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés*». Después de complicadas tramoyas y juegos farsescos y melodramáticos cada una de las progresiones narrativas de la Primera Parte termina trivialmente, «desinflándose» cualquiera expectativa romántica de justicia que la lectura haya sugerido y promovido. El motivo del encantamiento se hará de especial relevancia en la Segunda Parte de *Don Quijote*, particularmente en cuanto al fin «desinflado» de las aventuras del caballero andante.

Don Quijote: Segunda parte

El tiempo transcurrido hasta la publicación de la Segunda Parte en 1615 sin duda sirvió a Cervantes para reflexionar sobre su material tanto para repetir el éxito de su novela como para mejor modular su crítica de la historia española. La publicación de 1605 había sido inspirada por el reinado de Felipe II. En la publicación de 1615 el referente crítico fue

la nueva concepción de la monarquía, de la Corte y de sus relaciones con la nobleza que introdujo Felipe III después de su ascenso al trono en 1558. En lo que sigue me concentro en las modificaciones e innovaciones introducidas en la Segunda Parte.

Aunque el servicio de las deudas contraídas por Felipe II ya era insostenible, Felipe III aumentó el gigantesco déficit fiscal causado por la guerra en los Países Bajos. La extracción de nuevos impuestos y «donativos» se hacía intolerable y provocaba seria resistencia en todas las regiones de España, especialmente en Castilla, núcleo geopolítico del imperio (Kamen; Elliot; Lynch; Thompson). Agravada por la gran disminución del envío de metales preciosos desde América, el gasto y el endeudamiento fiscales provocaron una aguda descapitalización y una fuerte caída de la producción agropecuaria y manufacturera. Ante la escasez de plata, la Corona impuso la moneda de cobre que llegó a un 98% de la circulante. Periódicamente su valor fue arbitrariamente alzado, acentuándose la inflación y la desconfianza en la administración económica. Los banqueros alemanes y genoveses rechazaron esta forma de pago y rehusaron hacer nuevos préstamos. En 1607 la Corona se declaró en bancarrota. Los empresarios españoles perdieron control de la economía nacional cuando empresarios extranjeros dueños de moneda dura —especialmente judíos portugueses— llegaron a dominar el sistema financiero y las importaciones-exportaciones de alimentos y manufacturas.

El endeudamiento y bancarrota de aldeas y pueblos había forzado la migración masiva de campesinos a las ciudades, donde se concentraron como masas criminales. Esto no se tradujo en un mejor reclutamiento de soldadesca porque las arcas fiscales no lo permitían. Tampoco permitían el pago regular de las tropas ya enroladas; los motines militares continuaron. El comercio interior se contrajo por la despoblación del país y la caída del consumo. Creció, sin embargo, el gasto suntuario de las altas jerarquías de la nobleza, de la burguesía española adinerada y de los inversionistas extranjeros.

España era incapaz de continuar el proyecto imperial habsburguiano. Conseguir acuerdos de paz en el norte europeo se convirtió en imperativo central de la gran estrategia nacional en las primeras décadas del siglo XVII. La paz quizás aseguraría el tiempo necesario para hacer reformas económicas, comerciales, educacionales, morales y científicas. Este imperativo llevó a un acuerdo de paz con Inglaterra en 1604 y a la firma de la Tregua de los Doce Años con las provincias rebeldes de los Países Bajos. No obstante, en 1618 los Habsburgo españoles se vieron obligados a nuevos gastos para apoyar a los Habsburgo austriacos ante la insurrección en Bohemia que inició la Guerra de Treinta Años.

Hacia 1601 más de la mitad de los ingresos fiscales dependían de impuestos aprobados cada dos años por las Cortes representantes de dieciocho ciudades castellanas. Felipe III se vio obligado a asistir a seis Cortes para justificar personalmente la extensión y aumento de los impuestos (1598-1601; 1602-1604; 1607-1611; 1611-1612; 1615; 1617-1620). El cuestionamiento de la política fiscal por las Cortes originó la abundante crítica de los llamados arbitristas —académicos, clérigos, burócratas, militares de experiencia administrativa o de autoridades éticas que diagnosticaban las causas de la ruina de España y proponían modos de superarla. En las primeras décadas del siglo XVII se constituyó en España una esfera pública de intensa discusión política a través de publicaciones autorizadas o clandestinas, panfletos y pasquines anónimos exhibidos, diseminados y discutidos en locales y lugares públicos. Fueron amplias la temáticas registradas por estos escri-

tos, desde asuntos práctico-técnicos para la administración pública y la economía hasta la acusación de ilegitimidad de la autoridad por su pésima administración y su injusticia, el derecho al tiranicidio, la definición de España como una federación de pueblos soberanos relacionados con la monarquía mediante un contrato en términos de igualdad, negación, por tanto, del absolutismo monárquico.

La historiografía consultada es ambigua sobre los términos de esta crisis. Es cuestionable hablar de una declinación de «España» puesto que las regiones de la península nunca se identificaron como una patria nacional, cuidaron celosamente la autonomía distintiva de sus usos, costumbres, fueros y economía. Con el correr de los años fueron distanciándose de la gran estrategia imperial de los Habsburgo por las dislocaciones sociales que causaba y cuestionaron duramente sus objetivos. Puede suponerse, entonces, que la noción de crisis y declinación realmente se refería a la supervivencia de un sistema monárquico catastróficamente incompetente. Esto indicaría que la solución estaba bien en terminar con la monarquía, reformarla radicalmente o reemplazar la dinastía de los Habsburgo. Sin embargo, esta historiografía insiste en que se mantuvo la lealtad de la nobleza a los Habsburgo. Por tanto, sólo era viable la opción de la reforma; de allí la importancia de los debates arbitristas, que no resultaron en acción política revolucionaria. Dada la sofisticación del aparato propagandístico de los Habsburgo, surge, entonces, la sospecha de que hablar de «la crisis/declinación de España» en la época fue una maniobra de ofuscación ideológica que convenía a los Habsburgo. Por otra parte, en la medida en que Castilla y las regiones se distanciaran del proyecto imperial habsburguiano, puede especularse que dirigir el debate hacia la regeneración de la sociedad protegía a la monarquía desviando la discusión. Creo que esta diferenciación redundaba en el sentido del juego *apariencia versus realidad* que caracteriza la Segunda Parte de *Don Quijote*.

John Elliott comenta que los debates arbitristas generaron un campo simbólico-metafórico de contradicciones polares —en un extremo se organizaron en torno a explicaciones teológicas; en el otro, en torno a explicaciones naturalistas. Ambos convergieron, sin embargo, en considerar que «España» entraba en un proceso de declinación irreversible. Esto explica la funcionalidad ideológica del Gnosticismo en *Don Quijote*.

En el polo teológico había surgido un nacionalismo mesiánico, gestado por círculos intelectuales que no representaban intereses políticos concretos de alguna región de la península. Estos intelectuales valoraban los logros diplomáticos y militares de los Reyes Católicos y de Felipe II como demostración de que España era el pueblo escogido por Dios para realizar sus designios redentores de la humanidad. Los grandes desastres militares y la ruina económica eran señal de haber pecado colectivamente, por los que Dios castigaba a España. España debía reconocer su culpa y promover una purga y una purificación generales. España debía retornar a la pureza de las costumbres y las virtudes campesinas y militares que la habían llevado a la grandeza imperial. De aquí surgía un moralismo que proponía un programa de reforma general de las leyes, los usos y costumbres, sin distinción de clases sociales, para poner coto a la promiscuidad sexual, la prostitución, a la hipocresía religiosa, a la molice e insubordinación de la juventud, a la adicción por el juego y el teatro, al dispendio en lujos, ropa, comida y alcohol, la afeminación de los hombres, la pérdida de la función guerrera de la nobleza y revivir el espíritu marcial y de trabajo. Quizás Dios dispensaría otra vez sus favores si España se esforzaba en esa restauración moral.

Para intelectuales secularistas la declinación de España era comparable a la de una nave desvencijada, mal comandada, sin rumbo, condenada al naufragio. Pero, por sobre todo, la declinación era irrevocable porque respondía a las leyes naturales que condicionan el nacimiento, desarrollo y muerte de todo organismo. Para algunos España era un cuerpo viejo que de súbito sufre una grave enfermedad que lo llevará a la tumba. La Corona era uno de aquellos cuerpos descritos por Galeno, corrompidos lentamente por humores en desbalance que no conviene rebalancear por temor a apresurar la muerte. La cura era imposible. A lo sumo se podía retardar el proceso degenerativo y quizás conservar algunos bienes. Las reformas sociales necesarias equivalían a purgas, sangrías, amputaciones y cauterizaciones de emergencia que quizás restablecieran el balance de los humores. No obstante, no podía descartarse la posibilidad de que Dios interviniera con un milagro.

La analogía sociedad=cuerpo llevaba a comparaciones con el surgimiento, madurez y muerte del imperio romano. España no podía escapar a un destino similar. Así como había ocurrido con Roma, la expansión a América y el tesoro extraído de allí habían proyectado a España al estatus de primera potencia europea, pero también a una riqueza fácil, una arrogancia y un gasto suntuario que habían corrompido las virtudes frugales, simples y viriles del pasado y promovido la indolencia y el desperdicio.

Los nacionalistas mesiánicos pensaron que la recuperación de la sobriedad de las costumbres y la remasculinización de España sólo se lograría retornando a la política de guerra total de Felipe II. El acuerdo de paz de Flandes de 1609 había perjudicado a España al dar a los holandeses el respiro para fortalecerse, establecer factorías en Asia para controlar el tráfico de especias e incursionar en las colonias portuguesas en América. Para los nacionalistas la reforma cultural estaba en recuperar la reputación militar de España en la manera como la había construido Felipe II. Para ellos la regeneración de España estaba en reproducir la geopolítica que la había arruinado. El programa guerrero se intentaría a partir de 1621 con la política internacional del conde-duque de Olivares luego del ascenso al trono de Felipe IV.

Recuperar la *reputación* imperial sólo sería posible por una manipulación de imágenes para el consumo público puesto que el financiamiento para empresas militares de gran envergadura ya era imposible. Desde las primeras décadas del siglo XVII la reformulación de la gran estrategia imperial se basó en un juego de apariencias que ofuscaban la realidad histórica. *Don Quijote* muestra que la teleología histórica coincidía con una de las categorías estéticas centrales de la literatura de la época —*apariencia versus realidad*.

El juego de apariencias afectó decisiones de importancia en la política peninsular como la expulsión de los moriscos en 1609. La expulsión coincidió con la firma de la Tregua de los Doce Años con las provincias rebeldes de los Países Bajos y en buena medida fue una maniobra de relaciones públicas, según comenta John Lynch. De hecho, la Tregua fue una declaración de derrota militar para una España financiera y militarmente exhausta. De allí que la expulsión de los moriscos —a pesar de su alto costo logístico durante cinco años— fuera una operación compensatoria que llamaba a la población al apoyo de la Corona azuzando los tradicionales sentimientos de odio y rechazo de lo musulmán. La población morisca en España sólo sumaba 300.000 de un total de 8.500.000 y luego de su rebelión en siglo XVI se la había dispersado por todo el país; sus comunidades no mantenían contactos entre sí. Los moriscos ya no eran un peligro de magnitud para la seguridad interior de España. Sus contactos con los otomanos ya eran escasos por la decadencia del

poderío naval otomano en el Mediterráneo. Aunque la pérdida de la fuerza de trabajo morisca tendría impacto en la economía de un país de baja densidad poblacional, el efecto no era inesperado ya que la fuerza laboral venía disminuyendo desde las últimas décadas del siglo XVI. La situación sería catastrófica en Aragón y Valencia, donde los moriscos eran un 20% y un 33% de la población respectivamente; allí los nobles se habían opuesto denodadamente a la expulsión. No obstante, para la Corona, arruinar o debilitar a estos nobles era una buena disciplina por su reticencia a la política imperial castellana.

Ofuscar la realidad histórica se convirtió en instrumento político que la Corona usó programáticamente. Elliott comenta que, a través del siglo XVII, los funcionarios de la Corona acentuaron aún más el uso propagandístico de técnicas teatrales para magnificar y explotar la mística del poder monárquico, recurso inaugurado por Carlos V. Dadas sus frecuentes ausencias de la Corte y de una España en que las diferentes regiones nunca llegaron a reconocerse como integrantes de una patria nacional y a apoyar decididamente la geopolítica imperial (Thompson), la propaganda de Carlos V creó la imagen unificadora de un monarca distante e ignoto, del todo entregado a su misión caballeresca de campeón de la Cristiandad, estrechamente relacionado con la Iglesia Católica, especialmente favorecido por Dios, que se hacía presente en las más importantes ceremonias protocolares y religiosas con un boato caballeresco espectacular que infundía reverencia, temor y disciplina.

Por su personalidad huraña, por su fanática dedicación al trabajo burocrático y su prurito de controlar personalmente los diferentes consejos del Estado, Felipe II prolongó la imagen del monarca remoto eliminando, sin embargo, el boato de la Corte, especialmente en el Escorial. Convirtió la Corte en un lúgubre monasterio de rutinas mecánicas, aburridoras, de horarios inflexibles. Eran escasas sus apariciones públicas. Pocos funcionarios lo veían en privado. También eran pocos los encargados de la estricta etiqueta de sus rituales de aseo, vestimenta, comidas, ceremonias que ocurrían en silencio. En sus audiencias Felipe II se exhibía detrás de un escritorio como un ente hierático, inmóvil, muy parco en palabras, haciendo breves y oscuras declaraciones que, para confundir a sus oyentes, nunca explicaba. La escenificación de estos contactos intimidaba y aun aterrorizaba a sus visitantes. No obstante, en circunstancias en que la incompetencia y abusos de la administración imperial causaban creciente oposición y autonomismo regionalista, precisamente por su imagen remota, Felipe II, en momentos de extrema tensión política, aparecía como una especie de Salomón que desde el Templo de Jerusalén impartía justicia y restablecía el balance entre fracciones conflictivas.

Por dos razones el aislamiento del monarca tomó un sentido diferente en el reinado de Felipe III —el monarca detestaba el trabajo político-burocrático y ocupaba su tiempo viajando con un grupo de amigos en expediciones de caza, en banquetes y festividades de la Corte, entregando el gobierno a su favorito, el duque de Lerma. A éste tampoco le interesaban las tareas político-administrativas y acompañaba al rey en sus viajes. Su objetivo no era recuperar a Castilla y España de su declinación sino enriquecerse personalmente, enriquecer a su familia y a sus aliados políticos, para lo que necesitaba controlar estrictamente el acceso al monarca (Feros). Elliott comenta que el duque de Lerma usó a Felipe III como marioneta teatral que movilizaba tácticamente para avalar y legitimar sus maniobras dolosas.

Este régimen afectó la situación y carácter de la nobleza española, una de las preocupaciones principales de Cervantes en la Segunda Parte de *Don Quijote*. Por la despreocupación de Felipe III y del duque de Lerma, la administración imperial quedó entregada a la burocracia de los diferentes consejos del Estado. Sus cargos fueron ocupados por nobles de la confianza de Lerma. Para asegurar su lealtad, sobre ellos se derramaron favores, mercedes especiales y títulos de grandeza con enorme costo para las arcas fiscales. En el interior de España también se favoreció a nobles de menor rango para que con mano dura se encargaran del control y represión de las regiones. Con la venta de algunos títulos nobiliarios, en la época de Felipe II se consolidó una pequeña élite de 55 grandes nobles; en el reinado de Felipe III éstos aumentaron a 140 (Kamen). No obstante, a pesar de esas mercedes, la nobleza, en general, se arruinaba por diversas razones —por la constante exigencia de «donativos» que no podían rehusar para congraciarse con la Corona; por la obligación de financiar y pertrechar contingentes de tropas con fondos personales; por su incapacidad de organizar y administrar la productividad de sus latifundios; por su preferencia a invertir capitales en la deuda pública sujeta a los altibajos de los déficit y bancarrotas fiscales; por los gastos suntuarios necesarios para vivir cercanos a la Corte. Aun los grandes nobles más favorecidos tenían enormes deudas para mantener su prestigio y competir por nuevas mercedes. El servicio de estas deudas podía tomar hasta un 84% de sus ingresos (Kamen), por lo que el peligro de bancarrota era permanente. Para rescatar a estos fieles seguidores, Lerma gestaba nuevos favores y mercedes que, en un círculo vicioso, aumentaban aún más el déficit fiscal.

Desde comienzos del siglo XVII, la creciente convicción en Castilla de que el imperio había causado la ruina de España finalmente resultó en una tendencia al aislacionismo intelectual (Kamen). Para muchos intelectuales críticos la experiencia de la conquista de América, las guerras por toda Europa, la relación directa con los centros culturales y religiosos del resto de Europa, especialmente en Italia y los Países Bajos, había ocurrido a un paso frenético, sin que España tuviera el tiempo para reflexionar sobre ellas y tomar conciencia de sus implicaciones internas. Para los nacionalistas mesiánicos esto se resolvió en lo que Elliott llama «mentalidad de asedio» —España aparecía amenazada por innumerables enemigos externos e internos. Esto llevaría a una política de rescate y preservación de «las verdades eternas de España», su ultracatolicismo como esencia espiritual, que contrastaba con la corrupción, decadencia moral y herejías del resto de Europa. Es inevitable pensar que la manipulación de apariencias políticas para superar la crisis imperial y la obsesión por la *reputación* española finalmente habían llegado a un aislacionismo narcisista. El narcisismo tiene una función crucial en la Segunda Parte de *Don Quijote*.

Esta «mentalidad de asedio» llevó a prohibir la importación de obras de autores extranjeros, aun católicos. Especialmente se prohibió la circulación o se desalentó la lectura de obras científicas y matemáticas como las de Paracelso, Johannes Kepler, Tycho Brahe, Galileo. Entre 1566 y 1600 el porcentaje de este tipo de publicaciones en España había sido de un 14%. Entre 1601 y 1621 éste porcentaje bajó a un 6%. Por el contrario, se promovió la publicación de obras religiosas y literarias, las que en 1601-1625 alcanzaron un 42%. Entre 1566-1625 las publicaciones literarias se habían triplicado, para declinar de allí en adelante. El aumento de publicaciones religiosas se debió a que, con la ruina creciente de la nobleza, la Iglesia Católica, poseedora de grandes capitales líquidos, surgió como la gran

patrona de las artes. El principal contacto intelectual de España con el resto de Europa se dio en lo religioso; la fe de alguna manera contrapesaba el desengaño político generalizado.

Con la ruina económica de España, el control del comercio por empresarios extranjeros y la descapitalización generalizada cambió el significado de la educación práctica. Habiendo declinado la construcción naviera y la producción de armamentos aumentó el interés por el empleo burocrático estatal y eclesiástico. Aunque bajaron las matrículas universitarias se cuadruplicó el número de estudiantes de derecho secular y canónico. Declinó el interés por las disciplinas especulativas como la filosofía y la teología; ya desde mediados del siglo XVI el griego y el hebreo habían desaparecido del currículo. Hacia mediados del siglo XVII, en Salamanca se propuso la eliminación de las matemáticas.

La gravitación de las teatralidades propagandísticas del Estado y la Corona, la manipulación de apariencias, los ofuscamientos de la realidad histórica y el narcisismo en el ejercicio del poder obliga a comparar la Segunda Parte de *Don Quijote* con la configuración estructural que he imputado a la Primera. Repasemos.

El relato explora la experiencia vivida en el confinamiento ideológico de una monarquía orientada a la guerra total permanente. Las relaciones humanas quedaron condicionadas por un sustrato de violencia física y psicológica cuya mejor articulación fueron los mitos caballerescos cultivados por los Habsburgo. Icono de esta ideología y personaje estructurante de la narración es don Quijote, hidalgo al parecer pobre, sin descendencia, psicótico. En este confinamiento ideológico Cervantes enfatiza el ritualismo mecánico de la conducta de don Quijote y el encantamiento, sugiriendo con esto que los españoles son seres míticos, no históricos. De aquí surgen los principales gatilladores de comicidad en el relato. Los personajes carecen de conciencia histórica para comprender sus experiencias personales dentro de una totalización de los sucesos nacionales e internacionales más relevantes. Las figuras de autoridad social son ambiguas en su consideración de don Quijote —a la vez se admiran y valoran el espectáculo de su locura y lo vilipendian como bestia extraña, gozan la violencia con que lo victimizan y en torno a él montan un carnaval circense para participar en él transfigurándose y enmascarándose. La diferencia fundamental está en que, en esta Segunda Parte, Cervantes perfila con mayor claridad los basamentos gnósticos de la novela. Esto se traduce en una tendencia típica a alegorizar más puntualmente algunos de los episodios.

Aunque en esta Segunda Parte Cervantes otra vez dispone episodios de diferente intención en un mosaico en que se contrasta y complementa su significado, predomina una lógica rectilínea de la narración. Puede reconocerse una *Primera Etapa* en que se postula el nihilismo gnóstico y la crítica de los roles sociales que se desarrollará en el resto del relato. En esta etapa están los incidentes de la discusión de don Quijote, el cura y maese Nicolás, el barbero, sobre la situación política de España; los preparativos para la tercera salida de don Quijote y Sancho; el encuentro y combate con el Caballero de los Espejos; el tablado teatral de *Las Cortes de la Muerte*; la aventura de los leones; la cueva de Montesinos; maese Pedro, su retablo y el mono adivino; la aventura del barco encantado (=España al garete).

La *Segunda Etapa* se preocupa especialmente de las moradas arcónticas de la nobleza y se muestra con mayor intensidad el nihilismo gnóstico en cuanto al valor social de los nobles, según la crítica de los roles sociales planteada en la etapa anterior. Aquí tenemos los episodios de Diego Miranda, el Caballero del Verde Gabán; las bodas de Camacho; la es-

tadía de don Quijote y Sancho en la «casa de placer» de los Duques; el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria; el encuentro de Sancho con el morisco Ricote; la «Arcadia Fingida».

La *Tercera Etapa* y final trae la transición entre el espacio de la nobleza y la entrada de don Quijote y Sancho al espacio de la burguesía en Cataluña. En el espacio burgués se consume el destino gnóstico de don Quijote y Sancho. Aquí tenemos el encuentro con el bandolero Roque Guinart y su mafia; la estadía en Barcelona; la historia de Ana Félix; la derrota de don Quijote por el Caballero de la Blanca Luna; el retorno de don Quijote y Sancho a su aldea.

Primera Etapa

Al comenzar el relato Cervantes modifica la equivalencia entre ficción literaria y crítica de la historia (II, I). En la conversación con sus amigos, el cura y el barbero, don Quijote hace lúcidos comentarios sobre los vicios en la administración del Estado y de la geopolítica imperial en el Mediterráneo, mostrando preocupaciones similares a los de los arbitristas de la época. Ya no se trata, como en la Primera Parte, de que la literatura equivalga a la historia. Ahora se la relaciona estrechamente con la reflexión política, «razón de estado». Por tanto, cualquiera racionalidad restante en don Quijote queda aparentemente relacionada con el imperativo de la reforma social (II, I, pp. 549-550).

Resalta el tono subversivo y aun revolucionario de las opiniones, aunque no se las detalla en el texto —los interlocutores «habían puesto [la república] en una fragua y sacado otra de la que pusieron». Los condenados a la purificación por el fuego son los nobles corrompidos, el consumismo suntuario, reintroduciéndose así la preocupación por la reproducción de la sociedad que en la Primera Parte había sido relacionada con el amor y el matrimonio. La nobleza ha fracasado en su liderato social porque ha perdido su ética guerrera, carece de imaginación magnánima, de espíritu de sacrificio, de disposición para la aventura (II, I, p. 556).

De aquí en adelante los valores caballerescos encarnados en don Quijote —aun considerando su demencia— funcionan como esquema evaluativo de las carencias éticas de la nobleza española. En II, VI, pp. 591-592 don Quijote diserta con escepticismo sobre la supervivencia de los linajes nobles en diferentes épocas y civilizaciones.

Cervantes es nihilista en cuanto al rol social de la nobleza. En su sentido sociológico, los roles sociales construyen y estabilizan jerarquías humanas para la reproducción institucional de una civilización. Los poderes, valores, actitudes y representaciones simbólicas y metafóricas atribuidos a esos roles equivalen a máscaras teatrales —el «gran teatro del mundo»—, que el aparato propagandístico habsburguiano manipulaba programáticamente. Cervantes transfiere analógicamente esta problemática a espectáculos de tipo circense, tabladitos y retablos teatrales. En esta Segunda Parte otorga aún mayor importancia a los juegos de máscaras montados por la nobleza y otras clases sociales de algún poder.

La gravitación del espectáculo de tipo circense se anuncia con la conspiración de Sansón Carrasco, el cura y maese Nicolás para facilitar la tercera salida de don Quijote, traicionando las esperanzas de retenerlo en casa de su sobrina y de su ama de casa. La demencia de don Quijote demandaba un confinamiento forzado e inmediato por su edad,

su debilidad, su demencia incurable y por ser un peligro para su propia vida, la vida de otros y la propiedad privada y pública. Pero Carrasco ha informado de la aparición y éxito nacional e internacional de la Primera Parte de la novela *Don Quijote*.

Esta contiene una extrañísima comprensión temporal en que el inicio, desarrollo y conclusión del vagabundeo de don Quijote y Sancho transcurren simultáneamente, en tiempo real, con sus aventuras narradas por Cide Hamete Benengeli y los otros «autores». En el colmo de la arbitrariedad farsesca, realidad histórica y ficción coinciden y equivalen como superposición paralela de segmentos temporales que normalmente ocurren en sucesión. Mayor complicación surge si se recuerda que, a fines de la Primera Parte, se da por ya ocurrida la tercera salida de don Quijote y Sancho y la muerte del caballero andante aunque estos episodios todavía están en transcurso en la Segunda Parte, todavía no publicada. El tiempo histórico entendido como progresión de sucesos irrepetibles pierde sentido y se transforma en tiempo mítico, a la vez estático y circularmente repetible.

Ninguno de los personajes toma nota o verbaliza alguna preocupación de las consecuencias de esa extraña novela para el estatus ontológico de su mundo. Si sus vidas están contenidas en un texto de ficción que se desarrolla paralelamente a sus existencias y aun las predice, sus existencias son ficticias. Así Cervantes afianza aún más su noción de la naturaleza mítica de la historia española. Más adelante este cuestionamiento ontológico irrumpe en el relato con todas sus consecuencias.

Por algún motivo no explicado, Carrasco admira la fama del psicótico y desea incluirse en su universo simbólico, así como lo hicieron el cura y el barbero en el enjaulamiento de don Quijote en la Primera Parte. Los conspiradores convierten a Carrasco en el Caballero de los Espejos, asistido por un vecino, Tomás Cecial, como escudero, para que desafíe a combate al Caballero de la Triste Figura, lo venza y lo comprometa a retornar a su aldea para arraigarlo allí hasta el fin de sus días. Bajo una supuesta preocupación por el bienestar del psicótico, el interés real de los conspiradores es gozar del espectáculo que puedan armar en torno a su demencia, otra vez dispuestos a difuminar sus identidades individuales en un juego de máscaras.

Clave analógica del juego de máscaras sociales sobreviene con el incidente de la «carreta de los representantes». Don Quijote se enfrenta a la compañía teatral itinerante que escenifica el auto *Las Cortes de la Muerte*, obra atribuida a Lope de Vega, dramaturgo políticamente conservador e ideólogo de la Contrarreforma. Las máscaras portadas por los actores dan por sentado que la dinámica de los conflictos sociales no es definible en términos de intereses y acciones humanas sino en cuanto a arquetificaciones míticas —el Emperador, la Reina, el Soldado, el Ángel, Cupido, el Demonio, la Muerte. Se trasplanta así un orden monárquico corrupto, debilitado y desprestigiado a una transhistoria idealizada que burlescamente la eterniza. Pero prontamente se desnuda este dislate con los amedrentamientos del bojiganga y el robo del asno de Sancho. En una intuición de los privilegios extralegales e inmunidades arbitrarias que gozan los aparatos administradores de las máscaras ideológicas del poder hegemónico, Sancho advierte a don Quijote de lo inconveniente de obtener justicia atacando a la comparsa: «Quítese a vuesa merced eso de la imaginación [...], y tome mi consejo, que es que nunca se tome [=se meta] con farsantes que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas»(II, XI, p. 628).

Se trata de una parábola simple que Cervantes reitera con maese Pedro, su retablo y el mono adivino y, mucho más adelante, en Barcelona, con el incidente de «la cabeza encantada» —se construyen identidades, se proyectan acciones y dignidades posibles, se vaticinan vidas posibles a través de imágenes teatralizadas por deseos e intereses que reemplazan realidad por ficción.

El tema del enmascaramiento de identidades queda afianzado con el combate de don Quijote con un personaje apodado Caballero de la Selva/ Caballero del Bosque/ Caballero de los Espejos. Junto con su escudero, desde la distancia habían observado el incidente con los teatristas y alcanzan a don Quijote y Sancho en un momento propicio para la difuminación de identidades, en un bosque, en la oscuridad de la noche, motivos clásicos del Gnosticismo. Provocativa y burlescamente, imitando a don Quijote en la Sierra Morena, el Caballero del Bosque canta y lamenta su amor a Casildea de Vandalia, su señora, vanagloriándose de que, entre muchos otros, ya había vencido al Caballero de la Triste Figura, obligándolo a confesar que Casildea es más bella que Dulcinea.

Es impropio que un caballero andante dude de la palabra de otro. Este protocolo atrapa a don Quijote en una duda radical que, sin palabras, lo arrastra a los límites de su conciencia como ser existente. Esta cuestión ontológica había quedado irresuelta en el momento en que Sansón Carrasco anunciara el éxito de esa edición de la Primera Parte de la novela. Aunque no lo verbaliza, ineludiblemente don Quijote debió preguntarse, ¿a quien había vencido el Caballero de los Espejos?; ¿existe un doble del Caballero de la Triste Figura?; a pesar de tener conciencia de sí mismo, ¿existe realmente? No habría otra alternativa que la de dudar de su condición de ente real. Pero esquiva este dilema refugiándose en el modo con que ha asumido la ideología oficial —explica al Caballero del Bosque su teoría de que la sociedad está regida por encantamientos que disuelven identidades o las multiplican caprichosamente, instalándolas en cualquier lugar. De todas maneras, cauto ante la evidencia de una fuerza sobrenatural, en un extraño parlamento aliena su propia identidad, hablando de sí mismo como si fuera otro:

—Sosegaos, señor caballero —dijo don Quijote—, y escuchad lo que decir os quiero. Habéis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que de él me habéis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido. Por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente, uno que de ordinario le persigue, no haya alguno de ellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierta de la tierra; y para confirmación esto quiero que también sepáis que los tales encantadores sus contrarios no ha más de dos días que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y de esta manera habrán transformado a don Quijote (II, XVI, p. 647).

Aun Sancho Panza —escéptico que tiende a privilegiar la evidencia empírica— cae en esa paradoja. Aunque él mismo había engañado a su amo con la noción del encantamiento en la visita a Dulcinea que antecediera a la tercera salida (II, X-XI), la sorpresa de San-

cho al descubrir que el derrotado Caballero de los Espejos es realmente Sansón Carrasco y el escudero es Tomé Cecial, su vecino, es tan abrumadora que su escepticismo entra en crisis (II, XV, p. 656).

Además de la importancia para el juego de ficción de la novela, la noción de máscaras sociales transferibles atenta contra la ley natural en que se funda el orden jurídico de la época puesto que inhabilita todo juicio ético o legal sobre la responsabilidad de los individuos. Con ello la empresa justiciera de don Quijote queda vaciada de sentido.

Según el concepto de ley natural, el imperio de la ley se sostiene en tanto los individuos, constituidos por la sustancia divina que los dota de una esencia racional, puedan discernir entre bien y mal y actuar de acuerdo con este discernimiento para cumplir con las normas éticas cristianas. No obstante esta esencia universal, cada individuo es una concreción autosustentada, completa, *sui juris*, totalmente diferenciada (*separata ab aliis*), responsable ante la moral, la ética y la ley («Person»). Si no existe una individualidad diferenciada y responsable, ¿cómo puede sujetarse a las personas a un juicio ético y legal por sus actos? Si no existe responsabilidad individual, Cervantes introduce una duda radical sobre el reformismo social ante el colapso del imperio. Una colectividad se articula y se mantiene definiendo, viviendo y rigiéndose de acuerdo con algún concepto de «buena sociedad», de «calidad de vida», de «bien común» y de «ser humano ideal». Si esto es así, ¿hay algún sentido altruista en este nihilismo? Esto puede explicarse con el Gnosticismo que he imputado a Cervantes.

Si es que el universo conocido es producto degradado de un dios megalomaniaco y fallido, dolosamente sacralizado por una Cristiandad institucionalizada que oculta esta superchería, obviamente la «ley natural» sólo puede entenderse como una manifestación más de la «mancha» de esa degradación primigenia. Por tanto, no tiene sentido la historia entendida como marcha hacia la redención última de la humanidad en tanto ejerza libremente su discernimiento entre bien y mal. Si este nihilismo es el que verdaderamente describe la dinámica de los eventos humanos, la historia cristiana toma visos de espectáculo farsesco en que actores dementes reproducen el mal precisamente por su prurito de reproducir un bien que, de hecho, es malignidad enmascarada.

Por otra parte, considérese que el agua fue uno de los motivos centrales con que el Gnosticismo simbolizó la naturaleza que se reproduce como malignidad (Jonas). La metáfora agua se ramifica en otras imágenes de reproducción como la cópula, los cristales, los espejos, el narcisismo, la «naturaleza húmeda» = verde, y, por extensión, mares, ríos, lagos, bosques. Téngase en cuenta que Sansón Carrasco, disfrazado como el Caballero de los Espejos/ Caballero de la Selva/ Caballero del Bosque, es quien introduce el motivo de la difuminación de identidades en esta Segunda Parte. Los personajes y situaciones más siniestras y desorientadoras son asociados con el color verde de la «naturaleza húmeda» —Diego Miranda, el Caballero del Verde Gabán; Montesinos en la cueva y la transfiguración de personajes en las lagunas de Ruidera y el río Guadiana; maese Pedro; la aventura del barco encantado; la Duquesa; don Quijote y Sancho al ser vestidos en la «casa de placer» de los Duques; los hilos verdes en la aventura de la «Arcadia Fingida»; el bosque de los ahorcados; la vestimenta del bandolero Roque Ricuart; la derrota de don Quijote en Barcelona, junto al mar.

En resumen, Cervantes hace *tabula rasa* de la teología ética de la época con un nihilismo gnóstico que se advierte especialmente en tres episodios alegóricos —la cueva de Montesinos, la aventura del barco encantado y Clavileño el Alígero.

En el episodio de la cueva de Montesinos don Quijote, el «alienado» portador de un llamado a despertar de la malignidad del mundo, actúa uno de los mitos fundamentales del Gnosticismo —el descenso de un ente espiritual a la oscuridad del mundo degradado, «caverna espantosa», «peor que mazmorra». Lo impulsa Sofía, el principio opuesto al materialismo de ese mundo, manifestado en su amor idealizado por Dulcinea. Desciende aun a riesgo de «emponzoñarme, y a hundirme en el abismo que aquí se me presenta, sólo porque conozca el mundo que si tú [Dulcinea] me favoreces no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe» (II, XXII, pp. 720-721). Su entrada a la cueva está marcada por un rito que evidencia su intención de alterar la naturaleza maligna: «... y, así, poniendo la mano a la espada comenzó a derribar y a cortar de aquellas malezas que a la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos ...» (*Ibid.*).

A metros de su descenso, en un estado de conciencia alterada entra en un mundo mágico, encantado por el mago Merlín, en que se levanta «un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricado» (II, XXIII, p. 724). Esta es la morada en que la luminosidad divina ha quedado aprisionada en la oscuridad. Lo habitan mujeres autómatas que durante quinientos años, con «grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiosos sollozos» (II, XXIII, p. 727) han estado celebrando ceremonias funerales interminables por Durandarte, momia monumentalizada, manipulando la reliquia sagrada de su corazón conservado en salmuera. En este espacio la vida no se diferencia de la muerte. Aquí la necesidad material es tan agobiadora que aun Dulcinea debe mendigar de don Quijote, como si él fuera Fugger, Fúcar, uno de los banqueros prestamistas germanos que dominaba las finanzas de los Habsburgo. La desolación es tal que aun el Arconte regente de este mundo, Montesinos, «alcalde y guarda mayor perpetua» (II, XXIII, p. 724), desea la liberación, de la que don Quijote es el mesías: «Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y vereislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados ...» (II, XXIII, p. 727). Como gran Arconte, Montesinos entrega secretos del mundo *que don Quijote promete revelar a Sancho en el resto del relato*.

Con la suposición de que toda psicosis se organiza como un sistema simbólico-metafórico coherente cuyas claves pueden reconstruirse, desde una perspectiva teórica estas visiones explican el tema del agotamiento mítico de la historicidad humana en sentido regresivo (la Primera Parte) y progresivo a través del resto de la novela.

Cervantes complica el asunto de la historicidad con los comentarios de Sancho y el Primo luego de la aventura de la cueva. Para Sancho las visiones de su amo resultan ridículas en la medida en que sólo las avala el respeto por don Quijote: «Cuando Sancho oyó decir esto a su amo, pensó perder el juicio o morir de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco

de todo punto ...»(II, XXIII, p. 731). No obstante, para el Primo que acompaña a don Quijote y a Sancho a la cueva, las visiones tienen categoría de verdad histórica (II, XXIV, p. 735). Interesado en los mitos de transfiguración de la *Metamorfosis* de Ovidio, le servirán para explicar el origen del río Guadiana, de las lagunas de Ruidera y la antigüedad de los naipes. En la medida en que Cervantes equipara la literatura con la historia y la reflexión política, la visión histórica del Primo es acertada considerando que la maquinaria propagandística de los Habsburgo llevaba siglos inyectando mitología a la historia de su linaje. Con esto Cervantes insiste en la inconsciencia histórica de los intelectuales españoles a la que ya había aludido en la Primera Parte de la novela. Don Quijote es claro al respecto: «Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha [= suerte] en la impresión de sus libros: ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo tengo para mí que debió ser nuestro padre Adán?» (II, XXII, p. 718); «... que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria» (p. 719).

En el episodio de la cueva de Montesinos también está la clave de la aventura del «barco encantado». En ese episodio la geografía había sido mítica gnósticamente, atribuyéndose el origen de masas de agua como el río Guadiana y las lagunas de Ruidera a la necromancia de Merlín, signándose con tristeza, dolor, sufrimiento y muerte (II, XXIII, pp. 726-727); En las orillas del río Ebro don Quijote revive la experiencia de la cueva y de inmediato intuye un destino fatídico: «Haz de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesitada principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita» (II, XXIX, p. 772). Don Quijote entra en un estado de conciencia alterada y, a pesar de que la barca se ha alejado sólo unos pocos metros de la orilla, cree que «ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas o ochocientas leguas [...] o ya hemos pasado o pasaremos presto por la línea equinoccial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia» (p. 774). En la literatura de la época, incidentes que mágicamente expanden la percepción y experiencia de tiempo y espacio fueron usados para instalar las experiencias individuales de un héroe en un marco totalizador del entendimiento de la historia imperial. *La araucana* de Alonso de Ercilla es un ejemplo. De aquí en adelante el episodio toma un sentido alegórico si se considera que la nave que va a la deriva y está condenada a hundirse fue uno de los símbolos que los arbitristas usaron para describir la decadencia de España.

Don Quijote se apresta a socorrer a «algún caballero o a otra necesitada principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita». Aunque la afirmación es vaga y no hace precisiones, es claro que la expansión de su conciencia le indica que es un liderato socio-político el que necesita su ayuda. Es aún más clara la certidumbre de la crisis de este estamento —se dice «*debe de estar* [= tiene que estar] puesta en alguna grande cuita». Luego tenemos el «castillo» en que don Quijote sospecha que haya un «caballero oprimido». Es un molino de trigo de ruedas movidas por la corriente del río. Con esto Cervantes reitera el motivo de la alienación del paisaje observada en la Primera Parte, con una gran diferencia. Mientras en la versión de 1605 los medios de producción —molinos de viento, batanes— son mera utilería de las aventuras del psicótico, aquí hay mayor precisión. Se trata de un alimento básico para la población de Castilla, el trigo, asolada por la hambru-

na, cuya producción (actividad principal en la zona de don Quijote) estaba desbaratada por la despoblación del campo y la ruina general del sistema económico. El trigo (=pan) y la barca de los pescadores son, además, símbolos tradicionales del cristianismo. En medio de este nihilismo y desolación, no extraña que el alimento que producen transfigure a los molineros en seres fantasmagóricos, «enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina» (II, XXIX, p. 776).

Don Quijote se declara vencido en su misión justiciera, como ya se anunciara en el episodio con el Caballero de los Espejos: «Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas [= artificios y apariencias], contrarias unas de otras. Yo no puedo más [...] Y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando a las aceñas [las ruedas del molino]: —Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita. Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura» (II, XXX, p. 778).

Aunque la aventura de Clavileño el Alígero pertenece a la *Segunda Etapa* de la narración, conviene agruparla con los dos episodios anteriores por su similitud alegórica. Sancho Panza es quien da un sentido gnóstico a esta aventura. En la misión de ir a desafiar al gigante Malambruno para desencantar a la infanta Antonomasia, a su esposo Clavijo, a la condesa Trifaldi y a sus doncellas condenadas a una «muerte civil y continua [= a perpetuidad]» (II, XXXIX, p. 847), Sancho imagina que el caballo de madera llegó a la altura sideral de las siete cabrillas —la constelación de las Pléyades, el octavo cielo de la estrellas fijas según la concepción de la época— y que allí se entretuvo jugando con ellas por «casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante» (II, XLI, p. 863). Este viaje ascendente hace de contrapartida y complemento de la alegoría descendente de la cueva de Montesinos.

Los gnósticos concebían el cosmos como una especie de cebolla con el mundo-mazmorra en el centro, rodeada por ocho esferas controladas por Arcontes cuya misión es mantener separados a los seres humanos del dios verdadero, impedir que sus mensajeros descendan al mundo y asciendan a él los iluminados por la *Gnosis*. Las esferas cósmicas no constituyen, por tanto, una armonía sideral sino un colosal entramado demoníaco para perpetuar el mundo como prisión. Sancho muestra conciencia de esto cuando indica que ningún «cabrón» (uno de los símbolos satánicos de los Arcontes) puede pasar «los cuernos de la luna», que en la astronomía aristotélica separaba el mundo sublunar imperfecto y mutable de la perfección del mundo supralunar del Pleroma. La topografía terrestre reproduce el entramado sideral con espacios laberínticos en que reinan los demonios, las pasiones, las furias y los tumultos arcónticos. Los mensajeros del Uno y los iluminados que cruzan esa topografía deben crear estrategias, tácticas y subterfugios para pasar desapercibidos de los Arcontes y parecer inofensivos. La máscara de Sancho es la de un campesino simple e ignorante, un payaso que oculta su sabiduría con un conocimiento enciclopédico de dichos populares que bien divierten o mortifican a sus superiores.

El juego con las siete cabrillas fue un agregado de última hora, como lo demuestra la reacción sorprendida de don Quijote. Puede leerse como subterfugio para enmascarar una iluminación gnóstica. Esto se refuerza con que, Sancho, luego del vuelo, duda de hacerse cargo del gobierno de la ínsula que tanto ambiciona (II, XLI, p. 865). Lo que aquí se ventila es un dilema que, como otros en la novela, no queda verbalizado. La gobernación

convertiría a Sancho en otro Arconte conservador de un mundo maligno. Este dilema afecta la conducta de Sancho en la ínsula Barataria y lo harta de la gobernación.

La iluminación de Sancho en la octava esfera arroja otra luz sobre el enigmático comentario de don Quijote a Sancho sobre su versión del vuelo: «—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más» (II, XLI, p. 865). No se trata de un pacto de embusteros sino el reconocimiento del gnóstico «alienado», don Quijote, de que su escudero también ha tenido una intuición esotérica que ahora comparten. Esto explica con mayor magnitud lo que se ha entendido como la sanchificación de don Quijote y la quijo-tización de Sancho. De aquí en adelante el caballero trata a su escudero con más respeto.

Segunda Etapa

La entrada de don Quijote al espacio de la nobleza lo sumerge en una imitación de los festivales que caracterizaron la Corte de Felipe III, festivales populares en todas las cortes europeas. Eran organizados en los jardines de palacio según un tema general, subdividiéndose los jardines en áreas dedicadas a las diferentes historias que lo componían. Los invitados debían circular y participar en ellos en circuitos y secuencias demarcadas para resaltar ciertos efectos y mensajes, en que se escenificaban, por ejemplo, atmósferas de paz e inocencia pastoriles, comicidad, mitología greco-romana, asombro, peligro, heroísmo, magia o misterio. Para estos efectos se construían arreglos especiales de plantas y flores, dispositivos arquitectónicos, decorados, íconos, aparataje teatral, arreglos musicales y corales, bailes, ropajes, disfraces y máscaras. Gradualmente la demanda de estos festivales se irradió más allá de las cortes, dando origen a los Parques de Placer, a los que un público general entraba pagando. El primero de ellos se abrió en Klampenborg, al norte de Copenhague, en 1583. En su evolución contemporánea, estos entretenimientos originaron los parques temáticos de Walt Disney (Alexander; «Amusement Parks»).

El nihilismo ético y el manejo de esta parte del relato como parodia de los festivales cortesanos permite a Cervantes presentar personajes planos en cuanto no se elaboran sus idiosincrasias psicológicas ni sus proyecciones sobre los espacios personales, a diferencia de la Primera Parte. Cervantes continúa su práctica de presentar situaciones ejemplares sin revelar claves de interpretación. Los personajes son encontrados al azar, sus figuras son superficies sin profundidad, causan curiosidad, son misteriosas, no emiten señales de su significación, a menos que el lector ya entienda lo que Cervantes intenta en su interpretación de la historia española.

Esto es evidente en el encuentro de don Quijote con don Diego Miranda, el Caballero del Verde Gabán. Al encontrarse, ambos gastan tiempo observándose: «Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde a don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa [= de principios, virtuoso]» (II, XCI, pp. 661-662). El lector ya conoce lo que don Quijote representa. Del Caballero del Verde Gabán se sabe

sólo lo que quiere decir de sí mismo. No olvidemos la suspicacia de Cervantes ante toda apariencia. Miranda se presenta a sí mismo como:

medianamente rico [...] paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca [...] Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y de latín, de historia algunos y de devoción otros [...] Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento [...] Alguna vez como con mis vecinos y amigos [...] son mis convites limpios y aseados y nonada escasos; ni gusto de murmuraciones ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas ni soy lince de las vidas de los otros; oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y la vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor (II, XVI, p. 664).

Persona atildada, cuidadosa de su vestuario, de su caballo y de su montura, es indudable que Miranda modula estudiadamente la imagen que proyecta. Su larga y pulida presentación no parece improvisada; sin duda la ha repetido en otras oportunidades. Quizás impresionado por el aspecto digno y el respeto que emana de la figura de Miranda, por su voz y su retórica, Sancho, con tono que raya en lo burlesco, le reconoce atropelladamente una extraordinaria espiritualidad, a contrapelo de su escepticismo acostumbrado, ignorando su propia experiencia de los encantamientos como manipulación dolosa: «Atentísimo estuvo Sancho a la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo, y pareciéndole buena y santa y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio y con gran priesa le fue a asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces [...] —Déjeme besar —respondió Sancho—, porque me parece vuesa merced el primer santo a la jineta que he visto en todos los días de mi vida» (II, XVI, pp. 664-665).

Miranda invita a don Quijote a su solar por unos días. Su generosidad vela su interés menos generoso de tenerlo allí como bufón y observarlo para divertirse y divertir a su familia. Lo ha «visto hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos» (II, XVIII, p. 681). Esto es lo evidente en su conducta; en la estadía en su casa no hay señas que confirmen la distinción que Sancho le reconociera. De hecho, la voz narradora hace énfasis en que el traductor del manuscrito de Cidi Hamete Benengeli se había negado a incluir la descripción de la cotidianeidad de su hogar como seña de la dimensión psicosocial de Miranda: «Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador rico; pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras menudencias en silencio, porque no venían con el propósito principal de esta historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones» (II, XVIII, p. 680). Si lo que preocupa a Cervantes es explorar el juego ideológico de las apariencias —de la nobleza en especial en esta Segunda Parte— es lógico que presente a Miranda como una esfinge cuyo misterio debe ser despejado por la evidencia empírica de sus conductas —«el propósito principal de esta historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones».

Como dato entregado al parecer sin mayor importancia, Miranda es catalogado como «caballero labrador rico». Sólo se resalta el «maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejava un monasterio de cartujos» (II, XVIII, p. 684). ¿Qué origen tienen sus ingresos, al parecer abundantes? Tiene una familia bien mantenida, un hogar cómodo, de gastos moderados. Los festejos con sus amigos lo señalan como persona bien relacionada en su comunidad, de notoriedad social, sin ser extravagante. Su hijo único, estudiante universitario, no necesita trabajar, se dedica al estudio de lenguas y literaturas antiguas —una de ellas, el griego, que ya largo tiempo había perdido importancia en el currículo universitario— y compone poesía lírica.

Puede suponerse que este estilo de vida estaba asociado con las tareas necesarias para la administración y coordinación de diferentes aspectos de la producción agropecuaria —selección de semillas y acopio de fertilizantes, rotación de tierras para el cultivo, maridaje del ganado y de las bestias de trabajo, irrigación, asignación de tierras y tareas al campesinado, bodegaje de las cosechas y procesamiento de las carnes acumuladas, comercialización de los productos y transporte al mercado. Coordinar esta productividad y cultivar la notoriedad social y política de Miranda debieron haber resultado en un tráfico diario de mayordomos, capataces y contactos sociales, políticos y comerciales. Esto habría estado en consonancia con el solar de Miranda como eje económico, social y político de la zona, no del «maravilloso silencio» de «un monasterio cartujo». De acuerdo con esto, aunque Miranda es exhibido como una esfinge, puede reconstruirse su dimensión psico-social según las tipologías de la nobleza de la época. En medio de los debates del momento, es imposible que Cervantes no las haya considerado en la composición de la novela.

Felipe III concedió los títulos de *caballero* con dos propósitos —financiar la política imperial vendiéndolos a hidalgos ricos que buscaban escalar socialmente; distinguir y cooptar a una nobleza de bajo rango para mantener la seguridad en las zonas rurales en una época de fuerte oposición política, bandidaje organizado y la compleja logística de expulsión de los moriscos y confiscación de sus haberes y propiedades (Lynch; Kamen). Esta nobleza menor ocupaba en especial los cargos de corregidores, cargo de autoridad jurídica y policial. Aunque quizás poseyeran capitales y propiedades que dieran algún rédito, estos caballeros eran recipientes de subsidios especiales, otorgados por la Corona para asegurarse la intervención en los niveles cotidianos más básicos de toda comunidad.

Miranda puede ser situado en esta tipología. La evidencia más sugerente al respecto es su preocupación de que su único hijo, Lorenzo, pierda tiempo en la literatura y no tenga interés en la abogacía o la teología para ocupar un cargo en la burocracia estatal o en la Iglesia Católica. Nunca indica que la continuidad del poder de la familia esté en que su hijo aprenda administración agropecuaria y se haga cargo de sus tierras, si es que realmente las tiene (II, XVI, p. 665).

Aunque no haga evidentes los nexos, Cervantes conecta orgánicamente el sentido de todos los incidentes del relato. Más tarde aparecen los incidentes de Ricote, el morisco expulsado que retorna a España ilegalmente, y de Roque Guinart, el bandolero catalán. No puede descontarse que el Caballero del Verde Gabán haya participado en esta guerra interna como funcionario estatal. Si se acepta esta hipótesis, Diego Miranda sería el personaje gnóstico prototípico en cuanto la paz de vida y la santidad que se le atribuyen enmascara su función real como parte de la represión del aparato arcóntico.

La Duquesa y el Duque también se presentan como esfinges. Cervantes busca, además, un símil con el Caballero del Verde Gabán cuando la voz narradora presenta a la Duquesa como «una gallarda señora sobre un palafrén o hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella» (II, XXX, p, 779). El verde es un motivo constante en la presentación de los personajes nobles. Los Duques tienen un título no identificado, no hay indicación de sus posesiones y tierras, excepto la «casa de placer» en el campo, a la que invitan a don Quijote y Sancho por unos días. Los sirve gran número de criados y caballeros y damas de cámara. Los servidores están entrenados y acostumbrados a montar espectáculos de compleja y costosa escenografía, sin mucha anticipación, improvisando, eco de los usos de la Corte real. Aun los pinches de cocina montan parte de estos espectáculos para su propio jolgorio.

Como ocurriera con el Caballero del Verde Gabán, conocemos el carácter de los Duques sólo por su prurito por divertirse. Su autoridad y poder se revelan por su movilización de recursos para explotar la diversión que les ofrecen don Quijote y Sancho. Se atisba aquí un concepto perverso del poder en cuanto éste aparece aquí orientado al gasto irracional y no a la productividad. En esto los Duques encarnan la tipología de los grandes nobles creados por Felipe III.

En una sección anterior observaba que en el reinado de Carlos V existían 25 de estos títulos, Felipe III los aumentó a 140 (Kamen). No los creó sólo para recaudar fondos. Para enriquecerse personalmente el duque de Lerma, su consejero, maniobró para controlar la Corte y los consejos estatales distinguiendo a unos cuantos nobles con las jerarquías más altas, privilegiándolos con grandes mercedes. A la vez los obligaba a vivir en las Cortes de Madrid y Valladolid, participar en sus festivales o siguiendo a Felipe III en sus frecuentes viajes y expediciones de caza. Sus gastos y deudas eran enormes. La facilidad con que los sirvientes del Duque montan el espectáculo en torno a don Quijote y Sancho refleja este estilo de vida. Era una nobleza criticada por haber perdido las virtudes guerreras tradicionales; por tanto, habían perdido su razón social. No obstante, afirmaban públicamente su prestigio y poder político con un lujo ostentoso y espectacular que procedía de las mercedes concedidas por una monarquía en bancarrota.

Los Duques ilustran la fuerza política del narcisismo. El narcisismo es un desorden de la personalidad caracterizado por afanes de grandiosidad, por la necesidad obsesiva de recibir admiración por la seguridad absoluta de estos individuos de ser «únicos», «perfectos», «superdotados» de poder, inteligencia, brillo, belleza (*DSM-IV*). Son individuos incapaces de empatía con los sentimientos, las necesidades, experiencias y deseos de las personas, a menos que les reconozcan una calidad similar a la suya. La autoestima inflada va a parejas con la devaluación de lo que otros son, hacen o significan, tratándolos con desprecio o impaciencia velados o evidentes. Consciente o inconscientemente se aprovechan de las personas.

Para hacer mofa de don Quijote y Sancho y humillarlos, los Duques actúan con racionalidad administrativa. A poco de conocerlos la Duquesa los entrevista para tomar nota de sus idiosincrasias personales y comparar sus observaciones con los datos que tenía por haber leído la Primera Parte de la novela ya publicada. Comprueba el amor idealizado de don Quijote por Dulcinea del Toboso; discute con Sancho el engaño contra su amo con

la supuesta transformación mágica de Dulcinea en una campesina grosera y maloliente; se informa del incidente de la cueva de Montesinos. Con esto los Duques reúnen datos, conciertan propósitos y movilizan a maestros de ceremonia, servidores, músicos y poetas de su corte, tropas, escenógrafos, costureras, carpinteros y encargados de pirotecnia para armar un programa de diversiones —la aparición de una comitiva de demonios que anuncian al mago Merlín acompañado de otros sabios y la misma Dulcinea del Toboso para proponer su «desencantamiento» a expensas del culo de Sancho; la aparición del mago Trifaldín de la Barba Blanca, escudero de la condesa Trifaldina, la dueña Dolorida, para pedir a don Quijote que acepte el reto a duelo del gigante Malambruno y libere a la princesa Antonomasia, su esposo Clavijo y a ella misma del encantamiento que ha perpetrado el gigante; el viaje estelar de don Quijote y Sancho montados en Clavileño, el caballo de madera enviado por Malambruno para transportarlos al sitio del duelo.

Terminada la crueldad racionalizada de estos espectáculos, los Duques llaman a una reunión para evaluar el programa y avanzar al episodio siguiente, el de Sancho como gobernador de la ínsula (II, XLII, p. 865). La racionalización aun permite aprovechar incidentes fortuitos. La Duquesa descubre la pena de don Quijote por la separación de Sancho, quien ha partido a la ínsula Barataria. La Duquesa compensa la separación instruyendo a su sirvienta Altisidora para que asedie a don Quijote reemplazando su cariño por Sancho con una pasión grotescamente actuada, en una evidente ambigüedad sexual.

De los preparativos administrativos para los espectáculos se deducen consecuencias relevantes. Estratégicamente los Duques han acumulado información para el «libreto» con que dominarán a don Quijote y a Sancho. De manera espontánea repiten el esquema mítico de entes superiores que movilizan recursos naturales y sobrenaturales para demarcar padrones de conducta humana. A la vez, su escenificación de «libretos» decididos entre bambalinas, fuera de la percepción de don Quijote y Sancho, ilustra la función de las ideologías hegemónicas como esquemas simbólico-analógicos subliminales, reproductores de la jerarquías sociales. No obstante, en este poder hay una circularidad viciosa en cuanto ellos mismos quedan sometidos a ese esquema ya que los espectáculos de los Duques teatralizan las visiones de don Quijote en la cueva de Montesinos.

Weber define como racionales aquellos padrones de acción en que los objetivos están claramente definidos según un conjunto de valores afines entre sí; en que los medios y recursos usados para lograr los objetivos son seleccionados y adaptados según el conocimiento más avanzado de que se disponga; en que el uso de los medios y recursos es eficiente porque producen mayores y mejores resultados, con un gasto razonable según las disponibilidades y los objetivos. Estos principios quedaron asociados con la Modernidad entendida como el aumento de la productividad material y espiritual de las sociedades con la aplicación de ciencia a la administración de las instituciones, la economía, la conducción de las grandes estrategias nacionales y de la guerra en los contextos geopolíticos condicionantes. Los episodios ocurridos en la «casa de placer» muestran su sentido satírico si se los contrasta con estos principios. Aunque en sus espectáculos los Duques racionalizan el uso y disposición de recursos y tecnologías para un objetivo claramente definido, en medio de la gran crisis de España éste objetivo es absurdo. Como tipificación del régimen habsburguiano, en otra paradoja cervantina lo irracional es lo racional.

Al exponer la irracionalidad de la racionalidad sistémica, Cervantes da un vuelco radical al sentido de la psicosis de don Quijote y la simpleza de Sancho en cuanto sus impedimentos mentales apuntan a la sanidad perdida por el régimen imperial. Esto se muestra en una serie de contrastes a modo de espejos, imagen por demás recurrente en esta Segunda Parte. El primero se relaciona con la reacción del Caballero del Verde Gabán ante la aventura en que don Quijote se transforma en el Caballero de los Leones.

En un corto intercambio, Diego Miranda, con su parsimonia, intenta disuadir a don Quijote de su enfrentamiento con los dos enormes leones (II, XVII). Con una magnanimidad desorbitada e inútil, don Quijote trata a Miranda con sarcasmo: «Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien de ellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza» (II, XVII, p. 672). En la tradición feudal española de la Reconquista combatir con leones era una de las pruebas que validaba a un caballero como tal. En su respuesta don Quijote implícitamente enrostra insolentemente a Miranda por degradar ese antiguo espíritu a meras rutinas de caza menor para suplir la cocina: «—Váyase vuesa merced, señor hidalgo —respondió don Quijote—, a entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio. Este es el mío, y yo sé si vienen a mí o no estos señores leones» (*Ibid.*). Es un momento en que don Quijote hace resaltar que no merece atención por su demencia, sino por su compromiso con un ideal libremente asumido, aunque las consecuencias sean absurdas: «Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que a mí me pareciese que cae debajo de la jurisdicción de mis ejercicios; y, así, el acometer los leones que ahora acometé derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante ...» (II, XVII, p. 678).

Cervantes desliza un juicio similar en cuanto al Duque, quien también había sustituido la función guerrera de su clase por las expediciones de caza mayor que Felipe III había popularizado entre los grandes de España. El Duque dice: «... el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer a su salvo al enemigo (II, XXXIV, p. 816).

El contraste ético iniciado con el Caballero de Verde Gabán continúa con su hijo Lorenzo durante la estadía de don Quijote en su casa. En su conversación en el bosque don Quijote había defendido la vocación literaria del hijo, que Miranda consideraba inútil. Con Lorenzo don Quijote descubre y alaba su talento poético, pero también descubre la pusilanimidad con que asume su vocación. A pesar del tiempo libre que le permite la riqueza de la familia para cultivarlo, el joven se describe apenas como «algún tanto aficionado a la poesía y a leer los buenos poetas» (II, XVIII, p. 681). Esto contrasta con «el tesón que llevaba [don Quijote] de acudir de todo en todo a la búsqueda de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos» (II, XVIII, p. 689). Don Quijote sugiere a Lorenzo que corregir su inseguridad lo obligaría a abandonar su aislamiento en casa de sus padres y exponer su poesía a los comentarios y juicios de otros, especialmente compitiendo por premios en justas literarias: «sólo me contento con advertirle a vuesa merced que siendo poeta podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio, porque no hay padre ni madre a quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo

son del entendimiento corre más este engaño» (II, XVIII, p. 668). De hecho don Quijote recomienda que el joven abandone el narcisismo de su encierro y viva su empresa literaria según la magnanimidad y ecuanimidad caballerescas.

El contraste ético entre don Quijote y los Duques es mucho más sutil porque se lo mediatiza (oscurece) con el tema del amor cortés. De los muchos temas con que podría haber hecho mofa de don Quijote, luego de sus entrevistas la Duquesa selecciona precisamente su amor por Dulcinea, su idealización de la mujer, en general, y su compromiso absoluto con su defensa. Ya que el amor cortés era esencial en la caballería andante, al intentar que don Quijote reconozca la inexistencia de Dulcinea los Duques atentan contra la razón de su vida. Es un asesinato simbólico. Fracasado su intento, la Duquesa juega maliciosamente con la autoestima, la lealtad y la ambición de Sancho poniéndolo ante un dilema (II, XXXIII) —le advierte que, considerando el embuste del encantamiento de Dulcinea, es bien un sinvergüenza que ha traicionado a su amo o, si cree en el encantamiento, es tan loco como su amo. En ambos casos Sancho debiera declararse incompetente para gobernar la ínsula prometida.

Sancho desarma esta maniobra afirmando a la vez su entendimiento empírico de la verdad, su lealtad a don Quijote y su deseo de medrar con la gobernación de la ínsula. En primer lugar reconoce que considera a su amo como demente: «Y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado [...] verdaderamente y sin escrúpulo a mí se me ha asentado que es un mentecato [= loco]» (II, XXXIII, p. 807). Luego, sin embargo, afirma que los unen lazos de lealtad: «que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero esta fue mi suerte y mi malandanza: no puedo más seguirle tengo; somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, diome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y, así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón [= que el de la muerte]» (II, XXXIII, p. 808). Por lealtad, Sancho está preparado aun para abandonar la oportunidad de la ínsula: «Y torno a decir que si vuestra señoría no me quisiese dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme por nada por discreto; y yo he oído decir que detrás de la cruz está el diablo» (*Ibid.*). Nótese: «*detrás de la cruz está el diablo*».

A pesar de todo, Sancho desea gozar los beneficios que pueda obtener de los Duques, certeza que lleva a la Duquesa a dar un golpe de autoridad —lo fuerza a aceptar que, aun contra la experiencia directa del escudero, los encantamientos son una realidad, en particular el de Dulcinea: «Porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dio el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho, pensando que ser el engañador, es el engañado, y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos» (II, XXXIII, p. 810). Con la última frase la Duquesa da a sus aseveraciones la calidad de dogma de un misterio religioso.

No queda registrado en el relato, pero, para proclamar tal dogma, el tono de voz empleado por una grande de España tuvo que haber sido terminante y amenazador. Sancho capta este tono. Rápidamente cede y se refugia en su máscara de campesino ignorante. Sancho parece suponer que, si está obligado a aceptar las mentiras de la Duquesa, por respeto a don Quijote y para protegerlo también aceptará sus alucinaciones, restándoles importancia como simple demencia comparable a su ignorancia (II, XXXIII, p. 811).

El golpe de autoridad introduce una soterrada atmósfera de peligro y temor poco perceptible por su convivencia con los episodios de comicidad farsesca. Esta atmósfera se prolonga durante la estadía de don Quijote y Sancho con los Duques y de ella Sancho es la conciencia más sensitiva. De allí en adelante Sancho muestra repetidamente su suspicacia ante lo que presencia en la corte de los Duques («Ahora bien, yo callaré, pero no dejaré de andar advertido de aquí en adelante, a ver si descubre otra señal que confirme o desfaga mi sospecha» (II, XLIV, p. 879). Pero a la vez acata su sometimiento a la autoridad cumpliendo como comparsa de los espectáculos de los Duques, a pesar de sus dudas. De aquí en adelante esto lo convierte en el personaje que realmente dinamiza la narración aunque las demencias de don Quijote puedan tener mayor visibilidad.

La alevosía y contumacia de los Duques contra seres insignificantes como un psicótico y un campesino simpletón merecen más atención. La agresividad de los Duques no puede explicarse sólo por su narcisismo. Arnold Hauser aporta antecedentes considerables (vol. 1).

Hauser explica que la caballería fue un estamento guerrero surgido desde el siglo XI por la declinación del número de nobles de antiguo origen. Se trataba de sirvientes de alguna importancia en la administración feudal que hacían de soldados especializados en combatir a caballo y en maniobras de grupo. Los señores trataban de retenerlos a largo plazo para su seguridad personal y de sus posesiones. La manera más efectiva de retenerlos y asegurar su lealtad era concederles feudos menores a título individual. El ingreso a la caballería se convirtió en factor de movilidad social ascendente. Con el tiempo estos feudos se hicieron hereditarios y con ello los caballeros se transformaron en nobles menores al servicio de la gran nobleza. Con esta institucionalización surgió una conciencia estamental en cuanto a que de los caballeros no sólo dependía la seguridad de señores feudales regionales sino también la estabilidad y continuidad de las alianzas políticas interregionales que éstos pactaran. Este poder llevó a la formación de órdenes de caballería trashumantes y mercenarias, articuladas por un espíritu de cuerpo y membresía cerrada. Ingresar exigía pertenecer a un linaje caballeresco.

A pesar de su poder, los estamentos caballerescos no fueron más que sirvientes de la gran nobleza europea. Según Hauser, como compensación, los caballeros buscaron diferenciarse haciendo énfasis en la mística esotérica de sus rituales, la pureza espiritual de su código ético y su lealtad a toda prueba. Dedicados como estaban al perfeccionamiento físico, espiritual y profesional, los caballeros se exhibían como un colectivo superior a una antigua nobleza asentada en la inercia de sus privilegios inmemoriales. El amor cortés reflejaba y expresaba esta rivalidad, especialmente en que el amor de los caballeros era generalmente la esposa de los señores a quienes servían.

El encuentro de los Duques con don Quijote y Sancho se da en un momento en que se cuestionaba la legitimidad de la gran nobleza por sus títulos comprados y por la pérdida de su función guerrera, haciéndose notar que hasta se vendía el ingreso a las órdenes caballerescas afamadas en las luchas de la Reconquista de España. Los Duques habían leído la Primera Parte de *Don Quijote* y, por tanto, habrían evaluado la sátira subversiva de la novela, de manera que el intento de asesinato simbólico de don Quijote puede entenderse como una venganza. En la Segunda Parte, por tanto, Cervantes ha agregado otro sentido más a don Quijote como ícono histórico —además de usárselo para una sátira de la incompetencia de la gran estrategia imperial y como contraste para evaluar la ética de la

nobleza, ahora también sirve para una arqueología de los valores que perdieron y avergonzarlos. La alevosía y contumacia de los Duques pueden entenderse como respuesta.

La aparente omnipotencia de los Duques genera, a pesar de todo, contrasentidos, desviaciones, introducidas por comportamientos individuales que muestran una tendencia espontánea a la sanidad social. Cervantes hace un contrapunto de episodios de este tipo en que se entremezclan el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria, la petición de ayuda de doña Rodríguez, el frustrado duelo entre don Quijote y el lacayo Tosilos.

Desde sus comienzos el episodio del gobierno de la ínsula de Barataria escapa a la lógica estática del poder establecido. Con los consejos a Sancho a su partida a la gobernación, don Quijote expone el espíritu de ascenso social de la caballería que encarna, dando por sentado que el buen gobierno es cuestión de sentido común, ecuanimidad y anhelo de justicia de cualquier ser humano éticamente sano, aun de un loco, no un monopolio de la gran nobleza (II, XLII, p. 868). Para sorpresa de los Duques, las sabias decisiones de Sancho en las consultas legales que se le hacen en la ínsula lo comprueban. Sus decisiones, por lo demás hacen *tabula rasa* del sistema legal ya que Sancho no necesitó echar mano de los códigos existentes ni de asesores.

Sancho declara abiertamente esa *tabula rasa* luego del ataque nocturno a la ínsula. Ha llegado a la certidumbre de que se trata de un montaje más en los que se había involucrado porque «me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia» por la que «se han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos» (II, LIII, pp. 956-957). Sus suspicacias con respecto a los anteriores episodios en la «casa de placer» se han comprobado, «No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en éste ni admita otro gobierno, aunque me lo diesen entre dos platos (II, LIII, pp. 957-958). Al renunciar al gobierno agrega su propia creencia de que son corruptos todos los funcionarios de todo gobierno o quienquiera se dedique a las tareas de gobierno. Según su despedida de la ínsula: «Vuestras mercedes se queden con Dios y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas» (II, LIII, p. 957). Sancho ha rehusado convertirse en Arconte; se ha transformado en un «retraído».

El trauma del fin de su gobierno se complica con la caída accidental de Sancho en las profundidades de unas ruinas cercanas al castillo de los Duques. Es obvio el paralelo con la aventura de don Quijote en la cueva de Montesinos, aunque sin visiones psicóticas. El incidente de la cueva de Montesinos sirve como premonición de lo que espera a don Quijote en la casa de los Duques. A diferencia, para Sancho la caída y el rescate hacen de catarsis espiritual que marca la entrada a un entendimiento realista de la práctica política («Desdichado de mí, y en que han parado mis locuras y fantasías» (II, LV, p. 968). Es tan evidente este sentido que un estudiante testigo del rescate de Sancho comenta: «—De esta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores: como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, a lo que yo creo» (II, LV, p. 972).

Con estos comentarios son dos clases sociales las que denuncian la ética de los encargados de gobierno, un campesino y un estudiante sin duda hidalgo de la servidumbre de los Duques, letrado que en el futuro tendrá alguna autoridad social. Ambos expresan dudas

sobre la posibilidad de sanear la política. Entonces, ¿quién gobernará en el futuro? Esto hace eco aún más nihilista de la conversación con que don Quijote, el cura y el barbero habían iniciado el relato de la Segunda Parte. Allí se decía que la renovación de la república demandaba una catarsis revolucionaria («no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron»). Ni Sancho ni el estudiante muestran esta esperanza.

El estudiante es índice de que en la «casa de placer» se cuestiona el poder de los Duques. Quizás el cuestionamiento provenga de disidentes que atestiguan la degradación del estilo de vida de los nobles y conocen su intimidad. La viuda doña Rodríguez lo hace patente cuando pide ayuda a don Quijote. El hijo de un «labrador rico» había seducido a su hija prometiéndole un matrimonio no cumplido. Innumerables veces la doña Rodríguez había pedido al Duque que hiciera cumplir la promesa, sin conseguirlo. En su frustración había sido descomedida y majadera con el Duque; había sido maltratada y se siente amenazada. Es obvia su desesperación; de otra manera no habría pedido ayuda a un demente, metiéndose a la fuerza en su cuarto, a medianoche, temiendo que los Duques lo supiesen y la castigarán.

La viuda advierte a don Quijote que la magnificencia de la corte de los Duques es una tramoya teatral —«no es todo oro lo que reluce» (II, XLVIII, p. 915). Cuestiona la moral de las doncellas de la Duquesa comparándolas con Altisidora, quien «tiene más presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que recogida, además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado [= maloliente] que no hay que sufrir el estar junto a ella un momento» (*Ibid.*). Peor aún, sugiere que la Duquesa es sifilítica:

¿Ve vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede primero agradecer a Dios y luego a dos fuentes [= úlceras que supuran] que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena» (II, XLVIII, pp. 915-916).

Dicho esto, los temores de la doña Rodríguez se cumplen. Sirvientes de los Duques fuerzan su entrada al cuarto y les dan una larga y dura paliza. Sobre el episodio pesa la analogía del sistema político-económico como cuerpo enfermo. Los espectáculos de esta corte son orgías de promiscuidad sexual y transmisión de enfermedades venéreas.

La doña Rodríguez también revela que el Duque ha prevaricado en hacer justicia a su hija porque «el padre del burlador es tan rico y le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas por momentos [= continuamente], no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo» (II, XLVIII, p. 915). Esta revelación indica que el Duque es miembro de una mafia de negociados dolosos («sus trampas»), a la que también pertenece un capitalista burgués (el «labrador rico»). Parecen ser parte de una red regional, con conexiones en las más altas esferas de gobierno que han privatizado el poder legal para su provecho.

Le existencia de esa mafia regional puede colegirse considerando las distancias entre los diferentes episodios a partir de la salida de don Quijote y Sancho de su aldea y la ínsula Barataria. Estos son los límites geográficos horizontales de esa máquina política. Las distancias corresponden a aproximadamente doce días y medio. No es una gran distancia considerando las dificultades de viajar por los meandros de una zona montañosa y bos-

cosa, en la que Rocinante y el rucio, en general, mantienen un paso tranquilo y en que Sancho viajó desde la casa de los Duques a la gobernación de la ínsula en un carro común. Puede suponerse, por tanto, que Diego Miranda y todo labrador rico y toda autoridad regional pertenecían a la mafia de los Duques y que todos participaron en los latrocinios perpetrados contra los moriscos. Recuérdese que Sancho encuentra a Ricote volviendo a la casa del Duque, ubicada a medio día de viaje de la ínsula. La mafia también incluiría a Camacho «el rico», individuo prepotente por su riqueza, como lo sugiere la figura alegórica del Interés en la danza preparada para celebrar la boda con Quiteria. La boda también muestra la inclinación de Camacho al dispendio suntuario, ostentoso y espectacular. De allí, quizás, la espontánea simpatía de don Quijote y Sancho por Basilio, a pesar del oprobioso engaño que inflige a Camacho para recuperar a Quiteria. Don Quijote lo justifica: «el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el bien deseado [...] Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere» (II, XXI, p. 713). La articulación regional de la mafia queda comprobada cuando don Quijote y Sancho vuelven a su aldea después de Barcelona y se encuentran con Tosilos, quien ahora hace de correo para el Duque: «... yo voy ahora a Barcelona a llevar un pliego de cartas al virrey que le envía mi amo» (II, LXVI, p. 1058).

La espectacularidad del espacio de los nobles llega a su fin con el episodio de la «Arcadia Fingida» que sigue a la partida de don Quijote y Sancho a Barcelona. Un grupo de treinta nobles ricos recién había creado un enclave en una región boscosa para seguir cultivando su estilo de vida y escapar a la violencia social con la ilusión de que «ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía» (II, LVIII, p. 991). Allí vivirían teatralizando églogas pastoriles. El sentido del proyecto es comparado con la estupidez del episodio siguiente, en que don Quijote y Sancho son atropellados por un hato de toros al «despedirse de la Arcadia fingida o contrahecha» (II, LIX, p. 996).

Siete días después se define con precisión el tipo de violencia de que esos nobles querían escapar —la guerra interna que ya largo tiempo se venía desarrollando en España. Al acampar de noche en un bosque, en la oscuridad Sancho descubre que «todos aquellos árboles estaban llenos de pies y piernas humanas» (II, LX, p. 1007). Paradójicamente, don Quijote busca calmar a Sancho refiriéndose a este trauma como si fuera un hecho usual, acostumbrado, rutinario: «No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tienes y no ves sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona» (II, LX, p. 1007). Al amanecer «los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso los rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen, hasta que llegase su capitán», Roque Guinart (*Ibid.*).

Tercera Etapa

Los ahorcados son síntoma del caos político de Cataluña (Lynch). Barcelona era base estratégica de las flotas comerciales, de corso español y de guerra para proteger la costa, las rutas comerciales hacia las Baleares, Sicilia, Cerdeña e Italia y contener las incursiones otomanas y de corsos bereberes. Por las rutas desde Castilla a Barcelona se despachaba el tesoro para financiar la guerra en el Mediterráneo y circulaban las tropas destinadas a las guarniciones italianas. El comercio, la manufactura, el transporte y los aprestos logísticos para las flotas eran monopolizados por burguesías urbanas, especialmente la de Barcelona. Cataluña tenía sólo un gran noble y gran cantidad de hidalgos pobres que no encontraban trabajo administrativo por la baja escala de la economía catalana y la poca productividad agrícola en los macizos montañosos del oeste. Estos hidalgos sobrevivían formando mafias de bandoleros dedicados a la extorsión, al asalto y el despojo de otras mafias. Cataluña se articulaba políticamente con dos polos de poder, uno de ellos, el oligárquico, urbano, de cierta centralización; el otro, el de los hidalgos pobres del interior, disperso y de asociaciones y coaliciones inestables. A través de un virrey castellano, en este campo se insertaba la Corona para extraer financiamiento y soldados para su geopolítica. Las oligarquías defendían a toda costa los fueros constitucionales de Cataluña y sólo invertían en los proyectos imperiales cuando coincidían con sus intereses.

Este caos político acerca la noción gnóstica del mundo degradado al concepto hobbesiano de «condición natural de la humanidad» —la guerra de todos contra todos por el imperativo de defender la vida, no morir de hambre, no ser esclavizado, esclavizar a otros y proteger posesiones, desconfiando de todo y de todos, considerándolos como enemigos posibles o reales. El primer derecho de la humanidad habría sido ejercer la violencia defensiva o agresiva. El temor y las inseguridades también generalizaron la convicción de que era necesario un pacto, un «contrato social», por la que surgió el imperativo de un gobierno monopolizador de la violencia para imponer la disciplina y la paz colectivas. Sin embargo, la regresión al «estado natural» podía darse en cualquiera instancia de violencia generalizada. Este es precisamente el modo de vida del bandolero Roque Guinart:

Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida; aquí amanecían, acullá comían; unas veces huían, sin saber de quién, y otras esperaban, sin saber a quién; dormían en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas [= mechas] de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorrey de Barcelona había echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos o le habían de matar o entregar a la justicia. Vida, por cierto, miserable y enfadosa (II, LXI, p. 1018).

Guinart sirve de portal de entrada al mundo de la burguesía. Escribe una carta de presentación para que don Antonio Moreno, empresario naviero, reciba a don Quijote y Sancho. La relación del bandolero y del empresario es otro de los segmentos narrativos que Cervantes escamotea, pero aun a simple vista el dato apunta a algún oculto laberinto

mafioso que conecta capital mercantil y autoridad real con criminalidad ya que Moreno tiene estrechas relaciones con el virrey, precisamente quien dirige la campaña de exterminio de los bandoleros.

Barcelona es espacio geopolítico intermedio entre la guerra interna y la guerra externa. Como ocurre con toda zona fronteriza en conflictos armados, la autoridad estatal queda limitada por el imperativo de tomar decisiones expeditas. Aquí don Quijote se encuentra con una guerra real que nunca ha experimentado, disolviéndose su identidad de caballero andante y de presunto «Hombre alienado» redencionista. Se encuentra en un medio del todo extraño para él, acostumbrado como está a la pequeñez de las aldeas de la Mancha y a un trato con los nobles en la clausura de sus residencias. Ahora se encuentra en una sociedad urbana, de masas, con muchedumbres que circulan por grandes vías y espacios de congregación pública, enormes instalaciones militares y fortificaciones. Es un encuentro con la Modernidad. Se encuentra, además, junto al mar, versión siniestra de la Sofía gnóstica y portento de un fin fatídico. La población no está en la ciudad para el perfeccionamiento espiritual caballeresco sino para profitar con la guerra entendida como negocio organizado racional y pragmáticamente, negocio relacionado con la criminalidad, la prostitución y las enfermedades de todo puerto comercial y militar. En el puerto por primera vez don Quijote y Sancho contemplan el mar, reviviendo las experiencias gnósticas de la cueva de Montesinos: «Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes; vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habían visto ...» (II, LXI, p. 1019).

La historia de Claudia Jerónima, conocida antes de la llegada a Barcelona, es síntoma de la mentalidad imperante en este territorio. Por error despacha sin más a su prometido de un escopetazo, sugiriéndose que en Cataluña no hay cabida para dolosos y laberínticos melodramas amorosos como los de Cardenio, Luscinda, Fernando y Dorotea. En Barcelona la literatura no sirve para discutir criterios estéticos o si la apreciación de las grandes obras debe darse con su lectura en el original greco-romano o en traducciones. Según dice el impresor visitado por don Quijote, «Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que en él ya soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama» (II, LXII, p. 1033).

El estilo con que esta burguesía exhibe su influencia y mantiene sus conexiones sociales es radicalmente diferente del encierro narcisista de Diego Miranda, de los espectáculos y las orgías de los Duques, de las fantasías pastoriles de la «Arcadia Fingida». En su residencia Antonio Moreno almuerza con sus amigos para discutir sus negocios; su esposa organiza saraos para sus amigas simplemente para conversar, informarse, divertirse y disfrutar alguna broma, sin sentirse crispadas por protocolos de diferenciación jerárquica y el boato ostentoso de los nobles. Antonio Moreno no tiene dudas de que el pago de sobornos es la manera más expedita de facilitar sus negocios y obtener favores del Estado y de la Corte.

Estas actitudes flexibles conviven con la alta racionalidad técnica y militar de sus negocios, como lo muestra la visita a las galeras. Por primera vez en la novela Cervantes debe usar abundantes términos técnicos y militares para describir las naves, su desplazamiento y las maniobras de los tripulantes. Estos actuaban con tal grado de sincronización automática que hacían «todo esto callando, como si no tuvieran voz ni aliento» (II, LXIII, p. 1036). Las naves son impulsadas por esclavos y criminales condenados a servir como ga-

leotes, en un eco irónico del discurso de las armas y las letras de la Primera Parte de *Don Quijote* y de la relación directa que hacía Machiavelli de las fuerzas armadas como reflejo de la condición ética de las sociedades. Ante la escasez de remeros y los altos salarios que llegaron a alcanzar los remeros contratados libremente, desde comienzos del reinado de Felipe II el Estado animó a los jueces a condenar arbitrariamente al mayor número posible de personas a trabajo forzado en las galeras (Pike). De hecho esto significaba una condena a muerte —cumplida la condena no se los liberaba, eran pésimas las condiciones higiénicas en las galeras, la alimentación era escasa e inadecuada para el trabajo, los azotes eran parte del sistema regular de navegación, las cadenas los lesionaban, se debilitaban rápidamente y era común el escorbuto, el beriberi y las infecciones. Los condenados ya llegaban debilitados a cumplir su condena. Su conducción a las bases navales se concedía a contratistas pagados por cabeza entregada. Para aumentar las ganancias ahorraban en alimentación, personal de custodia y transporte, por lo que los prisioneros eran encadenados y forzados a caminar hasta dos meses.

La oligarquía barcelonesa hacía prestidigitación, entonces, con la libre iniciativa personal y empresarial capitalista, el contrato de hombres libres que en cualquier momento podrían convertirse en trabajadores forzados, la esclavitud y el soborno de funcionarios del Estado y la Corona. Es un repertorio de transfiguración del trabajo humano en formas diferentes de explotación y de relaciones que agrega un nuevo sentido a la noción de encantamiento. Sancho comenta: «Estas sí son cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan, y cómo este hombre solo que anda por allí silbando tiene atrevimiento para azotar a tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, o por lo menos el purgatorio» (II, LXIII, p. 1036).

En la *Segunda Etapa* de la novela don Quijote había mantenido la autenticidad de los valores caballerescos que lo obsesionan en la medida en que fuerza a la nobleza y a la autoridad social a considerarlo como espejo de su patrimonio arqueológico y, por tanto, a sentirse motivados a montar espectáculos que responden a su psicosis. En Barcelona los valores burgueses desnudan a don Quijote de cualquier eco de autenticidad. Pero precisamente porque la diseminación y popularidad comercial de la Primera Parte de *Don Quijote* lo hace mercancía deseable, el personaje es útil como espectáculo público y como broma, no como monumento al pasado. Don Quijote ocupa la misma función de la «cabeza encantada» para la diversión y las bromas privadas. El tono de las relaciones en este espacio queda marcado por la primera experiencia pública de don Quijote y Sancho en la ciudad —la ridícula y vergonzosa caída de sus monturas cuando unos muchachos encajan plantas espinosas en el ano del asno y de Rocinante. Allí impera «el malo que todo lo malo ordena» (II, LXI, p. 1020).

Entre los escarnios sufridos por don Quijote sobresale que, en su megalomanía, llega a creer que el abanderamiento de las naves en el puerto, los disparos de las galeras, de la artillería del amurallamiento y de los fuertes de la ciudad, los desfiles de bandas, las maniobras de caballería vistosamente adornada y las muchedumbres que se divierten en las calles son un homenaje especial que se le ofrece como «espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante» (II, LXI, p. 1019). En realidad, al llegar don Quijote y Sancho a Barcelona, la ciudad celebraba el festival de San Juan. Pero de mayor simbolismo es que, al hospedarse en casa de Antonio Moreno, su huésped «[l]o primero que hizo

fue desarmar a don Quijote y sacarlo a vistas [...] a un balcón que salía a una calle de las más principales de la ciudad, a vista de las gentes y de los muchachos que como a mona le miraban» (II, LXI, p. 1021). Más tarde, cuando don Quijote es exhibido por las calles, se lo obliga a abandonar a Rocinante para montar una mula, «sobre un gran macho de paso llano y muy bien aderezado» (II, LXII, p. 1024). Sin que lo sepa, en la espalda le han colgado un pergamino que dice «Este es don Quijote de la Mancha» y «admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían» (*Ibid.*). Don Quijote ha llegado al pináculo de la fama como demente, no como justiciero.

La oligarquía burguesa ha transfigurado al caballero andante en un falso monumento exaltado burlescamente por don Antonio Moreno porque «la virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare» (II, LXII, p. 1025). La falsía es agravada porque el mismo don Quijote cree las lisonjas. Pero así como Sancho, campesino, se ha mostrado escéptico ante la espectacularidad de los nobles, un individuo anónimo de la muchedumbre increpa a don Quijote desde la perspectiva de la privacidad burguesa, condenando la pérdida de tiempo en un espectáculo público ridículo: «Tú eres loco, y si lo fueras a solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal, pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos a cuantos te tratan y comunican; si no mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, a tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate de estas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento» (*Ibid.*).

Ya despojado de su máscara caballeresca, don Quijote sigue siendo movilizadado como tramoya teatral sin que su disponibilidad para la aventura justiciera tenga sentido. Queda reducido a mero espectador de sucesos notables como la historia de Ana Félix.

Se trata de una variación del tema del amor y la belleza que superan enemistades políticas y religiosas ya presentado en la *Historia del Cautivo* en la Primera Parte. Sin embargo, los valores burgueses de Barcelona le dan un vuelco radicalmente diferente. Se repite la arbitrariedad farsesca con que Cervantes reúne a los personajes y otra vez intenta llevar al lector a una lectura facilona y equivocada para que concentre la atención en los destinos de Ana Félix y Gaspar Gregorio cuando, en realidad, el personaje central es Ricote.

Dos otomanos del bergantín bereber capitaneado por Ana Félix habían matado a dos tripulantes de la galera capitana de Barcelona que lo perseguía. Luego de capturar el bergantín, el comandante ordena ahorcar a todos los tripulantes. Antes de que esto ocurra, Ana se identifica como morisca cristiana y narra los sucesos que exigieron su retorno a España. En términos prácticos, la narración es una dilación injustificada de la ejecución sumaria de prisioneros que han violado los usos de la guerra en la época, pero da tiempo para que el virrey y la comitiva que lo acompaña intervengan. Conmovido por la historia y la belleza de Ana Félix, el virrey le conmuta la pena de muerte. Un «anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virrey» (II, LXIII, p. 1042) resulta ser Ricote, el amigo de Sancho, padre de Ana Félix. Ricote ya había recuperado el capital que enterrara en el momento de la expulsión de España —«muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados [= moneda portuguesa de oro] y doblones de oro» (II, LXIII, p. 1040).

En su encuentro anterior con Sancho Ricote había sido caracterizado como tendero que justificaba la expulsión de los moriscos: «... que me parece que fue inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos, pero éramos tan

pocos, que no se podían oponer a los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de la casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar» (II, LIV, p. 963).

De aquí surgen dos cuestiones: ¿cómo es que un simple tendero, en una aldea perdida en la Mancha como la de don Quijote y Sancho, pueda haber acumulado una gran fortuna en perlas, piedras preciosas y oro? Desde la perspectiva actual, tan preocupada de los Derechos Humanos, ¿no es demasiado fácil condenar la expulsión de los moriscos de España como grave discriminación racial/étnica y, quizás, de genocidio? De hecho, los moriscos fueron una quintacolumna que, por sus contactos otomanos y bereberes fueron un peligro para la seguridad de España.

Un tendero es una «persona que vende por menor», es un comerciante de capital pequeño. La enorme fortuna de Ricote más bien podría corresponder a la de un prestamista de alguna notoriedad. En el contexto de la época esto significa que Ricote pertenecía a una mafia articulada con la autoridad estatal/nobiliaria de la región, seguramente la mafia del Duque, de Antonio Moreno y de la oligarquía barcelonesa. Llama la atención que Ricote llega a la galera capitana acompañando al virrey. En otro segmento narrativo escamoteado, Ricote ya había desenterrado su tesoro, entrado en Barcelona y había vivido allí varios días. ¿No se había dicho que un morisco retornado secretamente corría riesgo de muerte? Podría pensarse que, en realidad, a Ricote lo protegía la anonimidad. Pero, ¿por qué está en la comitiva del virrey en la visita a la galera capitana? En toda marina de guerra el acceso a una nave es cuidadosamente restringido por razones de seguridad. Extrañamente, en el momento en que Ricote se identifica como padre de Ana Félix y revela tener en su poder la fortuna desenterrada ninguna de las autoridades presentes se asombra, lo cuestiona y lo arresta para despojarlo y ajusticiarlo por su retorno ilegal o por ser enemigo infiltrado. Nadie cuestiona su capacidad de financiar con dos mil escudos de oro la expedición a Argel del cristiano renegado para rescatar a Gaspar Gregorio. Más aún, nadie duda que aun sería capaz de pagar un cuantioso rescate al rey de Argel para liberarlo. La fortuna de Ricote parece ser enorme y conocida en los altos círculos económico-políticos barceloneses. La fama de la hermosura de su hija y de su fortuna son conocidos aun en Argel. Tal fortuna sólo puede haberse acumulado haciendo de prestamista de personas de importancia, de gran confianza y administrando capitales legales o ilegales que se le confiaran. ¿Cómo se origina el capital inicial? Para insertarse en esos círculos sociales este capital no podía sino ser cuantioso. ¿Provino de fondos secretos infiltrados en España por los otomanos? Considérese que, a pesar de la guerra permanente en Europa y el Mediterráneo, durante los siglos XVI y XVII, aun los enemigos más acérrimos comerciaban entre sí y facilitaban la circulación de capitales.

No sorprende, entonces, que, terminado el episodio, Ana Félix y Ricote sean acogidos en casa de don Antonio Miranda y que éste se comprometa espontáneamente a negociar en la Corte con algún funcionario, sobornándolo para asegurar su estada permanente en España. Parece obvio que una diligencia como ésta — que arriesga la reputación de un gran empresario — no se hace en favor de un desconocido anónimo sino por alguien con quien se tienen relaciones de larga data e importancia: «Don Antonio se ofreció venir a la corte a negociarlo, donde había de venir forzosamente a otros negocios, dando a entender

que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban [= se consiguen]» (II, LXV, p. 1052). Más adelante Ricote se aloja en casa del virrey.

Ricote parece haber estado integrado a una mafia con relaciones internacionales. Publicado el decreto final de expulsión, a los moriscos se les dio un plazo para exiliarse voluntariamente antes de que la autoridad procediera a erradicarlos. Ricote usa ese período de gracia para enterrar su fortuna y luego hacer una gira por Francia, Italia y Alemania para escoger un lugar de residencia permanente y trasladar a su familia. No pudo haber viajado con gran cantidad de dinero. Puede suponerse que la amplitud de esta agenda sólo era posible con cartas de crédito validadas por el circuito mafioso a que pertenecía.

Esto llama la atención sobre el cristianismo de Ricote. Declara que en su comunidad morisca «algunos había cristianos firmes y verdaderos, pero eran tan pocos, que no se podían oponer a los que no lo eran» (II, LIV, p. 963) y que sabía de las conspiraciones protomanas, «los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían» (*Ibid.*) y las condenaba: «Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar» (*Ibid.*). En su historia Ana Félix indica que en su hogar se habían abandonado las costumbres y el idioma árabe: «criéme con buenas costumbres, ni en la lengua ni en ellas jamás, a mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y paso de estas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura ...» (II, LXIII, p. 1040). Describe a su padre como hombre «discreto», es decir, sensato para formar juicio y tacto para hablar y obrar. Al referirse a su propio catolicismo, Ricote confiesa que «aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer como le tengo de servir» (II, LIV, p. 965).

Ser «discreto» y parecer cristiano, por tanto, implicaba que Ricote cuidaba su imagen pública modulándola para que la fama de su fortuna no fuera más allá de los grandes círculos, a quienes convenía mantener en reserva el origen de los préstamos y continuar sus transacciones sin disturbios. Para campesinos como Sancho, Ricote era simplemente un «tendero». Parece obvio que el tendero/prestamista tendría que proteger la posibilidad de un matrimonio entre Francisca y Gaspar Gregorio y emparentar a su familia con una familia de caballeros notables.

Si su fortuna daba a Ricote algún grado de influencia social, ¿cómo se explica la expulsión de su esposa y de su hija mientras viajaba por Francia, Alemania e Italia? Puede que autoridades locales hubieran decidido apoderarse de su fortuna; que intervinieron deudores decididos a borrar sus deudas expulsándolo; que mafias rivales deseaban eliminar su competencia y apoderarse de su mercado y de su capital; que sus muchos enemigos moriscos quisieron asegurarse de que a Ricote no lo protegerían sus relaciones económicas.

En este medio burgués ningún aporte caballeresco de don Quijote puede tener asidero. Se rechaza su ofrecimiento de ir a Argel al rescate de Gaspar Gregorio, así como ya antes había fracasado en el intento de rescatar a Roque Guinart de su «estado natural» haciéndolo discípulo de sus preceptos caballerescos. Para Ricote y las autoridades el rescate de Gaspar Gregorio no es cuestión de coraje y valores éticos sino de invertir capital en la expedición del cristiano renegado o pagar rescate al rey de Argel. El potencial justiciero de don Quijote y su redencionismo gnóstico se han agotado definitivamente. Se acerca el fin de sus aventuras.

El agotamiento de don Quijote tiene relación directa con la claudicación ética a que lo llevó su megalomanía —aceptar y creer que las pompas del festival de San Juan habían sido montadas para homenajearlo. En términos gnósticos, en don Quijote finalmente han predominado los valores del mundo fallido. Ha fracasado como «Hombre alienado» redentor.

No es coincidencia, entonces, que, terminado el episodio de Ana Félix, don Quijote se encuentre en la playa con el Caballero de la Blanca Luna y sea fácilmente derrotado. Se compromete a volver a su aldea y permanecer allí por un año. En el simbolismo gnóstico, la luna, en su máximo resplandor, es la última esfera sideral de los Arcontes para mantener el mundo como prisión e impedir la unión con el dios verdadero. Con su influencia sobre las mareas, la luna está asociada con el aspecto siniestro de Sofía, el principio materno que sostiene un mundo maligno: «Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse: parecía que todo aquel suceso pasaba en sueños y que toda aquella máquina [= artificio] era cosa de encantamiento» (II, LXV, 1048).

Los episodios del retorno a la aldea ya no tienen la vitalidad dramática de la *Primera y Segunda Etapas*. Son triviales y repetitivos, con parlamentos largos y tediosos de don Quijote que ya no revelan el modo de ser de nuevos espacios sociales, no cuestionan como antes las identidades de don Quijote y de Sancho ni revelan nuevas aristas de su carácter, excepto que el caballero entra en un nuevo ciclo depresivo que sufrirá hasta su muerte —el encuentro con Tosilos, ahora correo del Duque; Sancho otra vez exhibe su sabiduría con su dictamen en un pleito irrelevante, la competición entre el gordo y el flaco; la insistencia de don Quijote en proyectos pastoriles que lo entraparían en la «naturaleza húmeda», proyecto ridiculizado con el atropello de la piara de cerdos así como el episodio de la «Arcadia Fingida» fuera rematado con el atropello de los toros; la majadería de los Duques al montar la fingida muerte y resucitación de Altisidora, episodio desagradable aun para la misma mujer; la aparición de Alvaro Tarpe para insistir en la falsía de la versión de Avellaneda; la reposición del proyecto pastoril con el cura, maese Nicolás y Sansón Carrasco.

Sólo la muerte de don Quijote agrega originalidad, aunque no en cuanto a ampliar el entendimiento de la ficción narrada. A última hora se introduce un misterio final —como Diego Miranda y los Duques, don Quijote resulta ser una esfinge ignota, a pesar de los cientos de páginas que hemos leído. A pesar de su centralidad en la estructura de la novela, el perfil psicosocial de don Quijote es notoriamente vago, desdibujado. Estimo imprescindible precisar este perfil para concluir esta lectura de *Don Quijote* de acuerdo con los términos que la han presidido.

Como Grisóstomo, Dorotea y su familia y Camacho, don Quijote pertenece al pequeño sector castellano de agricultores medianos que prosperaron entre 1575 y 1625 con la escasez de alimentos en España, la inflación de precios por la entrada del tesoro americano y el aumento de los recaudos por la renta de tierras (Lynch, vol. 2). Las ganancias llevaron a muchos de estos agricultores a escalar socialmente comprando títulos de caballeros. En sus fantasías don Quijote había decidido llamarse *don*, apelativo al que no tenía derecho. El deseo de ganancias aún mayores llevaba a estos agricultores a endeudarse a altísimo interés, hipotecando sus tierras, quizás perdiéndolas en caso de malas cosechas, de la momentánea caída de precios o del daño a los sembradíos por la libre circulación de las ovejas de la Mesta. A diferencia de los mayorazgos que impedían la división de los latifundios de la gran nobleza y la propiedad de manos muertas de la Iglesia Católica, los

predios de estos agricultores medianos fueron entregados a la especulación del mercado. Esto agrega validez a hipótesis de Ricote como prestamista.

Don Quijote era vecino en una zona productora de trigo, el alimento fundamental de Castilla que en las primeras décadas del siglo XVII había alcanzado altísimos precios. Dado que vendió varias hectáreas para la compra de libros de caballería, puede suponerse que su predio no era pequeño. En su testamento dejó una herencia a su sobrina como para que viviera el resto de su vida y se casara, pagó salarios adeudados a su ama de llaves, pagó salarios y una propina a Sancho y destinó fondos a la Iglesia para pagar mandas que la narración no menciona. La compra de los libros indica que don Quijote no tenía conciencia empresarial para aumentar la productividad de sus tierras e invertir eficientemente. La voz narradora indica que los «ratos que estaba ocioso [...] eran los más del año» (I, I, p. 28). Al quemar los libros acumulados por el psicótico, sus amigos el cura y el barbero tampoco sopesan el capital invertido; pudieron haberlos vendido.

De mayor relevancia es que Cervantes escamotea gran parte de la historia de la demencia de don Quijote. En este sentido Cervantes hace de don Quijote un constructo extraordinariamente abstracto. A tono con las arbitrariedades farsescas de la novela crea la impresión de que su locura ha comenzado muy poco antes de su primera salida; ha enloquecido tratando de entender la verborrea de los libros de caballería; abruptamente supera su psicosis a poco de volver a su aldea después del maltrato físico sufrido en Barcelona.

La psiquiatría actual indica que la psicosis está relacionada con intensas depresiones crónicas que en algún momento gatillan episodios alucinatorios (*DSM-IV*), frecuentemente con síntomas maníaco-depresivos. A pesar de que hay tratamientos con drogas psicotrópicas, de modificación cognoscitiva y de comportamiento para paliar sus efectos, la psicosis es incurable (Grech; Suen). El primer episodio psicótico ocurre en las etapas tempranas de la depresión crónica y se repiten intermitentemente de allí en adelante. Es atípico que la psicosis se inicie en ancianos. Es frecuente que, una vez que los tratamientos controlan algunos efectos de la psicosis, muchos enfermos se suiciden al tomar conciencia de la miseria mental que han estado viviendo.

No es cuestión de que en los siglos XVI y XVII debiera haber existido un entendimiento de la psicosis similar al actual. No obstante, el contraste hace aparentes hechos de importancia para el entendimiento psicosocial de don Quijote. Evidentemente Alonso Quijano padecía de depresión crónica. Era conocido y respetado como propietario que personalmente no dirigía la explotación de sus tierras. Sin duda era terrateniente rentista. No obstante, el relato no indica las inevitables relaciones y tratos con los labradores que habrían arrendado sus tierras. Pedro Alonso, el labrador que lo encuentra postrado en el camino luego de la paliza que sufriera en la aventura con los mercaderes (I, V) poco sabe de su vecino. Tampoco Sancho Panza parece haber tenido una relación cercana con Quijana aunque sin duda éste tenía alguna influencia sobre él como para convencerlo de que lo acompañara en su tercera salida. En su juventud Quijana se interesó por una campesina llamada Aldonza Lorenzo pero nunca lo concretó. Murió soltero y sin prole. Esto es significativo en este estamento social que, como la gran nobleza, buscaba la concentración familiar de sus propiedades consiguiendo el derecho a mayorazgo. Esto debió haber impelido a Quijana a conseguir un matrimonio con una mujer de jerarquía social similar o superior. Como se acostumbraba en la época, los favores sexuales de Aldonza los

habría podido conseguir lateralmente con su prestigio de terrateniente y alguna generosidad económica con la mujer y su familia. Quijana fue un ente solitario, tímido, taciturno, inseguro de su valía, de pocos apetitos, escaso de energía, excepto en períodos mánicos.

La psicosis de Quijana es atípica. Si se entiende que la sobrina informa al cura y al barbero que el comienzo de su psicosis se dio poco antes o después de la primera salida, su veracidad es dudosa: «Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado» (I, v, p. 59). La crisis de Quijana tuvo que haberse manifestado mucho antes ya que la venta de tierras para armar la biblioteca y el encargo de libros de caballería sin duda tomó un tiempo. Lo informado por la sobrina más bien parece referirse a uno de los episodios mánicos de mayor intensidad y violencia, Por lo menos puede decirse que los tapujos de la sobrina y del ama de llaves para informar de la creciente demencia de Quijana fueron un tabú —frecuente en estos casos— para proteger su reputación e impedir que se lo internara en un manicomio. Sin duda esto las obligó a controlar cada vez más estrictamente las salidas de su casa, aumentando con ello la soledad, timidez y taciturnia de Quijana.

Esta situación atrae atención especial sobre el cura, gran amigo de don Quijote. En los usos de una aldea pequeña, de una zona agrícola, estas amistades entre un terrateniente y un sacerdote —consideradas como autoridades locales junto con los jueces y los jefes de policía— se cimentaban sobre mutuas visitas a los hogares y agasajos de comida y alcohol. Ya que era católico, Quijano además se confesaría con su amigo, el único cura de la aldea. Cabe preguntarse, entonces, por qué no hay señales de que ni el cura ni el barbero (a la vez cirujano) se hayan preocupado de la prolongada y profunda melancolía de Quijana, de su deterioro físico, y que no hayan percibido su creciente obsesión y agitación con la temática de la caballería andante. En esa época las psicosis eran consideradas posesiones demoníacas y a los pacientes —si se les prestaba atención por su alcurnia— se los sometía a un exorcismo. Si eran un peligro público, desde el siglo XV se los recluía en un manicomio. Fuera de quemar sus libros y de haber tapiado la biblioteca de Quijano no hay registro en la narración de que se haya intentado una cura o una reclusión. Si nos atenemos a la hipótesis de que la novela fue construida sobre una matriz gnóstica, esta negligencia no sorprende puesto que el cura es una autoridad espiritual del imperio, un Arconte interesado en preservar la naturaleza demoníaca de su mundo.

La ideología caballeresca es esencial en este mundo demoníaco en cuanto simultánea y ambigualmente es residuo arqueológico de las glorias que constituyeron a España con la Reconquista; ícono del esplendor con que la dinastía de los Habsburgo se establece y proyecta su imagen en España; soporte simbólico del virulento catolicismo español; índice de la ruina y decadencia de España por la inepta conducción de la gran estrategia imperial; síntoma de la corrupción y decadencia del régimen monárquico y de las jerarquías superiores de la nobleza. Don Quijote plasma las reacciones centrípetas y centrífugas de este tumulto ideológico. Aparece como opción de restaurar los aspectos justicieros y populistas del ideal caballeresco, nostalgia por una grandeza y una reputación internacional irremediablemente perdidas. Es una opción imposible por la conciencia clara y generalizada de la degradación espiritual y material de España. De allí que, ante don Quijote, testimonio corporalizado de la profunda crisis española, todos los personajes de alguna autoridad, liderato o alcurnia social simultáneamente gocen de la presencia y significado

del psicótico, quieran participar en su fama y lo agredan encarnizadamente. La fricción intelectual y emocional de los dramas existenciales aglutinados en ese tumulto ideológico queda deflectada y silenciada cuando las autoridades arcónticas transforman en espectáculos circenses sus contactos con don Quijote y Sancho.

La estructura básica de la novela es extraordinariamente simple = 1) transfiguración de Alonso Quijano en don Quijote + 2) viaje pseudo heroico de don Quijote con Sancho Panza + 3) derrota de don Quijote + 4) retorno a la aldea de origen, recuperación de la sanidad mental y muerte de don Quijote. La complejidad de la novela surge de que Cervantes instaló esta estructura en un marco esotérico de mitología gnóstica que le permitió arbitrariedades semióticas de convergencias, aglutinaciones, inconsistencias, transfiguraciones, hermetismos, escamoteos de segmentos de la narración, disoluciones y desintegraciones del sentido y significación de tiempos, espacios y acciones (Martínez Bonati). Una matriz gnóstica era óptima para sintetizar una dinámica de alegoría, parábola, parodia, sátira y farsa. Si se acepta este planteamiento, no queda otra opción que clasificar *Don Quijote* como obra esotérica dirigida especialmente a lectores iniciados en los misterios gnósticos difundidos entre la intelectualidad europea en medio de la desestabilización del trinomio monarquía —imperio— Iglesia Católica.

Monumentalidad universal de *Don Quijote*

En la geopolítica imperial europea la competición por delimitar esferas de influencia económica, política y militar también se dio en la lucha por prestigiar las lenguas metropolitanas e instalar obras literarias como monumentos en panteones del «espíritu de la nación», de la «cultura Occidental», de la «literatura universal» (Casanova). Además de la popularidad que una obra pudiera tener entre círculos intelectuales y en el mercado, desde el siglo XVIII en adelante comienzan a intervenir en ese prestigiamiento instituciones estatales como la Real Academia de la Lengua Española que se encargan de fijar normas gramaticales, léxicas y fijar y difundir los textos de las obras literarias más renombradas (Rojo). La novela de Cervantes es el monumento que España ha «consagrado» en la «literatura universal». El idioma castellano fue convertido en «la lengua de Cervantes». Es un prestigio paradójico en cuanto *Don Quijote* es testimonio de la desintegración de España y de su imperio que culmina en 1898, con una consiguiente inestabilidad político-institucional solucionada cruentamente con la guerra civil terminada en 1939.

Los estudios de historia de las ideas y los estudios formalistas de *Don Quijote* han aportado clarificaciones sobre el trasfondo intelectual, la estructura del texto y su importancia en la fundación de la historia de la novela moderna. Pero sin duda los temas más adecuados para los trabajos de «consagración» han sido cuestiones existenciales. Entre los estudios más conocidos se encuentran temáticas como las manifestaciones discursivas de la emergente Modernidad en la novela; el surgimiento del individuo como agencia histórica; la soledad metafísica del ser humano; el valor de la voluntad en la construcción del destino; la metamorfosis de la personalidad en el tiempo; la gravitación de los lastres del pasado sobre la libertad humana; la imaginación como elemento de superación de condicionamientos sociales; el modo en que la literatura puede servir como modelo de vida

superior. Estos estudios han convertido a don Quijote en una especie de arquetipo psíquico jungiano de la especie humana, al que se le hace imputaciones tales como «la identidad esencial del hombre en el tiempo»; «autenticidad humana»; «el gran relativismo de la verdad humana»; «el eterno humano»; «alegoría de la naturaleza humana»; «imagen del alma»; «el eterno humano»; «la sustancia del hombre»; «estructuras del alma»; «vocación de eternidad»; «una experiencia desprendida e incondicionada»; «un nuevo Adán»; «historia de la espiritualidad española».

La lectura de *Don Quijote* que he propuesto se origina en la academia de Estados Unidos. Por esto, para perfilar su sentido conviene revisar en sus líneas generales los debates recientes sobre la situación de los estudios de literatura española en este país (Faber; Cascardi; Resina; Blanco; Zahareas; Beverley; Spadaccini; Moraña; Epps y Fernández Cifuentes).

Estos estudios tomaron impulso en la década de 1940 con la llegada de profesores españoles exiliados después de la guerra civil. Eran intelectuales políticamente moderados, liberales y socialdemócratas, antifranquistas. Asumieron cátedras en universidades y colegios de prestigio en la costa este de Estados Unidos —Angel del Río, Joaquín Casalduero, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Francisco García Lorca, Américo Castro, José F. Montesinos, Federico de Onís. Se insertaron en un ambiente académico en que las Humanidades prestigiaban exclusivamente las culturas inglesa, francesa, alemana e italiana. Peor aún, la cultura española del Siglo de Oro era considerada como rémora reaccionaria al avance de la Modernidad.

En un gesto nacionalista, los exiliados se rebelaron contra ese demérito declarándose reivindicadores de la cultura española. En una época en que predominaba la estilística romántica concibieron la literatura española como paradigma óptimo de la «literariedad» en la lengua española. Contrastaron la espiritualidad judía, católica e islámica de sus orígenes con el humanismo estadounidense que se mide con el éxito económico y el consumismo exacerbado. Las temáticas existenciales de que echaron mano fueron de gran abstracción, «universales», por cuanto eran desconectas de la evolución de la infraestructura histórica española. Su crítica literaria evitó lo político, aun en lo referente al franquismo por el que se habían exiliado. Paradójicamente, en ese «universalismo» nacionalista coincidieron con la retórica franquista que usó la añoranza imperial del Siglo de Oro para legitimarse.

A partir de la década de 1960 estos intelectuales se vieron enfrentados a los sucesos más conmovedores de la cultura estadounidense —el Movimiento de Derechos Civiles; la oposición a la guerra en Vietnam; la conmoción causada por la intervención de Estados Unidos para gestar y apoyar las dictaduras de la Doctrina de la Seguridad Nacional en Latinoamérica; el genocidio indígena en Guatemala; la Revolución Nicaragüense; la guerra civil en el Salvador. Estos sucesos radicalizaron a sectores importantes de la academia estadounidense que politizaron su trabajo intelectual y dedicaron gran tiempo al activismo político. A raíz de esto se institucionalizaron académicamente los estudios de la mujer, de las minorías étnicas y de la homosexualidad.

El apoliticismo predominante en los estudios de literatura española hizo difícil una respuesta intelectual ante esa efervescencia social. En el contexto ideológico de la Guerra Fría fue notorio que la literatura española atraía a estudiantes conservadores y católicos conservadores que consideraban todo nexo crítico entre literatura y sociedad como un ejercicio indebido. Continuaron, además, con la ficción de que la cultura de España está

representada por la literatura escrita en castellano, eludiendo las problemáticas de la convivencia de comunidades de lenguas y tradiciones culturales diferentes. En este ambiente, mientras crecía el interés por la literatura latinoamericana y el estudio de corte sociológico de problemas culturales latinoamericanos no literarios, decrecía el interés por la literatura española. Esta situación ha traído continuos cambios en los programas y departamentos de español y fricciones entre la facultad; esto ha sido descrito como una «lucha por el prestigio» académico, en que se advierten, reconocen y discuten resabios del antiguo imperalismo de España. Esta polémica se da especialmente en la nueva área de estudios recién creada, los «estudios transatlánticos», que intenta enfocar como unidad los efectos mutuos del intercambio cultural España/Portugal-América-España/Portugal. En este foco ha predominado el interés por la época colonial. No faltan suspicacias en cuanto a que estos «estudios transatlánticos» son, en realidad, una maniobra de salvataje de los estudios de literatura española. No obstante, pragmáticamente, de cara a las realidades del «mercado estudiantil», se han dado notorios casos de desmantelamiento del componente español en los programas de algunas universidades y el abandono de la investigación y la enseñanza de esta literatura por renombrados profesores que han preferido reubicarse como latinoamericanistas dada la mayor amplitud temática que permite este campo.

La noción de «monumentos de la cultura Occidental» ha pervivido en los estudios literarios del Siglo de Oro, el campo de mayor prestigio actual en Estados Unidos. En este campo se perciben dos actitudes. Por una parte, se otorga sin más a las obras del período la categoría de monumentos universales que, por tanto, no necesitan una contextualización histórica específica. Por otra, se practica un historicismo compensatorio, fuertemente filosófico, que busca situar la literatura del Siglo de Oro en la problemática del desarrollo de la Modernidad.

La lectura de *Don Quijote* que propongo reconoce *prima facie* la «monumentalidad» y la «universalidad» de la novela. Es imposible desconocer el enorme capital gastado por el Estado español, las instituciones académicas y los intelectuales en todo el mundo para «consagrar» la novela en la «literatura universal». No obstante, dado que los fundamentos de mi hermenéutica se fundamentan en los Derechos Humanos —la última utopía superviviente de la Modernidad— es diferente mi entendimiento de los términos «monumento» y «universal».

En cuanto al término «universalidad», el Derecho Internacional de Derechos Humanos afirma la existencia de la historia común de la especie humana en los trabajos de concebirse a sí misma como entidad constructora de cultura. De allí que sus preceptos legales sean aplicables *erga omnes*, a todo ser humano y comunidad humana, en todo lugar y época, sin distinciones, puesto que se originan en la esencia demostrada por la especie en su busca de normas que habiliten la convivencia. Son principios considerados *jus cogens*, principios absolutos, perentorios y obligatorios sin los cuales no pueden fundamentarse normas que rijan el trato dentro y entre las civilizaciones. Son principios transhistóricos para evaluar y juzgar ética, política y legalmente las acciones de individuos, corporaciones, gobiernos y Estados. Tienen precedencia sobre el orden legal de cada nación. Fundamental en el Derecho Internacional de Derechos Humanos en tiempos de paz y conflicto armado es el artículo 3 de la Declaración Universal de Derechos Humanos: «Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y la seguridad de su persona».

Obviamente se dan fricciones entre el Derecho Internacional de Derechos Humanos y los intereses de las naciones según las hegemonías que imperen en ellas y el ordenamiento legal que generan. Las violaciones de los Derechos Humanos se dan dentro de los territorios nacionales en cuanto allí se localizan los conflictos sociales e internacionales en sus diferentes grados de intensidad. Por ello los Estados nacionales exhiben un aspecto bifronte. Por una parte puede que apliquen una fuerza desmedida e ilegal para la conservación del orden social, violando Derechos Humanos. Pero a la vez son los Estados nacionales los responsables, en primera instancia, ante la comunidad internacional, de implementar y cumplir con las garantías del Derecho Internacional. Preocupadas de que las violaciones de Derechos Humanos graves y masivas puedan desestabilizar el orden internacional, las naciones tienen el derecho de intervención sancionada por las Naciones Unidas.

No pueden perderse de vista los procesos de monumentalización conmemorativa que ocurren después grandes conflictos armados. *Don Quijote* es un monumento que resultó de la gran crisis imperial española.

Todo discurso, artefacto, lugar, persona, efeméride o suceso histórico designado como monumento de una nación o civilización resulta de transacciones políticas fraguadas durante largo tiempo como un contrapunto entre mala conciencia y tabú. Luego de cruentos conflictos sociales, en que se han agotado vidas y recursos materiales, las poblaciones deben reconciliarse para convivir en paz en el territorio nacional, bajo las instituciones, leyes y autoridades del Estado. A nadie conviene que la muerte y la destrucción se prolonguen indefinidamente. En las primeras etapas de la reconciliación su significado es muy modesto —basta que vencedores y vencidos se allanen a renegociar sus relaciones con calma y orden. Para asegurar este orden, los vencedores proclaman un indefinido período de emergencia, aplicando una violencia selectiva y más o menos sigilosa para eliminar o neutralizar a posibles dirigencias y activistas de una oposición díscola, a la vez demostrando que están preparados a practicar un terrorismo de Estado sistemático para pacificar a las masas. En esta primera etapa la reconciliación se reduce a las negociaciones entre las cúpulas políticas. Los vencidos se ven forzados a atemperar las reivindicaciones que originalmente llevaron al conflicto o quizás eliminarlas de su discurso público. La disidencia intransigente se exilia, se hace subterránea, clandestina, a primera vista imperceptible. Con las nuevas generaciones los términos del conflicto pasado gradualmente se desdibujan o en gran medida se olvidan, para reaparecer esporádica y débilmente según las coyunturas políticas más importantes. Jean-Paul Sartre llamó «mala conciencia» este tipo de olvido voluntario y consciente, indispensable para mantener relaciones inevitables, necesarias, indispensables y convenientes. Los aparatos ideológicos, educacionales y religiosos del Estado contribuyen a la mala conciencia diseminando versiones oficiales de las «narrativas de identidad nacional», orientándolas a la conveniencia de los vencedores para reconstruir la unidad del «nosotros» histórico y asegurar la lealtad de la población. Esta argamasa ideológica siempre toma un perfil nacionalista. Las generaciones que olvidan afianzan la reconciliación *emocional*, expresándose colectivamente el imperativo de dejar atrás el pasado y construir el futuro. Ante el resurgimiento intermitente de la memoria silenciada, la autoridad política, especialmente la religiosa, lanza anatemas contra quienes agitan cuestiones «ya superadas», acusándolos de disociadores que atentan contra la integridad y la supervivencia de la nación. De hecho, entonces, la proclamación de tabúes

es indispensable para la estabilidad institucional de una nación. No obstante, llega un futuro en que todos los sectores sociales examinan lo silenciado con calma y honestidad.

Con conceptos diferentes, décadas atrás José Antonio Maravall (1972) llamó la atención sobre la mala conciencia y los tabúes impuestos por el franquismo a la investigación historiográfica de la gran crisis del Siglo de Oro, aun en «escritores de muy diferente y aun de opuesta significación»:

La utilización de la historia a efectos de contención de los movimientos renovadores de la sociedad, esto es, como inmovilizador paradigma cuyo acatamiento se impone sobre toda pretensión de cambios, viene a ser resultado, generalmente, de una actitud paralela a la de una profunda desconsideración de la historia [...] Hacer historia, según ello, es apuntalar tópicos que, a través de diferentes canales de socialización de las creencias, se impongan sobre las masas y afiancen el juego de intereses, el sistema de estratos, el régimen de distribución del poder, en el ámbito social» (p. 5).

Maravall se refería a que, durante la dictadura franquista, la historiografía española mostraba a las monarquías de Carlos V y Felipe II como época de la grandeza española, fundándose en una ficticia unidad política de apoyo a la misión imperial, ignorándose la existencia de una oposición que llamaba la atención sobre la crisis nacional y sus terribles consecuencias humanas, explicándolas objetivamente con la desastrosa política económica y militar de los Habsburgo. Los juicios de Maravall pueden aplicarse a la crítica literaria dedicada a *Don Quijote*.

Desde una perspectiva de Derechos Humanos puede decirse que tanto la orientación que dieron los exiliados a los estudios del Siglo de Oro como la de Maravall respondió a la estrechez del horizonte temático de todo nacionalismo. El universalismo espiritualista gestado por los exiliados españoles en Estados Unidos fue, en realidad, una compensación por el menosprecio de la cultura española en un momento en que, por vez primera, debían instalar la literatura española en el horizonte más amplio de la literatura comparada. Un importante discípulo de esa generación, entrenado en filosofía y literatura comparada, me indicó que era limitada la experiencia de sus maestros en la historia intelectual más allá de las fronteras de España.

Los estudiantes formados en Estados Unidos quedaron instalados en el análisis formalista y en el universalismo existencial promovido por sus maestros sin profundizar en el materialismo de la historia española subyacente. Más tarde, la influencia de la historiografía sociológica de José Antonio Maravall ampliaría ese horizonte, compartiendo, sin embargo, el marco nacionalista de los exiliados.

En resumen, las reconciliaciones nacionalistas inevitablemente se cimentan sobre ese contrapunto entre mala conciencia y tabú. La monumentalización de Cervantes y de *Don Quijote* no es diferente. La lectura que propongo intenta despejar estos elementos desde la universalidad de los Derechos Humanos, enjuiciando la institucionalidad española de la época como aparato generador de masivas y graves violaciones de los Derechos Civiles, Políticos, Económicos, Sociales, Culturales y de Conflicto Armado. Cervantes es contemporáneo nuestro en la medida en que compartió este horizonte hermenéutico e hizo de su poética testimonio de la inhumanidad que presenció, compartió y encarnó personalmente.

Compartimos con Cervantes la globalización del capitalismo inaugurada por el imperio español. A través de los siglos el capitalismo transnacional fue perfeccionando y amplificando sus instituciones e instrumentos de intercambio comercial y financiero. Sin embargo, se han repetido mundialmente efectos dislocadores similares, a pesar de diferencias de período histórico, teoría, institucionalidad y legalidad. Aunque el foco de este trabajo ha sido España, la historiografía muestra que los efectos del capital transnacionalizado surgido de las políticas militaristas fueron similares en toda Europa (Parker 1980). De hecho, los Estados de la época existieron para la guerra e invirtieron de manera gigantesca en gastos militares. Para estos propósitos, en los siglos XVI y XVII la circulación del capital financiero fue canalizado por los Estados y la banca internacional europea. La definición de los objetivos nacionales, su financiamiento y el conocimiento científico, técnico y económico de la época llevó a la concentración de la riqueza en pequeños sectores de la población; se arruinó la productividad agropecuaria y manufacturera; se dio la bancarrota masiva de empresas, aldeas y pueblos; se generalizó la extrema pobreza, con hambrunas, migraciones masivas y pandemias morbosas; se promovió oficialmente el tráfico de esclavos, la piratería autorizada por patentes estatales; se generaron economías de crimen organizado tanto para el hurto como para la malversación de fondos públicos y militares; fueron economías paralelas a las legales, pero mucho más poderosas. Los Estados y las monarquías perdieron su función de promotores de la prosperidad nacional, convirtiéndose en garantizadores de la inversión extranjera, entrampándose en guerras constantes, incitadas por ilusiones ideológicas que sólo podían sostenerse con la represión de las poblaciones, la manipulación y ofuscamiento estatal de la información y del conocimiento.

En la historia del capitalismo este proceso se ha llamado «acumulación primitiva de capital» y llevó a la transición entre el capitalismo mercantilista y el capitalismo industrial. La desposesión masiva de tierras comunitarias y de campesinos y su desplazamiento a las ciudades creó una masa de trabajadores que empresarios dueños de parte importante de los metales preciosos llegados de América podían contratar por un salario mínimo, concentrarlos en factorías manufactureras y aumentar su productividad con la aplicación de tecnología cada vez más eficiente. En la discusión de política económica se han hecho reparos al adjetivo en el término «acumulación *primitiva* de capital» ya que crea la impresión de que la desposesión masiva ocurrió sólo una vez, en los siglos XVI y XVII. De hecho el capitalismo moderno funciona sobre la base de expropiaciones constantes y cada vez más complejas para crear nuevas mercancías y expandir el rédito del capital —por ejemplo, la monopolización de aguas y servicios públicos vitales; la entrega de las funciones de defensa nacional a compañías privadas de mercenarios; la privatización de derechos territoriales de tránsito y de bandas de comunicación electrónica; hierbas de uso tradicional industrializadas como medicinas de alto costo, sin pagar derechos a los indígenas que descubrieron su uso; la conversión de órganos humanos en mercancías para el trasplante; entretenimientos en que mercancías reemplazan la capacidad y talento musical de los individuos; el uso de espacios, artefactos y estilos de diferentes etnias a través del mundo para crear nuevas modas y centros de turismo. David Harvey ha propuesto que el concepto «acumulación primitiva de capital» sea reemplazado por el de «acumulación por desposesión» para crear conciencia de que se trata de un proceso permanente.

Hoy en día el capitalismo transnacional está nucleado en torno a un pequeño número de grandes conglomerados transnacionales (Vidal 2008). Son instituciones oligopolistas, de enormes capitales y tecnologías de increíble productividad, que les permite administrar interna y secretamente todos los segmentos de la producción —diseño, captación de insumos, manufactura, financiamiento, mercadeo, distribución. Cuentan con vastos servicios globales de comunicación y transporte que les permite establecer sus operaciones o trasladarlas según las mejores garantías y concesiones que reciban de los gobiernos. Son apoyados por grandes instituciones intergubernamentales para la coordinación económica, política y militar del sistema. En cada país, agencias como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio negocian secretamente con un escaso número de autoridades gubernamentales, imponiéndoles condiciones sin alternativas, como ocurrió con el «Consenso de Washington» que, a partir de la década de 1970 terminó con el convenio de Breton Woods e inició las reestructuraciones neoliberales en todo el mundo. Estas imposiciones terminaron con las empresas nacionales no competitivas en el mercado internacional y con las políticas de protección social iniciadas desde fines de la década de 1940. Para atraer las subsidiarias de los conglomerados transnacionales, las naciones debían disminuir drásticamente los salarios, seguros de salud y jubilación de la fuerza laboral. Por esto desmantelaron el sistema de sindicatos y gremios de trabajadores y las protecciones legales que proveían. A la vez han limitado o ignorado las leyes de protección del medio ambiente, si es que existían. Los conglomerados transnacionales buscan instalar en los países del Tercer Mundo sus operaciones más tóxicas y de resultados más peligrosos. Para facilitar sus negocios estos conglomerados usan del soborno. Paralelos a estos canales secretos están las mafias transnacionales de narcotráfico, de contrabando de personas, de esclavitud y venta de órganos humanos, «lavado» de capitales obtenidos criminalmente. Tan igual como en los siglos XVI y XVII, hay gran porosidad entre las economías legales e ilegales.

Este momento histórico presente ha sido descrito como «comunidad internacional del riesgo» y de la globalización de un «capitalismo de shock» —los efectos de la investigación y de la producción secretas de los conglomerados transnacionales pueden llevar a la liquidación de la biósfera y de toda forma de vida; para que se impongan las reglas del «Consenso de Washington» y las reestructuraciones neoliberales, las grandes potencias capitalistas deben crear o usar situaciones de gran conflicto e inestabilidad económica y política que faciliten la imposición de políticas sociales a gobiernos que de otro modo no las aceptarían (Klein). A pesar de las diferencias estructurales del orden mundial en el presente, enumerar sus consecuencias sociales llevaría a una repetición de la lista de dislocaciones sociales indicada párrafos atrás en cuanto a los siglos XVI y XVII. Con la guerra iniciada por el Presidente George W. Bush en Irak, aun pueden mencionarse distorsiones ideológicas en su conducción de la gran estrategia nacional estadounidense similares a las de Felipe II.

Despejar ese sustrato de reconciliacionismo nacionalista que originó los estudios contemporáneos del Siglo de Oro en Estados Unidos expone el sentido de la «universalidad» de *Don Quijote* que propongo —la metaforización gnóstica permitió que Cervantes explorara en su máximo realismo la gravitación de lo maligno en la construcción de las civilizaciones. Por «civilización» puede entenderse la creación y administración sistemática de la escasez entre los seres humanos para financiar y mantener las instituciones de gobierno y

sus infraestructuras materiales y espirituales (Vidal 2006). Un porcentaje discrecional de la producción colectiva debe ahorrarse para el mantenimiento infraestructural privando inevitablemente a sectores de las poblaciones de alimentación, educación, salud. Estas privaciones se justifican y legitiman como imperativos «tradicionales», filosóficos, políticos, religiosos y militares, aplicándose diferentes grados de represión para mantenerlas. Las mismas privaciones, sin embargo, dinamizan la imaginación, la acción y la organización de todas las jerarquías sociales para superarlas y buscar formas de administrar la escasez con algún grado de mayor generosidad, iniciándose un nuevo ciclo de civilización. Si llamamos «cultura» este potencial imaginativo de transformación del trabajo humano, de la naturaleza y de la sociedad, la historia de la humanidad es un contrapunto permanente entre civilización y cultura, así como también de ciclos permanentes de conflicto, reconciliación, mala conciencia y tabú.

Las transiciones entre los modos de acumulación de capital a nivel mundial han estado marcados por una violencia militar de extremo salvajismo. Literaria y artísticamente las transiciones han estado relacionados con el surgimiento de movimientos vanguardistas. Thomas Docherty ha explorado el corolario resultante —la estrecha relación entre vanguardismo, Modernidad y guerra. El nexo está en que la guerra constante, como racionalidad sistémica, causa dislocaciones sociales de tal magnitud que se hace imposible representar el mundo según la entrega extática a las coordenadas de tiempo, espacio, identidad y transcurso narrativo condicionadas por las ideologías hegemónicas. Se trata de una *anagnórisis*, un reconocimiento de lo real como transparencia de lo maligno, un *despertar*, una *Gnosis*. Ya es imposible la *anamnesis*, el recuerdo, el retorno al gozo extático de las promesas recolectadas y consteladas selectivamente por las ideologías hegemónicas. Paradójicamente, para las tendencias vanguardistas representar el mundo captando todas las inhumanidades y dislocaciones de la experiencia que revela ese despertar es *realista*, mientras las fórmulas ideológicas de las representaciones «oficiales» son *irreconocibles*, *anormales*, *patológicas*, contrarias a todo lo que significa vida.

Es redundante mencionar que son vanguardistas las arbitrariedades de tiempo, espacio, identidad y secuencia narrativa que Cervantes se permite en el juego farsesco de su novela. Pero Cervantes no abandona la noción de *anamnesis*, amplificándola, sin embargo. La experiencia histórica de la humanidad no sólo ha acumulado los ideologemas modernistas y religiosos que usualmente se constelan para sustentar el orden mundial capitalista como redención de la especie humana. Esto explica el recurso de Cervantes a una poética gnóstica más consonante con la evidencia del violento desarrollo de la especie humana en el contrapunto civilización/cultura. La modulación guerrera de este vanguardismo está en el enmascaramiento de su heterodoxia. Obtener inteligencia sobre el enemigo y destruirlo obliga a enmascaramientos, disfraces, artimañas, juegos de ilusionismo, ocultamiento de movidas secretas e inesperadas, sorpresas exhibidas como si fueran normales, especialmente si se trata de una guerra interna en que una minoría insurgente se enfrenta al poder del Estado. En la narración Cervantes usa todos estos recursos, enmascarando su secreto más arcano, el Gnosticismo.

La reconstelación de aspectos de la matriz gnóstica es constante, según lo demuestran movimientos secularistas como el positivismo, el materialismo histórico, el psicoanálisis, el existencialismo. El movimiento de defensa de los Derechos Humanos comparte esa

matriz gnóstica desde que reconoce que las más serias violaciones de Derechos Humanos se han dado en el pasado, continúan en el presente y continuarán en el futuro mientras existan seres humanos —todo ser humano, dadas las circunstancias, es capaz de cometer las más abyectas atrocidades.

Obras citadas

- ALTHUSSER, Louis, *For Marx*. London: Allan Lane, 1969.
- ARMY PAMPHLET 360-512. *Code of the U.S. Fighting Force*. Department of Defense, Departments of the Army, the Navy, the Air Force, the Marine Corps and the Coast Guard, Washington D.C., 1988.
- ARMY FIELD MANUAL FM 100-20. Department of the Army, Headquarters, *Military Operations in Low Intensity Conflict*. Washington, D.C., 1990.
- ARMY FIELD MANUAL FM 6-0. Department of the Army, Headquarters, *Mission Command: Command and Control of Army Forces*. Washington D.C., 11 August 2003. <<http://www.global-security.org/military/library/policy/army/fm/6-0/index.html>>.
- ALBERTS, David S., and Richard E. Hayes, *Understanding Command and Control*. Department of Defense Command and Control Series, 2006.
- ALEXANDER, Peter, «Theme Park Master Planning». *Imagination Portal*, <<http://www.totallyfuncompany.com/imagination.html>>.
- «AMUSEMENT Park». *Themepark.eu*. <http://www.themepark.eu/>
- BAKER, Alan, *The Knight*. Hoboken, New Jersey, John Wiley and Sons, Inc., 2003.
- BALL, Philip, *The Devil's Doctor. Paracelsus and the World of Renaissance Magic and Science*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 2006.
- BARRY, William, «Parables». *The Catholic Encyclopedia*, Volume XI. New York: Robert Appleton Company, 1911. <<http://www.newadvent.org/cathen//11460a.htm>>
- BATAILLON, Marcel, *Erasmus y España*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- BASSANI, Colonel Joe, «Saving the World for Democracy. An Historical Analysis of America's Grand Strategy in the 21st Century». A paper submitted to the faculty of the Joint Advanced Warfighting School in partial satisfaction of the requirements of a Master of Science Degree in Joint Campaign Planning and Strategy. <http://jpsc.ndu.edu/.../JOR/Grand_Strategy/American_Grand_Strategy.pdf>.
- JOHN, Beverley, «Are Golden Age Studies Obsolete? A conversation with Fernando Gómez Herrero». *Essays on the Literary Baroque in Spain and Spanish America*. Woodbridge, Suffolk: Tamesis, 2008.
- , (University of Pittsburgh), entrevista personal.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos, «Crítica Literaria Hispanística en Estados Unidos en la Década de 1970». Hernán Vidal, ed. *Treinta años de estudios literarios/culturales latinoamericanistas en Estados Unidos*. Pittsburgh, Pennsylvania: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana-Biblioteca de América, 2008.
- , (University of California, San Diego) entrevista personal.

- CANAVAGGIO, Jean, *Cervantes*. J.R. Jones, translator from the French. New York: W.W. Norton & Company, 1990.
- CÁRDENAS PIERA, Emilio de, *Forjadores del Imperio español. Flandes*. Madrid; Editorial Dykinson, 2001.
- CASANOVA, Pascale, *La república mundial de las letras*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- CASCARDI, Anthony J., «Beyond Castro and Maravall: Interpellation, Mimesis, and the Hegemony of Spanish Culture». Mabel Moraña, ed. *Ideologies of Hispanism*. Nashville, Tennessee: Vanderbilt University Press, 2005.
- CATHOLIC Encyclopedia, «Insanity». <<http://www.newadvent.org/cathen/08041a.htm>>.
- , «Person». <<http://www.newadvent.org/cathen/11726a.htm>>.
- , «Personality». <<http://www.newadvent.org/cathen/11727b.htm>>.
- CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*. Edición de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española. Madrid, 2004.
- COMITÉ de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU, Chile), *Tortura: aspectos médicos, psicológicos y sociales. Prevención y tratamiento*. Santiago, Chile, 1990.
- DIAKONOFF, Igor M., *The Paths of History*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- DSM-IV. American Psychiatric Association, *Diagnostic and Statistical Manual for Mental Disorders*. Fourth Edition, Washington D.C., 1994.
- DOCHERTY, Thomas, «Postmodernism: An Introduction». <<http://www.itesm.mx/dhcs/dptos/ri/ri95-801/lecturas/lec030.html>>.
- DORFF, Robert H., «A Primer in Strategy Development» U.S. Army War College, Joseph R. Cerami and James Holcomb, Jr., eds. *Guide to Strategy*, 2001. <<http://www.comw.org/qdr/fulltext/01cerami.pdf>>.
- , «Some Basic Concepts and Approaches to the Study of International Politics». U.S. Army War College, Joseph R. Cerami and James Holcomb, Jr., eds. *Guide to Strategy*, 2001. <<http://www.comw.org/qdr/fulltext/01cerami.pdf>>.
- DURKHEIM, Emile, *The Division of Labor in Society*. Glencoe, Illinois: Free Press, 1947.
- , *On Suicide*. London: Penguin, 2002.
- ELIADE, Mircea, *Cosmos and History*. New York: Harcourt, Brace & World, 1959.
- ELLIOTT, J.H., «The Decline of Spain», *Spain and its World*. New Haven: Yale University Press, 1989.
- , *Spain and its World*. New Haven: Yale University Press, 1989.
- EPPS, Brad and Luis FERNÁNDEZ CIFUENTES, *Spain Beyond Spain. Modernity, Literary History, and National Identity*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005.
- FABER, Sebastiaan, «Fantasmas Hispanistas y Otros Retos Transatlánticos». Mabel Moraña, ed. *Cultura y cambio social en América Latina*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2008.
- , *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War*. New York: Palgrave MacMillan, 2008.
- , «Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University». *Hispanic Research Journal* (Queen Mary, University of London), vol. 9, N° 1, 2008, 7-32.
- FEROS, Antonio, «Twin Souls: Monarchs and Favourites in Early Seventeenth-Century Spain». Richard L. Kagan and Geoffrey Parker, eds. *Spain, Europe and the Atlantic World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- GARCÉS, María Antonia, *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo*. Madrid: Gredos, 2005.
- GRANT, R.M., *Gnosticism and Early Christianity*. New York: Columbia University Press, 1959.
- GRECH, Ethan, «A Review of the Current Evidence for the use of Psychological Interventions in Psychosis». *International Journal of Psychosocial Rehabilitation*, 2002, 6, 79-88.
- GRUPO de Estudios e Investigaciones Martinistas y Martinezistas de España (G.E.I.M.M.E.), «Cosmología Gnóstica». *Boletín Informativo* N° 10. 21 de Marzo de 2007.

- HARVEY, David, *The New Imperialism*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
- HAUSER, Arnold, «Middle Class and Courtly Love». *The Social History of Art*. New York: Vintage Books, 1951.
- JABLONSKY, David, «National Power». U.S. Army War College, Joseph R. Cerami and James Holcomb, Jr., eds. *Guide to Strategy*, 2001. <<http://www.comw.org/qdr/fulltext/01cerami.pdf>>.
- JOHNSON, Carroll B., *Madness and Lust. A Psychoanalytical Approach to Don Quijote*. Berkeley: University of California Press, 1983.
- JONAS, Hans, *The Gnostic Religion*. Boston: Beacon Press, 1958.
- KAMEN, Henry, *Spain 1469-1714. A Society of Conflict*. London: Longman, 1991.
- KLEIN, Naomi, *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. New York: Metropolitan Books/Henry Holt, 2007.
- KNUTSEN, Torbjørn L., *The Rise and Fall of World Orders*. Manchester: Manchester University Press, 1999.
- LUTTWAK, Edward N., *The Grand Strategy of the Roman Empire. From the First Century A.D. to the Third*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976.
- LYNCH, John, *Spain Under the Habsburgs*. Vol. 1-2. New York: New York University Press, 1981.
- , *Spain and America. 1598-1700*. Oxford: Basil Blackwell, 1969.
- MARAVALL, José Antonio, *La oposición política bajo los Austrias*. Barcelona: Editorial Ariel, 1972.
- , *La cultura del barroco*. Espluges de Llobregat: Editorial Ariel, 1975.
- MARINELLI, Peter V., *Pastoral*. London: The Critical Idiom. Methuen & Co., 1971.
- MARTÍN-BARÓ, Ignacio, ed., *Psicología social de la guerra*. San Salvador: UCA Editores, 1990.
- MARTÍNEZ BONATI, Félix, «La Unidad del Quijote». George Haley, ed., *El Quijote*. Madrid: Taurus Ediciones, S.A., 1980.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*. Libro V, Partes I-II, capítulo I. Madrid: B. A. C., 1987.
- MERTON, Robert K., «Social Structure and Anomie». *American Sociological Review* 3, 1938, pp. 672-682.
- MILLER, Patricia Cox, «'Plenty Sleeps There': The Myth of Eros and Psyche in Plotinus and Gnosticism». Richard T. Wallis and Jay Bregman, eds., *Neoplatonism and Gnosticism*. International Society for Neoplatonic Studies, Vol. 6 in *Studies in Neoplatonism: Ancient and Modern*. Albany: State University of New York Press, 1992.
- MORAÑA, Mabel, (ed.). *Cultura y cambio social en América Latina*. Madrid: Iberoamericana-Veruert, 2008.
- , *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War*. New York: Palgrave MacMillan, 2008.
- , «Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University». *Hispanic Research Journal* (Queen Mary, University of London), vol. 9, N° 1, 2008, 7-32.
- MULHACÉN, Marqués de (Carlos Ibáñez de Ibero), *Don Juan de Austria, político e innovador*. Madrid: Afrodisio Aguado, S.A., 1944.
- PARKER, Geoffrey, *The Army of Flanders and the Spanish Road. 1567-1659*. Cambridge: Cambridge University Press, 1972.
- , *Europe in Crisis*. Brighton, Sussex: The Harper Press, 1980.
- , *The Geopolitics of Domination*. London: Routledge, 1988.
- , «The Making of Strategy in Habsburg Spain: Philip II's 'Bid for Mastery'». William Murray, MacGregor Knox, Alvin Bernstein, eds., *The Making of Strategy. Rulers, States and War*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- , *Philip II*. Chicago: Open Court, 1995.
- , *The Grand Strategy of Philip II*. New Haven: Yale University Press, 1998.
- , *Success is Never Final*. New York: Basic Books. A Member of the Perseus Books Group, 2002.

- MURRAY, Williamson, MacGregor Knox, Alvin Bernstein, eds., *The Making of Strategy. Rulers, States and War*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- , *Philip II*. Chicago: Open Court, 1995.
- , *The Grand Strategy of Philip II*. New Haven: Yale University Press, 1998.
- , *Success is Never Final*. New York: Basic Books. A Member of the Perseus Books Group, 2002.
- PÉPIN, Jean, «Theories of Procession in Plotinus and the Gnostics». Richard T. Wallis and Jay Bregman, eds., *Neoplatonism and Gnosticism*. International Society for Neoplatonic Studies, Vol. 6 in *Studies in Neoplatonism: Ancient and Modern*. Albany: State University of New York Press, 1992.
- PERKINS, Pheme, «Beauty, Number and Loss of Order in the Gnostic Cosmos». Richard T. Wallis and Jay Bregman, eds., *Neoplatonism and Gnosticism*. International Society for Neoplatonic Studies, Vol. 6 in *Studies in Neoplatonism: Ancient and Modern*. Albany: State University of New York Press, 1992.
- PERRY, Mary Elizabeth, *Crime and Society in Early Modern Seville*. Hanover, New Hampshire: The University Press of New England, 1980.
- PETRIE, Sir Charles, *Don Juan of Austria*. London: Eyre & Spottiswoode, 1967.
- PETTEGREE, Andrew, *Europe in the Sixteenth Century*. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers, 2002.
- PIKE, Ruth, *Penal Servitude in Early Modern Spain*. Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1983.
- RESINA, Joan Ramón, «Whose Hispanism? Cultural Trauma, Disciplined Memory, and Symbolic Dominance». Mabel Moraña, ed. *Ideologies of Hispanism*. Nashville, Tennessee: Vanderbilt University Press, 2005.
- ROJO, Guillermo, «Cervantes como Modelo Lingüístico» en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Edición de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española. Madrid, 2004.
- SPADACCINI, Nicholas, «Writing for Reading: Cervantes's Aesthetic of Reception in the *Entremeses*». *Critical Essays on Cervantes*, Ruth El Saffar, ed. Boston: G.K. Hall, 1986.
- , (University of Minnesota), entrevista personal.
- STRADLING, R.A., *The Armada of Flanders. Spanish Maritime Policy and European War, 1568-1668*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.
- SUEN, L. and M. Chueng, «Cognitive-Behavioural Therapy of Psychosis: An Overview and Three Case Studies from Hong Kong». *Hong Kong Journal of Psychiatry*, 2003: 13 (1): 23-30.
- U.S. Army War College, Joseph R. Cerami and James Holcomb, Jr., eds. *Guide to Strategy*, 2001. <<http://www.comw.org/qdr/fulltext/01cerami.pdf>>.
- THOMPSON, I.A.A., «Castile, Spain and the Monarchy: The Political Community from *Patria Natural* to *Patria Nacional*». Richard L. Kagan and Geoffrey Parker, eds. *Spain, Europe and the Atlantic World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- VIDAL, Hernán, «Derechos Humanos y Estudios Literarios/Culturales Latinoamericanistas: Perfil Gnóstico para una Hermenéutica Posible». Ignacio M. Sánchez-Orado, ed. *América Latina en la 'literatura mundial'*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Biblioteca de América, 2006. Ver este artículo también en: <www.ideologiesandliterature.org>.
- , «Un Paradigma para los Estudios Culturales Sobre Derechos Humanos Económicos, Sociales y Culturales». Hernán Vidal, ed., *Treinta años de estudios literarios/culturales Latinoamericanos en Estados Unidos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Biblioteca de América, 2006. Ver este artículo también en: <www.ideologiesandliterature.org>.
- VIVES, J. Vicens, *España. Geopolítica del Estado y del Imperio*. Barcelona: Editorial Yunque, 1940.

- WAIN, Harold J., «The Psychological Concerns of the Soldier Amputee». *In-Step. A Publication of the Amputee Coalition of American Partnership with the U.S. Army Amputee Patient Care Program*. <<http://www.amputee-coalition.org/military-instep/psychological-concerns.html>>.
- WALLIS, Richard T. And Jay Bregman, eds., *Neoplatonism and Gnosticism*. Albany: State University of New York Press. International Society for Neoplatonic Studies, Volume 6, 1992.
- WEBER, Max, «The Types of Authority and Imperative Co-ordination». Talcott Parsons, ed., *Max Weber. The Theory of Social and Economic Organization*. New York: The Free Press, 1947.
- WESCHUNG BILBAO, Federico Guillermo, «La Ley Natural. Respuesta de Santo Tomás a una problemática actual». *Congreso Tomista Internazionale. Roma 21-25 settembre 2003*. Instituto Universitario Virtual Santo Tomás. Fundación Balmesiana, Universitat Abat Oliva CEU.
- WHEATCROFT, Andrew, *The Habsburgs. Embodying Empire*. London: Viking, 1995.
- WOOD, Neal, «Introduction». Niccolo Machiavelli, *The Art of War*. New York: Da Capo Paperback, 1965.
- WOOLLEY, Benjamin, *The Queen's Conjuror*. New York: Henry Holt and Company, 2001.
- ZAHAREAS, Anthony N. (University of Minnesota), entrevista personal.